



CAMINO DE VICTORIA

**RICARDO
FONSECA**
combatiente
ejemplar

**LUIS
CORVALAN**

AUSTRAL

RICARDO FONSECA
combatiente ejemplar

Luis Corvalán



Diseño de portada:

ELIAS R. GREIBE

INTRODUCCION NECESARIA

Este libro apareció en 1952, como elaborado por la Comisión de Estudios Históricos del Comité Central. El Partido se hallaba todavía en la ilegalidad y el compañero Corvalán tenía entonces a su cargo el aparato de propaganda, razón por la cual se estimó conveniente que no apareciera la firma del autor. Su nombre se dio a conocer por primera vez en El Siglo del día 10 de enero de 1956.

Han transcurrido casi 20 años desde que se publicó la primera edición de "Ricardo Fonseca, combatiente ejemplar". En este período se han producido significativos cambios en la situación social y política del país, en la gravitación de las clases y capas sociales, en la composición y la línea de los partidos populares. Por esto, algunas referencias y apreciaciones que se hacen en estas páginas no corresponden a la situación de hoy.

El mismo Partido Comunista ha tenido no pocos cambios cualitativos. Por ejemplo, hace ya algunos años no enfoca la revolución chilena, tal cual lo hacía en 1952, como un proceso revolucionario "democrático burgués" y tiene una opinión distinta a la expresada en ese tiempo respecto del papel de Stalin. No obstante, se ha considerado preferible mantener en todo

el texto primitivo de este libro, salvo en unas pocas frases que se han eliminado o han tenido correcciones de detalle.

La reedición de este libro se venía haciendo necesaria porque a través de la vida y de la lucha de Ricardo Fonseca aparece un buen trozo de la historia del Partido Comunista y en estas páginas se ha recogido gran parte de la experiencia revolucionaria chilena.

Los Editores.

Prólogo de
GALO GONZALEZ DIAZ

A la Primera Edición

El presente libro corresponde a la vida y la lucha de un gran revolucionario, de un combatiente de primera línea de la vanguardia de la clase obrera y el pueblo, el Partido Comunista. En sus páginas surgen los rasgos esenciales de la personalidad del inolvidable camarada Ricardo Fonseca, su afición por el estudio, su perseverancia, su firmeza revolucionaria, su carácter cordial con sus compañeros de Partido, su profundo odio hacia los enemigos del pueblo, su inmovible fe en las fuerzas de la paz, de la democracia y del socialismo, que encabeza la gran Unión Soviética.

En 1932, después de salir en libertad los que asistimos al “Congreso de Lo Ovalle” —Congreso que cayó íntegro en poder de la policía debido a una delación de elementos trotskistas—, estuve algunos días hospedado en la casa del camarada Fonseca. Fue entonces cuando lo conocí, habiendo seguido desde esa época paso a paso su vida revolucionaria de combatiente verdaderamente ejemplar. De esta vida surgen valiosas enseñanzas para todos los militantes de nuestro partido, enseñanzas que se consignan en esta obra que ha sido redactada, bajo la dirección del Secretariado, por la Comisión de Estudios Históricos Anexa al Comité Central.

La vida de Ricardo Fonseca es un ejemplo de amor y perseverancia en el estudio. Desde sus primeros años de escolar se distinguió por su anhelo de aprender y su constancia para estudiar. Así logró formarse una vasta cultura, ampliando inmensamente sus

conocimientos generales que había recibido en la Escuela Normal. Cuando se incorporó a la lucha social y llegaron a sus manos los primeros textos marxistas, este afán por el estudio se transformó en él en una verdadera pasión. El camarada Fonseca comprendió en toda su profundidad el valor de la teoría como un guía para la acción. Comprendió ampliamente la verdad del axioma leninista de que “no hay práctica revolucionaria sin teoría revolucionaria”. Por eso, cuanto más aumentaban sus responsabilidades en el Partido, más tiempo le dedicaba al estudio para cumplir mejor esas responsabilidades. Por eso, fue siempre un adversario irreconciliable del practicismo e hizo una aportación histórica a la gran tarea de elevar el nivel ideológico y político de nuestro Partido, encabezando las iniciativas prácticas que permitieran poner a disposición de nuestros militantes los medios para capacitarse: diarios, revistas, escuelas centrales y regionales, editorial, etc. Especial importancia asignó, en este sentido, a la “Historia del Partido Comunista (b) de la URSS”, organizando múltiples cursos especiales, incluso en la Dirección Central para estudiar este genial compendio staliniano de la teoría y la práctica del marxismo-leninismo.

El camarada Fonseca poseía una inteligencia extraordinaria. Pero fue, sin duda, su estudio profundo, serio y constante del marxismo, lo que le permitió desarrollar ampliamente esa inteligencia e ir más lejos que todos los demás dirigentes del Partido que fuimos sus compañeros de lucha.

Con ser importante y decisivo, no fue sin embargo el estudio el único factor que le permitió al camarada Fonseca escalar peldaño a peldaño las diversas

responsabilidades dirigentes del Partido hasta llegar a la Secretaría General. Junto a su devoción por el estudio, otras magníficas cualidades de revolucionario le permitieron forjarse como un gran cuadro de tipo bolchevique. Entre esas cualidades está su permanente e incansable actividad práctica, su perseverancia en el cumplimiento de las tareas, su responsabilidad en el cumplimiento de sus deberes de militante del Partido. Como se señala en esta obra, el camarada Fonseca cumplió siempre, con abnegación y entusiasmo, todas las tareas partidarias, desde cuando era simple militante del Partido y tenía que salir, en las noches, bajo la dictadura de Ibáñez, a distribuir volantes, pegar carteles o hacer rayado mural, hasta cuando, como Secretario General, cumplía ejemplarmente sus funciones de tal y, al mismo tiempo, sus deberes de militante en su respectiva célula.

Y fue precisamente esta constancia revolucionaria en el cumplimiento de todas las tareas y deberes de miembro del Partido lo que, unido al estudio y a su labor de masas, le permitió irse modelando, dejando de lado los prejuicios pequeñoburgueses provenientes del medio del cual surgió y del medio en que vivió antes de llegar al Partido, hasta identificarse plenamente con la clase obrera, hasta transformarse en un combatiente proletario, activo y abnegado, en un gran dirigente del comunismo.

Otro de los grandes méritos del camarada Fonseca fue su preocupación por los cuadros. En el campo del magisterio, en la Juventud Comunista, en el periodismo, en todos los frentes en que le correspondió actuar, supo formar valiosos cuadros del Partido. El ca-

marada Ricardo Fonseca, sin atolondramientos pequeño-burgueses, sin suficiencia personal, jamás acaparó para sí la realización de las tareas creyendo —como suelen creer muchos de nuestros cuadros dirigentes— que son mejores y más pronto realizadas cuando uno, que tiene más experiencias y capacidad, las realiza personalmente. Convencido de que la más grande obra que puede realizar un dirigente es formar nuevos dirigentes, darle al Partido nuevos cuadros, formar un gran Partido verdaderamente comunista, el camarada Fonseca sabía repartir las tareas, formar amplios equipos de activistas, incorporar al trabajo a numerosos cuadros y, pacientemente, enseñarles y ayudarles a vencer las dificultades, a progresar en su formación. La clase obrera, el Partido, eran para el camarada Fonseca fuentes inagotables de nuevos y nuevos dirigentes. El sabía buscarlos, descubrir a los más activos y abnegados, a los que enseñaba y estimulaba a cada momento. Sabía ver en los cuadros los lados fuertes y los lados flacos, ayudando a los más débiles a superarse en el trabajo, corrigiendo fraternalmente a los nuevos, a los que cometían errores por inexperiencia. Cuando algún militante joven o inexperto hacía un planteamiento equivocado por falta de capacidad política, el camarada Fonseca, fraternalmente, animosamente, le decía: “¡A ver, a ver, cómo es la cosa, camarada!”. Inducía al compañero a pensar dos veces en lo que estaba afirmando, para lograr que comprendiera que su planteamiento era equivocado y que, por sí solo, casi sin darse cuenta de la ayuda recibida, procediera a corregirlo. ¡Cómo cambiaba, sin embargo, cuando no se trataba de cuadros jóvenes e inexpertos, sino de viejos dirigentes del

Partido, si éstos caían en errores que evidenciaban en ellos influencias extrañas al proletariado! Entonces el camarada Fonseca era como un martillo que golpeaba fuertemente la conciencia de esos camaradas para tratar de corregirlos y evitar que sus desviaciones hicieran escuela. Así Ricardo Fonseca fue siempre un adversario tenaz de los oportunistas, tanto de derecha como de izquierda, que han surgido en la vida del Partido. Así durante toda su vida dio una gran contribución personal a la vigilancia revolucionaria y a la lucha por la línea del Partido. Este aporte fue especialmente valioso en la Décima Sexta Sesión Plenaria de nuestro Comité Central y en el Trece Congreso, en el cual el camarada Fonseca encabezó una enérgica lucha contra el oportunismo de derecha que entonces, bajo la influencia del browderismo y de los sectores burgueses con los cuales se marchaba en aquellos años, atentó contra la línea independiente del Partido y trató de llevar a éste por el camino de la conciliación con los enemigos y el seguidismo respecto a la burguesía.

Esta lucha por la línea independiente del Partido —luchó que llevó más tarde, con ejemplar energía, frente a las tentativas del Presidente González Videla, por arrastrarnos a una colaboración incondicional a su gobierno y, luego, a la pasividad y la conciliación ante su política pro-yanqui y pro-oligárquica— sería suficiente, si no hubiera otros motivos, para que el nombre de Ricardo Fonseca figure en las páginas de oro de la historia de nuestro Partido.

Estas cualidades y aportes del camarada Fonseca están desarrollados en el presente libro, lo que hace

de éste una fuente de estudio de primer orden para todos nuestros militantes.

Pero esta obra contiene algo más. Toda vez que la vida de Ricardo Fonseca está íntimamente ligada a la vida y a la lucha de nuestro pueblo a través de 3 décadas, a la vida y la lucha de nuestro Partido a través de 20 años, esta obra es un verdadero bosquejo histórico, una interpretación materialista de los principales acontecimientos nacionales que desde 1920 adelante tuvieron directa o indirectamente relación con la vida del camarada Fonseca.

Por consiguiente, este libro es, también, una fuente de experiencias de las luchas del pueblo de Chile, de la clase obrera y de su Partido de vanguardia.

Lo primero que resalta, en este sentido, es la gran influencia de la Revolución de Octubre en el movimiento obrero y social de Chile y en el nacimiento de nuestro Partido Comunista. Como anota el camarada Stalin, "La Revolución de Octubre no es sólo una revolución en el campo de las relaciones económicas y político-sociales. Es, al mismo tiempo, una revolución en los cerebros, una revolución en la ideología de la clase obrera. La Revolución de Octubre surgió y se consolidó bajo la bandera del marxismo, bajo la bandera de la idea de la dictadura del proletariado, bajo la bandera del leninismo, que es el marxismo de la época del imperialismo y de las revoluciones proletarias. Representa, por tanto, el triunfo del marxismo sobre el reformismo, el triunfo del leninismo sobre el socialdemocratismo, el triunfo de la Tercera sobre la Segunda Internacional".

La Revolución de Octubre puso a millones y mi-

llones de trabajadores en todo el mundo en el camino de la lucha por el socialismo, a millones y millones de seres humanos de los países coloniales y dependientes en el camino de la lucha por la liberación nacional y social contra la dominación del capital imperialista.

La Revolución de Octubre aceleró el progreso de la Humanidad, abreviando la era del capitalismo y possibilitando, más tarde —sobre la base de la construcción victoriosa del socialismo en una sexta parte de la tierra y de la victoria sobre el fascismo—, la liberación de las naciones del Centro y Este de Europa sobre el imperialismo y el gran triunfo, de significación histórico-universal, del pueblo chino, el cual, a su vez, marca el comienzo del fin del coloniaje imperialista.

En nuestro país, la Revolución de Octubre dio un impulso extraordinario al movimiento obrero, en cuyas filas hicieron crisis entonces las tendencias anarquistas y reformistas y se abrió un amplio camino a la política independiente y revolucionaria del proletariado, lo que se expresó en la transformación de la Federación Obrera de Chile en una organización clasista, en la incorporación de la FOCH a la Internacional Sindical Roja, en el nacimiento de nuestro Partido Comunista y en su incorporación a la Internacional Comunista fundada por Lenin.

Cuando Ricardo Fonseca empezó a trabajar de profesor en la ciudad de Valdivia, esta influencia bienhechora de la Revolución de Octubre, unida a la crisis de estructura que ya sufría el país dentro del marco de la crisis general en que había entrado el capitalismo, permitía un desarrollo vigoroso del movimiento obrero. El camarada Fonseca, bajo este clima revoluciona-

rio y guiado por los más nobles propósitos de justicia social, se incorporó entonces al torrente de la lucha de clases, para seguir en él hasta su muerte.

Poco tiempo antes, manejado por los imperialistas ingleses y, en cierta medida, por sus intereses de clase, un sector de la burguesía había logrado, en parte, desplazar del poder político a la oligarquía semi-feudal. Pero, a poco andar, la burguesía se lanzó contra el movimiento obrero, sin llevar adelante ningún cambio serio en la atrasada estructura económica, social y política de Chile. En 1938, con el triunfo del Frente Popular, se produciría un nuevo desplazamiento de la oligarquía del poder, y la burguesía sería otra vez incapaz de llevar a cabo los cambios democrático-burgueses que se precisan para forjar el progreso de Chile. En 1947, encabezado por Gabriel González Videla, el sector de la burguesía que venía luchando junto al proletariado y otras capas populares, no sólo demostraría inconsecuencia en la lucha contra los remanentes del feudalismo y los monopolios imperialistas que obstaculizan el desarrollo progresivo del país, sino que, aun más, se pasaría al campo del enemigo, traicionando pérfidamente al pueblo de Chile.

Tales hechos, como se anota en esta obra, ponen en evidencia que la burguesía es incapaz de encabezar o de llevar a cabo, por su propia voluntad, las transformaciones democrático-burguesas que, como la reforma agraria y la nacionalización de las empresas imperialistas, son de imperiosa necesidad para forjar el progreso de Chile y el bienestar de sus hijos.

Las transformaciones democrático-burguesas o, mejor dicho, la revolución democrático-burguesa, agrar-

ria y antiimperialista sólo pueden llevarse a cabo bajo la dirección del proletariado, el cual, en estrecha alianza con el campesinado y otros sectores medios de la población, debe conducir los acontecimientos venciendo las vacilaciones de la burguesía, impulsando la revolución democrático-burguesa hasta el fin, hasta su transformación en revolución socialista.

Estas experiencias surgen nítidamente en este libro, al analizarse los principales acontecimientos que ha vivido nuestro país en los últimos 30 años.

No siempre nuestro Partido comprendió esto. Para comprenderlo ha necesitado y necesita empaparse de las enseñanzas del marxismo-leninismo-stalinismo, y comprobar estas enseñanzas a través de la propia experiencia de nuestro pueblo. En este sentido, sobre todo para los nuevos militantes, para los miles y miles de revolucionarios que recién se incorporan al combate, este libro es una fuente inapreciable de enseñanzas.

La condición de país dependiente, que tiene Chile respecto a los grandes monopolios norteamericanos, sumada a la existencia de remanentes feudales en la producción agropecuaria, nos plantea la necesidad de impulsar una revolución democrático-burguesa nacional libertadora, a la cual debe ser incorporada la burguesía patriótica.

El camarada Stalin señala que debe establecerse “una diferencia estricta entre la revolución en los países imperialistas, en los países que oprimen a otros pueblos, y la revolución en los países coloniales y dependientes, en los países que soportan la opresión imperialista de otros Estados. La revolución en los países imperialistas es una cosa: en ellos, la burguesía es

la opresora de otros pueblos; en ellos, la burguesía es contrarrevolucionaria en todas las etapas de la revolución; en ellos falta el factor nacional como factor de lucha emancipadora. La revolución en los países coloniales y dependientes es otra cosa: en ellos, la opresión imperialista de otros Estados es uno de los factores de la revolución; en ellos, esta opresión no puede dejar de afectar también a la burguesía nacional; en ellos, en una determinada etapa y durante un determinado período, la burguesía nacional puede apoyar el movimiento revolucionario de su país contra el imperialismo; en ellos, el factor nacional, como factor de la lucha por la emancipación, es un factor de la revolución”.

La resistencia frecuente y en ascenso de importantes sectores de la burguesía nacional a la política de rapiña y guerra del imperialismo yanqui, principalmente en lo que se refiere al cobre y al proyectado Pacto Militar, confirma estas claras palabras del camarada Stalin.

De esto se desprende, pues, que nuestro Partido y el proletariado deben continuar haciendo esfuerzos por unir a todas las fuerzas antiimperialistas y anti-feudales en un solo y gran frente de liberación nacional y social, incluyendo entre tales fuerzas a los sectores patrióticos de la burguesía, a todos los núcleos capitalistas cuyos intereses están en pugna con la dominación de los monopolios norteamericanos y las supervivencias feudales.

Un movimiento de esta naturaleza, de tanta amplitud social y política, logrará sacar a nuestro país de

la órbita del imperialismo, del bando de la guerra y del atraso semifeudal; incorporarlo al frente de la democracia y de la paz; cumplir con los grandes objetivos históricos de esta etapa —la independencia económica y social de Chile, abatiendo al imperialismo y a la oligarquía latifundista—, siempre y cuando el proletariado juegue el rol hegemónico que le corresponde en la revolución democrático-burguesa y selle su alianza con el campesinado.

Para que el proletariado desempeñe este rol es indispensable unir a todos los trabajadores, tanto obreros como empleados, en una sola y poderosa central y mantener y estrechar el entendimiento entre los Partidos Comunista y Socialista para impulsar las luchas reivindicativas de las masas y el movimiento nacional antiimperialista y antifeudal.

Como se explica en esta obra, si el proletariado chileno hubiese estado estrechamente unido, si comunistas y socialistas hubiesen marchado de acuerdo, el programa del Frente Popular habría sido cumplido y se habrían desbaratado las maniobras de la oligarquía que, con el apoyo del sector reaccionario del Partido Radical, paralizó al Gobierno del Frente Popular en lo que se refiere al cumplimiento del programa y obtuvo de él graves concesiones, como la modificación de la Ley de Elecciones cuando Arturo Olavarría era Ministro del Interior. Del mismo modo, si el proletariado hubiese marchado estrechamente unido y si entre los partidos Comunista y Socialista hubiese existido un entendimiento en las cuestiones fundamentales de orden programático y político y, naturalmente, en la acción, no habría sido posible la traición de que fue

víctima el pueblo de Chile, después de la victoria del 4 de septiembre de 1946.

Éstos hechos —así como el curso posterior de los acontecimientos— ponen en evidencia la necesidad de impulsar el movimiento de unificación de los trabajadores y de mantener y ampliar a todos los campos el entendimiento electoral entre socialistas y comunistas.

Bajo tales bases, los sectores burgueses que participen en el movimiento de liberación nacional no tendrán campo para la traición o, mejor dicho, si traicionan no lograrán hacer retroceder a dicho movimiento, sino, al contrario, permitirán que siga avanzando, como vigorosa avalancha de masas que ha de llevar la revolución democrático-burguesa hasta sus últimas consecuencias, creando las condiciones para pasar a la lucha por la instauración de un régimen socialista.

La mejor garantía de que el movimiento popular chileno marchará de acuerdo a tales perspectivas, es la existencia de un poderoso y verdadero Partido Comunista, pertrechado de los conocimientos fundamentales del marxismo y de la estrategia y la táctica leninista y profundamente vinculado a las masas.

La historia de nuestro Partido —que en gran parte reflejan estas páginas— no hace más que confirmar la experiencia histórica de que un Partido Comunista enraizado en las masas es imbatible. Han sido inútiles las violentas represiones con que gobiernos tiránicos al servicio del imperialismo y de la oligarquía, como el de Ibáñez y el de González Videla, han querido terminar con nuestro Partido. Habiendo nacido de la entraña misma del pueblo y permaneciendo profundamente vinculado a él, como parte de su carne y de su sangre,

nuestro Partido no ha sido ni será jamás destruido por nada ni nadie.

Si a esta condición se une la del dominio de los principios fundamentales del marxismo-leninismo-stalinismo, es indudable que nuestro Partido Comunista será capaz de conducir a la clase obrera y al pueblo por el camino de la victoria de una revolución democrático-burguesa en marcha hacia el socialismo.

En nuestra lucha por la formación de este Partido, el presente libro constituye un aporte valioso.

Cada hombre del pueblo, cada trabajador, obrero, campesino, profesional, intelectual, debe estudiarlo concienzudamente y sacar de él magníficas enseñanzas de la vida del camarada Ricardo Fonseca y de las grandes luchas de nuestro pueblo a las cuales él consagró sus mejores energías.

El prematuro desaparecimiento del camarada Fonseca —que fue un experto timonel de nuestro glorioso Partido— constituyó una pérdida irreparable para nuestro pueblo. El había logrado adentrarse en el corazón de las grandes masas trabajadoras, por su honestidad revolucionaria y su fidelidad a la causa del proletariado y a los intereses de Chile. Testimonio del cariño popular que conquistó en su vida de ejemplar combatiente fueron sus propios funerales, a los cuales concurren 50 mil personas. Esos funerales constituyeron una formidable movilización de masas, que marcó, en los oscuros días de 1949, el comienzo de la contraofensiva del pueblo.

Hoy día, el movimiento popular, bajo la orientación y dirección de nuestro Partido, va en camino de nuevas y resonantes victorias sobre el imperialismo, la

oligarquía y los traidores nacionales. Para elevar este movimiento a mayor altura, la obra que hoy entregamos a nuestro Partido, a nuestra clase obrera y al pueblo de Chile, ha de ser de un valor extraordinario porque en ella están las armas ideológicas y políticas que más necesitamos.

GALO GONZALEZ DIAZ
*Secretario General del
Partido Comunista de Chile
Junio de 1952.*

CAPITULO I

LA INFANCIA DE UN LUCHADOR

Como hijo de campesinos pobres, Ricardo sufre desde la más tierna edad, las privaciones y sufrimientos del campesinado. Sus estudios le significan un enorme sacrificio. Recorre leguas y leguas a pie para asistir a la Escuela de Puerto Saavedra. La muerte de su padre viene a agudizar la cruenta lucha por la existencia. No obstante, gracias a la tenacidad heroica de su madre, que no escatima los esfuerzos para proporcionarle educación, el niño campesino se abre paso. Se convierte en el primer lector del pueblo y luego inicia sus estudios de profesor en la Escuela Normal de Victoria, donde participa de la inquietud estudiantil promovida por los grandes acontecimientos de la época. Al finalizar sus estudios en la Normal, viaja a Santiago con sus compañeros de curso. En la capital de la República, tiene un encuentro inesperado: en un mitin de la Plaza Argentina escucha la palabra ardiente de Recabarren.

Ricardo Fonseca, el gran conductor del pueblo, nació el 17 de enero de 1906 en una modesta casa de la calle 18 de Septiembre de Puerto Saavedra. Era hijo de campesinos. Sus padres, Santiago Fonseca y Clorinda Aguayo, labraban la tierra para arrancarle el pan de cada día. Trabajaban 160 hectáreas de suelo en el lugar llamado Pichico; que en mapuche quiere decir **poca agua**. Cuando los abuelos maternos de Ricardo —Fidel Aguayo y Flora Castro— se fueron a vivir allí, Pichico estaba lleno de montañas. Poco a poco, los bosques fueron derribados para dar paso al cultivo del trigo y la cebada. Al principio, en el suelo rozado obtenían un alto “rinde”. Pero después, la tierra apenas les daba para comer. Y cuando creció la familia, cuando hubo más bocas que alimentar y encarecieron los artículos que llevaban del pueblo, la vida se les hizo más difícil.

Como los hogares de todos los campesinos pobres del sur, el hogar de Ricardo vio durante muchos años el agotamiento de sus provisiones antes que llegara el invierno. Con la venta de uno que otro animalito, de una carretada de leña o de carbón, adquirían en primavera los alimentos más indispensables para poder vivir. Pero muchas veces, las copiosas lluvias cortaban los caminos y, entonces, había días y semanas a medio comer.

El 12 de abril de 1912 murió el padre de Ricardo, complicándose aún más esta dura existencia campesina. Pero su madre, una mujer tierna, trabajadora y abnegada, no se echó a morir. Empuñó la mancera del arado y lanzó al surco la semilla. Su hijo mayor, Santiago, se alargó el pantalón y le ayudó a trabajar. Ella se hizo la promesa de educar a Ricardo y ese mismo año lo envió a la Escuela Primaria. Este debía andar por pésimos caminos, y hacer “cortadas” atravesando bosques, matorrales y esteros, hasta llegar a Puerto Saavedra, distante tres leguas de Pichico. Y desde allí, regresar por la tarde deshaciendo todo aquel camino. Para un niño de su edad esto era

demasiado. Pero la imaginación infantil le ayudaba. La compañía de los zorzales, los tordos y las tórtolas; el paso de las bandadas de choroyes que emigran a la cordillera en pos de los piñones; el vuelo de las mariposas y los matapijos; la variedad de los vegetales; la observación de los diversos fenómenos que iban presentándose a sus ojos, todo ello le hacía menos pesada la caminata. Además, a veces tenía la felicidad de irse o venirse de la Escuela en el anca de un caballo, montado por algún campesino del lugar. Un pedazo de pan amasado y cocido en el campo, una ración de harina tostada y agua de las vertientes constituían su diaria colación durante sus caminatas de escolar.

En el invierno, la pequeña manta empapada por la lluvia, a “patita pelada” y con sus pies llenos de barro; en la primavera, bajo el tibio sol sureño, siempre anheloso y contento —como lo sería durante toda su vida— camino de la escuela o camino del hogar. Era una vida más que suficiente para formar un carácter capaz de vencer las dificultades, capaz de superarlo todo.

Por las tardes y, sobre todo, en los días de verano, Ricardo también ayudaba a su madre. Con sus hermanos Elcira, Lisardo y Abraham, cumplía los más pequeños pero importantes menesteres: despistar los sembrados, encerrar el ternero, ir en busca de la vaca para ordeñarla. Caída la noche y antes que los venciera el sueño, se agrupaban en torno al abuelo materno, quien les contaba hermosos cuentos. En sus ratos libres, don Fidel, ya medio sordo, leía la Biblia. Cuando tal cosa hacía, se le allegaba su nieto, Ricardo, hablándole a gritos, interrumpiéndole con mil preguntas. El anciano lo trataba con cariño. Lo sabía inteligente, y muchas veces, para que pudiera estudiar, lo libraba de sus pequeñas tareas de niño campesino. Y en las noches de verano, cuando el firmamento estaba limpio, salía con él para enseñar-

le Las Tres Marías, la Cruz del Sur, o el Lucero del Alba, que los campesinos conocen por tradición.

Así transcurría la vida de Ricardo. En Puerto Saavedra veía trabajadores, pescadores, marineros; en **Pichico** el mundo era diferente. Aquí había campesinos, mapuches, animales de trabajo, pájaros, flores y frutos silvestres. En los tiempos de cosecha, veía llegar los “enganches” que iban con destino a las propiedades del rico, del gran terrateniente, a cortar trigo y cebada y a trillar. Eran especies de galeotes que vagaban de miseria en miseria, cesantes de las ciudades y hombres de las aldeas que en el invierno no tenían qué hacer y que todos los años, en el verano, aprovechaban la demanda de brazos en las faenas del campo.

En la escuela, el pequeño Ricardo comenzó a distinguirse por su perseverancia, por su tenacidad para estudiar y adelantar. Su rostro simpático e inteligente, la presteza y agilidad con que lo hacía todo, su amor por el estudio, hacían de él un alumno singular. Desde que cursó el tercer año, no se contentó con lo que le enseñaba el profesor. Después de las horas de clases, pasaba un rato a la Biblioteca de Puerto Saavedra. Tenía 10 años de edad, en 1916, cuando una vez llegó hasta allí don Cornelio Saavedra y le preguntó al bibliotecario por el parroquiano más leído del pueblo. Sin vacilar, el encargado de la biblioteca señaló con el índice a un colegial de pelo rubio y ojos azules, que estaba precisamente allí: el pequeño Ricardo.

Al terminar los estudios primarios, Ricardo era el alumno más aventajado del curso. El Director de la Escuela, don Juan de Dios Valderrama, lo llamó para hablar con él.

—Tú eres, le dijo, el mejor alumno del curso. Los profesores están todos de acuerdo en reconocer tus cualidades y quieren ayudarte para que sigas estudiando. ¿Te gustaría ir a la Escuela Normal de Victoria para que seas también profesor?

Los ojos de Ricardo se avivaron y brillaron. Sonrió con cierta alegría infantil.

¡Ser profesor!... debió exclamar para sus adentros, seducido por la oportunidad que se le ofrecía.

Volvió rápidamente a la realidad y respondió:

—Hablaré con mi mamá, señor.

—Sí, sí... Consulta con ella. Dile que te daremos toda clase de facilidades, que te ayudaremos en todo. Ahora, márchate y tráeme mañana la respuesta.

Salió el niño y emprendió el regreso a **Pichico**. Nunca le parecieron más hermosos que entonces los campos de su tierra natal. Anduvo ágilmente, como volando, por los mismos caminos y senderos que había recorrido tantas veces en el curso de los seis años de escuela; atravesó los mismos esteros, cuyos remansos reflejaban ahora el claro cielo de diciembre.

A la madre no le sobraba jamás el tiempo. Había que estar en todo: en la labranza, en la siembra, en la cosecha; había que cocinar, lavar la ropa, remendar, pegar botones; cuidar los animales de trabajo, amasar el pan. Pero escuchó atentamente al hijo.

El niño hablaba con los ojos brillantes de felicidad y anhelo. ¡Era posible seguir estudiando, aprender mucho, llegar a saber muchas cosas! Y luego enseñar a leer y escribir.

La madre, por más que el trabajo y la lucha la apartasen aparentemente de la ternura, miró a su hijo con entrañable cariño, con esperanza, con fe. El hijo mayor la ayudaba en todo. ¿Por qué no dejar a aquél un camino más abierto?

Cuando al día siguiente, Ricardo partió de nuevo a Puerto Saavedra, caminaba con más presteza que nunca, lleno de gozo. Llegó a la Escuela, buscó al Director y, luego de saludarle con nerviosa alegría, le dijo:

—Sí, mi mamá dice que está muy bien, señor; también quiere que yo sea profesor.

Pero la vida no podía ser siempre de color de rosa. Y sobrevino una gran dificultad. Ricardo tenía sólo

doce años y para ingresar a la Escuela Normal se exigía un mínimo de catorce. Pasó largos días de aflicción, hasta que fue vencido aquel escollo. Don Humberto Holzaphel, que ocupaba interinamente el cargo de Oficial del Registro Civil, aceptó aumentarle la edad.

Los exámenes de admisión, que tuvo que ir a rendir a Nueva Imperial, fueron para él una sencilla prueba. Concurrió a ellos con plena confianza en sí mismo, conquistando el segundo lugar entre todos los candidatos a la Normal.

Transcurrió un feliz verano, que pareció más breve que todos los anteriores. Por toda la comarca corrió la noticia: Ricardo, el hijo de doña Clorinda, estudiará para profesor. La alegría prendió en todos los campesinos del lugar.

Llegó la fecha convenida. Y Ricardo emprendió el viaje: primero, por el río; luego, por el ferrocarril. Ahora llevaba pantalones largos. En una bolsa iba toda su ropa. El tren le iba mostrando de tramo en tramo paisajes desconocidos. Nueva Imperial, Labranza, Temuco, Cajón, Pillanlelbún, Lautaro, Perquenco, Púa y, finalmente, Victoria, con sus calles enmaderadas con durmientes de roble pellín. Allí, a pocas cuadras de la Estación, hacia el lado del mar, se hallaba el edificio de la Escuela Normal.

El ambiente cautivó de inmediato a Ricardo. Había muchachos de casi todos los pueblos del sur, muchos hijos de campesinos e incluso algunos mapuches. Ricardo empezó a distinguirse desde el principio por su carácter campechano, fraternal, sociable y juvenil. Estas virtudes le permitieron hacerse rápidamente de numerosos amigos.

Con el mismo interés y tenacidad demostrados en la Escuela Pública de Puerto Saavedra, estudia en la Escuela Normal. Cursa los primeros años con notas sobresalientes. Y cuando regresa, en los veranos, a la hijuela de **Pichico**, habla a su madre, a sus hermanos, a los jóvenes campesinos del lugar, de todo lo

que ha visto y aprendido en la Normal. Lo hace sin jactancia alguna, con sencillez y fraternidad, en el mismo instante en que, desnudas las piernas y con un azadón en la mano, abre surcos al agua para regar.

La Escuela Normal de Victoria ocupaba un viejo caserón, y éste, casi toda la manzana. Una tapia de adobes y doce o trece alambres de púas cercaban los patios traseros para impedir que los alumnos se escapasen del internado en los días de clases. Imperaba un régimen prusiano, implantado por profesores alemanes contratados exprofeso junto con los instructores germanos que se trajeron para el Ejército. Al estudiante que cometía una falta, por insignificante que ésta fuera, se le dejaba uno o dos meses sin salida. Otras veces, los castigos eran colectivos, cuando todo el curso —lo cual era muy frecuente— se negaba a denunciar al alumno que había producido algún ruido o hecho otra manifestación contra el profesor.

Por lo general, los profesores defendían el régimen imperante en el internado. Y los alumnos reaccionaban contra ese régimen haciendo una que otra jugada contra los profesores. Solían colocar cuescos de guindas bajo las patas de los bancos, para que al sentarse se reventaran y sonaran, rompiendo el silencio ceremonioso con que debía iniciarse la clase. En otras ocasiones ponían el puntero sobre el angosto canto superior del pizarrón, para que cayera sobre el profesor cuando éste fuera a escribir en él.

El alumno debía ser un mero receptor y repetidor de la materia que se le enseñaba. Reinaba la fórmula medioeval del "magister dixit": lo dijo el maestro, y no hay más que hablar. ¡Ay de aquel alumno que pretendiera discutirle al profesor!

Este régimen carcelario y estos métodos retrógrados no podían permanecer inmutables. Ellos eran expresión típica de la casta feudal, cuya dominación política sufría en nuestro país un serio quebranto

con la irrupción de un poderoso movimiento social. En el mundo se había producido un cambio fundamental. La Gran Revolución Socialista de Octubre había demolido el capitalismo en una sexta parte de la tierra, en tanto que en el resto, este sistema entraba en crisis general. Con la revolución rusa, con la quiebra del sistema capitalista que había llevado a la humanidad a los horrores de la primera guerra mundial, en todos los países se asistía a una marcada radicalización de la conciencia política de las masas. El movimiento obrero adquiriría un desarrollo extraordinario. Se constituían los Partidos Comunistas con los mejores revolucionarios que habían permanecido fieles al internacionalismo proletario durante la guerra imperialista. En otras capas de la población, entre los intelectuales, profesores y estudiantes, nacía y se afianzaba la idea de que era necesario revisar lo existente, renovar lo viejo, terminar con lo caduco y abrir nuevos cauces a la Humanidad.

En los centros proletarios del país y en la capital de la República había sido saludada la revolución rusa. A Victoria, pequeña ciudad ubicada en plena región agraria, sin proletariado industrial, llegaban noticias deformadas y confusas de los acontecimientos mundiales. Los estudiantes de la Escuela Normal no tuvieron, pues, conocimientos cabales de estos trascendentales hechos. Pero, indirectamente, llegó también hasta ellos el clima revolucionario de post-guerra. Los vientos renovadores penetraron a la Escuela a través de las publicaciones del magisterio y del estudiantado universitario, que luchaban contra los métodos tradicionalistas e impositivos en la enseñanza y contra los malos profesores.

En 1922 el profesor Aurelio de la Fuente se incorporó al personal docente de la Normal. De la Fuente tuvo una marcada influencia en este proceso de renovación. Recién egresado del Instituto Pedagógico, llevó a la Escuela una ideología anticapitalista. Entre él y los alumnos se estableció un diálogo frater-

nal. Se preocupó de desarrollar la personalidad de los jóvenes estudiantes, de hacerlos estudiar y pensar más allá de los estrechos límites de los programas. Les prestó las obras de Romain Rolland, de Barbusse, de José Ingenieros, los que contribuyeron a despertar la inquietud entre los alumnos. Ingenieros había tomado partido del lado de la revolución soviética y es a través de él que los normalistas de Victoria tienen la primera versión desprejuiciada de tan magno acontecimiento y de sus proyecciones.

El viejo sistema educacional estaba carcomido. Los alumnos rompen con él, ampliando sus horizontes y sus actividades. Imponen la discusión en las horas de clases y, sobre todo, en los seminarios que funcionan los miércoles por la tarde, y en la Academia Literaria. Expresan sus inquietudes en el "Heraldo Escolar", una revista escrita por ellos mismos. Piden y leen "Claridad", la revista de la Federación de Estudiantes, que Ricardo se encarga de distribuir.

En medio de esta inquietud estudiantil, la figura de Ricardo tiene relieves propios. En las horas de clases se distingue no sólo por la buena lección, sino por la profundidad del pensamiento, por un concepto más amplio de las cosas, por una firme personalidad. Fuera de ellas, se destaca por el espíritu de fraternidad y camaradería con todos los estudiantes. Es él, precisamente, el que rompe con la vieja y primitiva costumbre del internado, de hostilizar con pesadas jugarretas a los alumnos que recién ingresaban a la Escuela. Va hacia ellos a conversarles, a imponerse de sus inquietudes y a ayudarles a vencer sus primeras dificultades. De este modo, pasa a ser una figura querida por todos. A diferencia de los demás estudiantes de su época, no se siente abrumado por los problemas y las inquietudes del adolescente que se cree incomprendido y cae en el pesimismo. No es un juguete de estas inquietudes. Él sabe dominarlas y superarlas, como durante toda su vida

sabría dominar y superar los complejos problemas de la vida personal.

Al terminar sus estudios en la Escuela Normal, el curso de Ricardo hace un viaje a Santiago. Los normalistas visitan parques y museos. Van a algunas industrias. Ricardo trata de sacar el mayor provecho posible del viaje, de aprender en él todo lo que pueda. El día antes de regresar al sur, se encuentra en un mitin obrero en la Plaza Argentina. Gobernaba Alessandri, que el año 20 había sembrado promesas a granel. Los trabajadores reclamaban contra los bajos salarios y la carestía de la vida. Un hombre de voz pausada y firme, de anchas espaldas y rostro enérgico, hablaba en ese mitin. Era Recabarren. Allí lo conoció Ricardo. Escuchó lo que decía. Se sintió impresionado. Por toda formación política, sólo tenía algunas ideas anarquistas, predominantes en aquellos años, y que él había captado de la revista "Claridad" de la Federación de Estudiantes. Pero miró con simpatía aquella manifestación obrera y oyó con interés lo que el orador decía.

Entonces Ricardo tenía 17 años.

C A P I T U L O I I

SU ENCUENTRO CON LA CLASE OBRERA

En el año 1924 Ricardo Fonseca comienza su carrera de profesor en la Escuela No. 3 de Valdivia. La ciudad sureña, que ya poseía una población industrial importante, le abre sus puertas de par en par, para un contacto vivo con la clase obrera. Allí hace clases nocturnas de alfabetización a los trabajadores, frecuenta sus reuniones sindicales, se impone directamente de sus necesidades y problemas. Por aquellos años, la lucha de clases alcanza un gran desarrollo. Ricardo no quiere ser un mero espectador de este proceso y se incorpora a la batalla, engrosando las filas de la Asociación General de Profesores de Chile.

El buen don Fidel ya no se sentía con fuerzas para ayudar a doña Clorinda en las faenas del campo, y Santiago, su nieto mayor, se había ido a la ciudad a trabajar. Por eso, un día de enero de 1924, llamó a Ricardo para decirle:

—Hijo, las piernas ya me flaquean y el campo produce cada vez menos. He pensado que tú podrías quedarte aquí. Harías rendir más la tierra. Eres joven e inteligente. Yo te doy todo lo mío: los aperos, las carretas, los animales que aún me quedan.

Ricardo no hubiera querido contradecir jamás a don Fidel. Este, desde la muerte de don Santiago, había sido para él no sólo un cariñoso abuelo, sino un padre y un amigo. Pero, en un país semifeudal la vida en el campo no tiene mayores perspectivas, el mundo no tiene más de diez o veinte leguas a la redonda. Y la juventud en este régimen se siente empujada hacia la ciudad. Ricardo se vio, pues, impulsado a rechazar el ofrecimiento de don Fidel. Lo hizo, es cierto, en forma tal, que el abuelo no se sintió herido en lo más mínimo. Le explicó que, trabajando de profesor en alguna ciudad, tendría más posibilidades de progresar e incluso de ganar dinero para ayudar a su familia.

Y así, lleno de grandes proyectos, animoso, decidido a perfeccionarse más, a ayudar económicamente a su madre y a romper lanzas por la educación, Ricardo empezó a trabajar de maestro en la Escuela N° 3 de Valdivia.

En aquella hermosa ciudad sureña se habían establecido ya numerosas industrias, que ocupaban a unos cuantos miles de obreros. Ricardo enseña a los hijos de estos trabajadores y, por las noches, concurre a los locales de los sindicatos y gremios. Allí hace clases de alfabetización y cultura general y alterna con dirigentes anarquistas y comunistas.

Desde el término de la primera guerra mundial, Chile era escenario de una aguda lucha de clases y campo de fuertes pugnas entre los imperialistas in-

gleses y yanquis. La casta feudal dirigente ya había entregado las principales riquezas del país a los nuevos conquistadores extranjeros, los monopolios imperialistas. El salitre, apenas terminó la guerra del Pacífico, cayó en manos de consorcios particulares y principalmente de capitalistas británicos. Las oficinas salitreras se entregaron a los poseedores de los títulos (bonos, certificados, etc.) que había otorgado el Gobierno del Perú, al acordar la nacionalización de la industria, cuando Tarapacá formaba parte del territorio del país hermano. Los antiguos dueños de las oficinas vendieron barato sus títulos, que fueron adquiridos por otros capitalistas, especialmente por el coronel North, ciudadano inglés que, poco después, por sus posesiones de nitrato, fue llamado el Rey del Salitre. Además, se remataron en subasta pública más de cien oficinas, y se comenzaron a ceder, retazo a retazo, las mejores reservas fiscales de esta gran riqueza. Cuando Balmaceda, en 1891, quiso nacionalizar el salitre y defender los últimos jirones chilenos de esa riqueza, para poner sus recursos al servicio de la industrialización y el progreso del país, esa casta oligárquica —que se dice patriótica y defensora del orden y de la ley y enemiga de la violencia— se alzó en armas contra el Gobierno constitucional y se unió al imperialismo extranjero en un verdadero complot contra la independencia nacional.

La explotación del salitre daba a los capitalistas extranjeros utilidades fabulosas que salían de nuestro territorio. Dada la magnitud de las exportaciones, el Fisco percibía también sumas cuantiosas por derechos aduaneros. Eran los tiempos del “salitrazo”. Ningún otro país del mundo poseía esta riqueza natural. Taltal, Antofagasta, Tocopilla, Iquique y Pisagua veían llegar y zarpar, diariamente, numerosos barcos de todas las banderas.

Con las entradas provenientes del salitre, Chile habría podido forjarse un venturoso porvenir, creando una industria nacional independiente y desarro-

liando su progreso en todos los órdenes. Pero la oligarquía, que se asentaba y se asienta sobre el gran latifundio semifeudal, es, por naturaleza, contraria al desarrollo de un capitalismo nacional. Su alianza con los monopolios imperialistas le permitía y le permite mantener su dominación económica y política. De allí que, lejos de emplear los recursos del salitre para crear y desarrollar una economía nacional independiente, optó por derrochar esos recursos y utilizarlos para sí. Eliminó los impuestos directos, sufragando la casi totalidad del presupuesto nacional con las entradas del salitre, al punto que de los 393 millones de pesos que eran las entradas fiscales en 1910, 345 millones provenían de las exportaciones, principalmente salitreras. Además, se lanzó por el camino, igualmente antipopular y antichileno, de las emisiones a destajo de papel moneda, rebajando el valor del peso y la capacidad adquisitiva de los salarios. En esta forma, realizaba los más pingües negociados: reducía a la mitad o a la tercera o cuarta parte el valor de sus deudas hipotecarias, que pagaba a largo plazo y con una moneda cada vez más depreciada, quedándose con la diferencia. Y cuando el presupuesto nacional sufría algún desequilibrio, no echaba mano de los impuestos, no aportaba con sus propios recursos económicos, sino que se dedicaba a contratar cuantiosos y leoninos empréstitos en la banca internacional, aumentando la dependencia económica de Chile respecto de los grandes monopolistas extranjeros.

Esta política verdaderamente criminal, de la cual la oligarquía aún no ha respondido ante el tribunal del pueblo, provocaba irritantes alzas de precios, miseria y hambre en las masas populares y, especialmente, entre los trabajadores, que emprendían grandes luchas reivindicativas contra la desvalorización monetaria y la penetración imperialista.

Pero la oligarquía gobernante se encargaba de reprimir a estos "rotos alzados", que antes habían

trabajado sin chistar en las haciendas y que ahora, en las inmensas concentraciones humanas de la pampa, sintiéndose fuertes y con derechos, protagonizaban combativas huelgas. Por este camino, empleando las Fuerzas Armadas contra los trabajadores, la oligarquía agregó a su prontuario de crímenes, las más horribles matanzas en masa. Entre ellas, la de 1903, contra los obreros marítimos de Valparaíso; la de 1905, contra el pueblo de Santiago; la de 1906, contra los obreros de Antofagasta, y la de 1907, contra los huelguistas de la pampa de Tarapacá, que el 21 de diciembre se hallaban reunidos frente a la Escuela Santa María de Iquique. Y todo esto, mientras ellos, los señores de la oligarquía, nadaban en el más faraónico de los lujos, derrochaban el dinero en fastuosos viajes por Europa o llevaban una vida de príncipes en sus palacetes de Santiago.

Los oligarcas habían, pues, convertido a Chile en un país monoprodutor, haciéndolo depender de la explotación de un solo producto —el salitre— que habían entregado a los grandes monopolios imperialistas. Debido a esto, cuando al término de la primera guerra mundial el capitalismo sufrió serios trastornos económicos, disminuyó considerablemente la demanda de salitre y el país entero sufrió una grave crisis.

Los monopolios yanquis ya habían sentado sus reales en nuestro país. En 1905 empezaron a explotar los yacimientos cupríferos de "El Teniente", y en 1913 el de Chuquicamata. Paso a paso venían penetrando profundamente en la economía nacional, apoderándose totalmente del cobre, que con el tiempo reemplazaría al salitre como la principal materia prima de la economía chilena, y orientando sus inversiones al control de los servicios de utilidad pública. Como queda dicho, esta penetración del imperialismo yanqui tomaba cuerpo después de la guerra del 14, a raíz de la cual Estados Unidos se transformó, de país deudor, en país acreedor de las princi-

pales naciones europeas. Los imperialistas yanquis se dedicaban a desplazar de América Latina a sus rivales, los imperialistas ingleses, debilitados en la primera guerra mundial. Lo hacían bajo la máscara del panamericanismo, del lema de "América para los americanos" (léase América para los monopolios yanquis), que es la síntesis de la doctrina Monroe.

El imperialismo inglés, que sentía su desplazamiento progresivo, trató de mantener sus posiciones con nuevos métodos, apoyándose en nuevas capas de la población, concretamente, en el sector de la burguesía que el año 20 constituyó la Alianza Liberal y levantó la candidatura presidencial de don Arturo Alessandri Palma, en contra de la Unión Nacional y su candidato don Luis Barros Borgoño.

Bajo la bandera de la Alianza Liberal se agruparon los Partidos Radical y Demócrata y un sector del Partido Liberal. Esta coalición y su candidato ocultaron, como es natural, sus vinculaciones con los imperialistas ingleses y se presentaron ante la faz del país como un movimiento en favor del progreso social. El personero de la Alianza realizaba su campaña a base de violentos ataques contra la "canalla dorada" de la oligarquía y de almibaradas declaraciones de amor hacia la "chusma querida", frase con que calificaba a las masas populares. En su exuberante demagogia "conjugaba el verbo de la redención social", como se decía en aquellos tiempos, mientras los radicales agitaban "el pendón rojo del radicalismo", los demócratas "la enseña de las reivindicaciones proletarias" y los liberales el nombre de Balmaceda.

En la medida en que sincera o demagógicamente la Alianza Liberal atacaba a la oligarquía, fue ganando el apoyo de amplias capas ciudadanas, de la pequeña burguesía y de parte de la clase obrera. Y con este apoyo venció en las elecciones del año 20.

El triunfo de Alessandri representó, pues, una consolidación temporal de las influencias políticas del

imperialismo británico, al mismo tiempo que una manifestación de repudio contra la oligarquía semi-feudal que tenía en sus manos el poder.

Con Alessandri llegó al gobierno un amplio sector de la burguesía. Pero esta burguesía, manejada, desde las sombras, por los intereses imperialistas británicos y ligada a grupos de la oligarquía semifeudal, con los cuales compartió el poder, no llevó a cabo ninguna seria transformación de orden democrático burgués.

La burguesía chilena había hecho su entrada en la historia nacional en la segunda mitad del siglo pasado, cuando se instalan las primeras industrias manufactureras, surge la minería del oro y la plata en Atacama, se construyen vías férreas y camineras, se fundan los Bancos y se expande el comercio. Balmaceda proyecta impulsar el desarrollo de un capitalismo nacional independiente; pero, al ser derribado y sellarse la nefasta alianza entre la oligarquía y el imperialismo, se frustró el desarrollo de dicho proceso económico. En 1920 —lo mismo que ahora— la dominación imperialista y oligárquica sólo podría haber sido abatida a través de un movimiento que agrupara a la mayoría del país alrededor y bajo la dirección de la clase obrera. Pero, de un movimiento como el de la Alianza Liberal, alentado e influenciado por el imperialismo inglés —movimiento del cual estaba, y no podía dejar de estar ausente la clase obrera— no podía esperarse más que cambios superficiales destinados a engañar a las masas y a desviarlas de la lucha por sus propios intereses. Por eso, cuando Alessandri llegó a La Moneda, nada o casi nada cambió. El poder económico de la oligarquía siguió en pie y los imperialistas, incluso yanquis, acentuaron su penetración.

Durante el gobierno de Alessandri, las rivalidades interimperialistas continuaron reflejándose en la política nacional. La oligarquía proyanqui se mantuvo en la oposición, en gran parte por sus vinculaciones

con los monopolios norteamericanos y en menor escala por el temor de que, presionado por las masas, el gobierno de Alessandri se viera obligado a llevar a cabo algunos cambios que pudieran poner en peligro la dominación feudal.

El sector más esclarecido de la clase obrera en pleno desarrollo, marchaba por un camino propio, independiente, como lo demuestra el hecho de que, en las elecciones presidenciales de 1920, llevara como candidato a Luis Emilio Recabarren. En su conjunto, el movimiento obrero adquiría un gran impulso. En la pampa salitrera, en las minas de carbón, en las faenas del cobre y en las estancias magallánicas, se había formado un proletariado fuerte y combativo. Desde la última década del siglo pasado y, sobre todo, desde la primera del que va corriendo, este proletariado había librado grandes batallas reivindicativas y creado sus propias organizaciones. Al principio, éstas tuvieron un carácter predominantemente cooperativo y mutualista. Luego fueron transformándose en organismos de resistencia y de lucha. A la Mancomunal de Obreros siguió la Instructiva Obrera; a ésta, la Unión Gremial; más tarde, la Federación Regional del Salitre y, en el plano nacional, la Gran Federación Obrera de Chile.

La Revolución de Octubre influyó decididamente sobre el movimiento obrero de todos los países. Aumentó la confianza del proletariado en sus propias fuerzas, la fe en su misión histórica de emanciparse del capitalismo y de emancipar a la vez a toda la humanidad, poniendo fin a la explotación del hombre por el hombre.

La Gran Federación Obrera de Chile fue fundada en 1909 como una organización de socorros mutuos y estaba, desde entonces, dirigida por los conservadores. Bajo la orientación de Recabarren, los elementos revolucionarios del proletariado trabajaron en su seno y, en 1919, resolvieron participar en el Congreso Nacional que esa entidad realizó en Concep-

ción. En dicho Congreso, al cual concurrió la Federación Regional del Salitre y otras organizaciones obreras, se fundó una nueva entidad, la FOCH (Federación Obrera de Chile), que fue la primera y gran central nacional revolucionaria del proletariado chileno, de la cual Recabarren fue su primer presidente. El movimiento obrero entró por la vía de la organización sindical de clase y guió sus acciones de acuerdo, cada vez más, a las normas del sindicalismo revolucionario y del internacionalismo proletario, haciendo suyos aquellos dos grandes lemas de Marx y Engels, propiciados en el Manifiesto Comunista publicado en 1848: “La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos” y “Proletarios de todos los países, uníos”. Prueba de este avance del movimiento obrero lo daba el hecho de que la Federación Obrera de Chile se afiliara, a fines de diciembre de 1921, a la Internacional Sindical Roja.

La influencia bienhechora de la Revolución de Octubre se expresó también en cuanto al partido de la clase obrera. El 4 de junio de 1912, Recabarren junto a un preclaro grupo de obreros, entre los cuales se encontraba Elías Lafertte, había fundado en Iquique el Partido Obrero Socialista. Desde su nacimiento, dicho partido condenó la sociedad capitalista, calificándola en su primera declaración de principios, como “injusta desde el momento que está dividida en clases” y sostuvo que el socialismo persigue como fin “la emancipación total de la humanidad, aboliendo las diferencias de clases y convirtiendo a todos en una sola de trabajadores, dueños del fruto de su trabajo”. Además, el Partido Obrero Socialista —a diferencia de casi todos los partidos socialistas del mundo— tuvo el alto mérito histórico de condenar la guerra imperialista de 1914, pronunciándose, en su Congreso celebrado el 1º de mayo de 1915, contra “la guerra de la burguesía que desan-

gra a la humanidad". No obstante, la resolución del Partido Obrero Socialista, adoptada en su Congreso de Rancagua, el 2 de enero de 1922, representó algo más que un cambio de nombre, el inicio de una nueva etapa en la vida del destacamento político de la clase obrera chilena. A partir de ese momento, este partido se identifica más y más a través de todo un proceso, con el socialismo científico, con el marxismo-leninismo, con el internacionalismo proletario.

Con mayor experiencia, empuje y visión revolucionaria, la clase obrera libró grandes batallas contra los efectos de la crisis de postguerra que azotó al país desde 1918 adelante. Numerosas oficinas salitreras habían apagado sus fuegos, arrojando a la cesantía y al hambre a miles y miles de obreros. Bajo las banderas de la FOCH y del Partido, los trabajadores del salitre, del carbón y de las estancias magallánicas, libraban grandes combates reivindicativos. En Santiago se organizaron "mítines contra el hambre". Con nuevas represiones, con nuevas masacres, como la de 1919 en Puerto Natales y 1920 en Magallanes, la oligarquía trataba de dominar al proletariado. Pero éste seguía avanzando. Y no sólo libraba combates por sus reivindicaciones inmediatas, sino que prendía en las grandes masas la idea de la revolución social. Bajo su influencia, surgían importantes luchas campesinas, como las libradas por los obreros agrícolas del fundo Raquí, de Arauco, que llegaron incluso a tomarse la tierra.

Este era el panorama político y la correlación de clases que existía cuando Ricardo empezó a trabajar de profesor en la ciudad de Valdivia. En la Escuela Normal de Victoria, pueblo enclavado en el corazón de la región agraria del sur del país, no había tenido mayores conocimientos de los hechos que hemos relatado.

Son los padres de sus alumnos —y los propios alumnos de sus clases nocturnas— quienes lo ponen al corriente de las tradiciones y las luchas de los trabajadores, y le dan a él, que era profesor, las primeras lecciones sobre el movimiento obrero. Le revelan la presencia de esta nueva clase social — el proletariado— que no sólo se desangra en las industrias por pésimos salarios, sino que, además, ya había hecho irrupción en la historia de Chile luchando resueltamente por sus derechos y contra las desigualdades y las injusticias sociales.

En su conjunto, el magisterio nacional había sido también seriamente afectado por la crisis e influenciado por el movimiento obrero. En 1922 se había organizado la Asociación General de Profesores de Chile, bajo cuyas banderas los maestros luchaban por mejores remuneraciones y por el progreso de la enseñanza. Desde la revolución rusa y el término de la Primera Guerra Mundial, en el campo de la educación surgían tendencias renovadoras en casi todos los países capitalistas. Estas tendencias partían de la premisa justa de que el mundo capitalista estaba en bancarrota, pero concluían con la falsa idea de que la educación era la base, “la piedra angular”, para construir una sociedad más humana. Pese a su sentido idealista, estas tendencias tenían en aquel tiempo cierto carácter progresista, en la medida en que planteaban una renovación en la enseñanza en pugna con el orden educacional establecido.

En medio de tal ambiente y de tales acontecimientos, Ricardo tenía que elegir un camino: encerrarse en las cuatro paredes de la escuela y de su casa, o sumarse al torrente social de quienes luchaban por la justicia y una vida más digna. Muchas de las inclinaciones más típicas de la juventud podían haberlo arrastrado al camino de la frivolidad, de la vida fácil, de la bohemia tan en boga en ese tiempo. Pero él no era un joven frívolo, sino serio dentro de la alegría de su carácter. Y, sobre todo, desde su más

tierna infancia, había visto y sufrido las injusticias sociales. Ahora, a su alrededor, había niños descalzos y semialimentados, obreros y profesores con necesidades y derechos que reclamar y conquistar por medio de la lucha. No vaciló en ningún instante. Simplemente sumó sus fuerzas a la lucha social, ingresando a la Asociación General de Profesores y participando activamente en sus campañas.

El joven Ricardo Fonseca ya era un luchador de avanzada.

C A P I T U L O I I I

SU PRIMERA GRAN EXPERIENCIA POLITICA

EL joven luchador comienza a adquirir una importante experiencia política. Los dirigentes del magisterio, entre los cuales imperaban las tendencias anarcosindicalistas, llevan adelante un plan de renovación de la enseñanza por un camino reformista, que los conduce a colaborar con la dictadura de Ibáñez. El Gobierno, tras de usar demagógicamente ese plan educacional, lo utiliza como factor divisionista en el movimiento del magisterio, para terminar con una violenta persecución política y gremial de los profesores. Ricardo era partidario de la reforma educacional, pero contrario a que ésta fuese entregada a la dictadura. La conducta del Gobierno de Ibáñez frente a la reforma educacional y a la organización del profesorado, le hacen comprender que es falso el camino de la colaboración de clases. Y se arraiga en él la convicción de que los maestros debían luchar junto a la clase obrera, cuya firmeza y combatividad admira al verla enfrentarse heroicamente los zarpazos de la tiranía.

En Valdivia, Ricardo escuchó por segunda vez a Recabarren. El viejo líder de los trabajadores chilenos hablaba sobre "La Rusia obrera y campesina". Había visitado la patria de los trabajadores como delegado de los obreros chilenos a un Congreso Mundial de la Federación Sindical Roja. En aquellos años, la prensa capitalista del mundo entero envenenaba la conciencia de la gente sencilla con toda clase de leyendas terroríficas sobre el comunismo. Utilizaba con tal fin fotografías de la guerra del 14 y de la hambruna del período del comunismo de guerra. No eran pocos los hombres de "avanzada" que, después de visitar la Unión Soviética de aquellos años, regresaban a sus países "desilusionados" porque no encontraban allí la tierra prometida.

Recabarren, en un lenguaje sencillo, comprensible, refutaba esta propaganda enemiga. Y decía: "Yo no fui a Rusia a ver el Paraíso Terrenal; he ido a ver si los obreros estaban en el poder y he comprobado con mis propios ojos que, efectivamente, los trabajadores de Rusia se han erigido en clase gobernante y han socializado los principales medios de producción. Y estoy seguro de que no habrá fuerza capaz en la tierra de poner fin al poder de los obreros y campesinos de Rusia".

Ricardo, que había tenido versiones deformadas sobre la realidad soviética, acogió con vehemente interés las irrefutables verdades que contenían las palabras de Recabarren. Y se dedicó a buscar y leer apasionadamente cuanto folleto llegaba o se publicaba acerca de Rusia. En esa época, lee a Tolstoy y a Gorki. Estudia también, profundamente, la Historia de Chile y las obras de Darwin. En la Escuela Normal, ya había tomado conocimiento general de las teorías darwinistas sobre la evolución de las especies, pero es en Valdivia donde las profundiza. Y esto le ayuda a liquidar los restos de concepciones metafísicas adquiridas desde su infancia y a formarse una interpretación científica del mundo.

Es, sin embargo, “el verde libro de la vida”, la lucha de clases, su contacto con la clase obrera, la observación de los acontecimientos y su participación activa en el proceso social, lo que, junto al estudio, va plasmando en él una mentalidad científica y disponiéndolo al combate cada vez con mayor empuje y firmeza.

Los oligarcas con predominio en el Senado de la República —los “viejos del Senado”, como los llamaba Alessandri— torpedeaban el Gobierno. Le negaban el despacho de las leyes. Le derribaban un gabinete tras otro, usando y abusando del régimen parlamentario que existía desde el derrocamiento de Balmaceda. Pero no era este régimen en sí, como afirman los historiadores burgueses, la causa de la inestabilidad política. Esta tenía su origen en la aguda lucha de clases que se venía librando y en las maniobras del imperialismo yanqui para desplazar totalmente de la economía del país a los imperialistas ingleses y dar forma a un Gobierno que estuviera a su servicio.

Wall Street resolvió echar abajo al Gobierno de Alessandri. Con tal fin, el imperialismo norteamericano se unió a la oposición oligárquica y utilizó como agentes suyos a un grupo de malos oficiales del Ejército, encabezados por el entonces Coronel de caballería y ex Prefecto de Carabineros, don Carlos Ibáñez del Campo.

Este fue el origen del golpe de Estado del 5 de septiembre de 1924, que derribó a Alessandri, constituyéndose en su reemplazo una Junta Militar compuesta por Altamirano, Neff y Bennett, que utilizaron como pretexto para escalar el poder, la justicia de un proyecto de mejoramiento económico de las Fuerzas Armadas, que pendía de la consideración del Congreso y la indignación que despertaba el hecho de que el Parlamento, en vez de despachar ese y otros proyectos de interés colectivo, se dedicaba a

aprobar la implantación de la dieta (sueldos) para los congresales.

Bajo la presión de las bayonetas, el Congreso despachó apresuradamente numerosos proyectos, incluyendo el de las leyes que luego dieron forma al Código del Trabajo. En estas leyes se establecían —y no podían dejar de establecerse en aquel momento de fuertes luchas de la clase obrera— algunas importantes conquistas del proletariado. Pero, al mismo tiempo, se establecían disposiciones tendientes a enmarcar la organización y las luchas de los trabajadores en el zapato chino de una legislación social plagada de engorrosos y largos trámites, destinados a detener las grandes luchas de los trabajadores y a impedir y obstaculizar los conflictos, a guillotinar el derecho de huelga y a fomentar en la clase obrera un espíritu legalista y de conciliación con sus explotadores. Esas leyes se gestaron y dictaron, precisamente, con el objeto de liquidar la libre organización de los trabajadores y desviar sus luchas revolucionarias hacia el camino del reformismo.

La oligarquía, exceptuando al grupo pro-británico que existía en su seno, le dio el espaldarazo a la Junta Militar de Altamirano. Este hecho hizo reaccionar a los elementos jóvenes de las Fuerzas Armadas, los que, ingenua y sinceramente, creían que el golpe del 5 de septiembre tenía también un contenido antioligárquico. Y así, cuatro meses después, el 23 de enero de 1925, se produjo otro golpe militar, encabezado por Ibáñez, que propiciaba la vuelta al poder del Presidente derrocado y la reforma de la Constitución.

Esta reforma constitucional puso fin al régimen parlamentario, mejor dicho, pseudoparlamentario, que existía desde hacía 34 años y restableció el régimen presidencial, haciendo del Presidente un verdadero monarca que dura seis años en el ejercicio del poder. Dicha reforma se hizo a pretexto de poner fin a la inestabilidad política, cuyo supuesto ori-

gen estaba en la facultad del Parlamento para derribar ministerios; pero en verdad ella obedeció al propósito reaccionario de acentuar el poder del Ejecutivo para contener y reprimir a los trabajadores y gobernar a espaldas de las mayorías ciudadanas, tras el escudo de las prerrogativas presidenciales. Por consiguiente, la nueva constitución política, al igual que las leyes del trabajo, fue dictada para favorecer y llevar adelante el proceso hacia la dictadura.

Entretanto, Alessandri viajaba por Europa. Invitado a reasumir la presidencia respondió afirmativamente, poniendo como condición la subordinación absoluta de las Fuerzas Armadas a la voluntad del Ejecutivo. Los golpistas del 23 de enero le dieron las seguridades que Alessandri exigía, pero, una vez que éste reasumió el mando, se constituyeron en una Junta Militar Secreta, encabezada por Ibáñez y Grove, la cual hizo del Presidente un prisionero de La Moneda.

Mientras Alessandri venía de regreso al país, la Junta Militar había contratado en Estados Unidos una misión de expertos en finanzas encabezados por Mr. William E. Kemmerer. Esta misión venía, según se dijo, a poner en orden nuestras finanzas. En verdad, vino a preparar el camino para una mayor penetración del imperialismo norteamericano.

En efecto, la convertibilidad del peso en oro, aplicada por "recomendación" de Kemmerer, sirvió ante todo para aumentar el saqueo del país por parte de los monopolios yanquis que se llevaban en oro las utilidades de sus empresas, empobreciendo más y más a la nación.

Poco después que Alessandri reasumió el mando, se produjo una nueva masacre: la masacre de La Coruña. Ocurrió ésta el 4 de junio de 1925 y en ella murieron más de 2.000 personas. Los trabajadores pampinos eran sometidos a un régimen de inicua explotación. Y la política de hambreamiento de las

compañías se veía aumentada con las provocaciones de los capataces y del Gobierno, que había delegado su autoridad en Jefes de Plaza y enviaba comisiones tras comisiones encargadas de convencer a los obreros de las bondades de la sindicalización legal. Además, los trabajadores peruanos, que abundaban en Tarapacá, eran sometidos a la más indigna hostilidad, muchas veces obligados a emigrar, cuando no ultimados y secuestrados, como medidas previas al plebiscito de Tacna y Arica que debía efectuarse muy pronto y que nunca se llegó a realizar. El diario "El Despertar de los Trabajadores", que protestaba contra estos abusos, fue asaltado y empastelado, destruidos sus ejemplares que estaban listos para ser enviados a la pampa y detenidos sus redactores y tipógrafos. La indignación prendió entre los obreros del salitre, que, con Recabarren a la cabeza, habían dado forma y vida a esa publicación. En el Alto de San Antonio se efectuó un gran mitin. Tras una provocación policial —y al comprobar que los administradores se habían ido a Iquique— la población se apoderó de las oficinas Galicia y La Coruña, para distribuir a los habitantes los víveres que allí había. El Comandante General de Armas y Jefe de la Guarnición de Iquique, Recaredo Amengual, comunicó al Ministro de Guerra, Carlos Ibáñez del Campo, que "en la pampa había estallado la revolución soviética". Ibáñez, que era ya "el hombre fuerte del Gobierno", le ordenó que mandase tropas a la pampa y sometiese por la fuerza a los obreros. Pampinos, mujeres y niños, fueron asesinados a mansalva. Durante más de 60 días con sus noches, los trabajadores del salitre fueron sometidos a una matanza sistemática. Miles de ellos fueron encerrados en el Velódromo de Cavancho y en el cruceiro O'Higgins, surto en la bahía. En las noches eran sacados hacia los cerros, obligados a cavar su propia fosa y muertos con tiro de fusil o golpes de culata. Muchos de ellos, como Carlos Garrido, caían frente

a los piquetes gritando: ¡Viva la FOCH! ¡Viva el Partido Comunista!

Los que habían escapado a la redada, vivían en los hoyos de las calicheras. Pero hasta allí llegaba la persecución. Al ir en las noches de uno a otro hoyo de las calicheras, los pampinos, con sus "cotas" blancas, eran avistados por los piquetes del Ejército, que disparaban contra ellos. Los masacradores llamaban a este crimen "el deporte del palomeo de rotos", porque, al ser alcanzados por las balas, los pampinos caían —según ellos— como palomas cazadas al vuelo. Algunos soldados y el capitán Enrique Caballero se opusieron al papel de verdugos de los obreros chilenos. Por ese "delito" fueron sumariados y arrojados del Ejército.

Estos sucesos remecieron todavía más la conciencia de Ricardo. Ya no eran cosas del pasado que, como la masacre de la Santa María, e incluso, la de San Gregorio, las conocía a través de los relatos de los obreros de Valdivia. Estos eran crímenes horrendos que se cometían en aquellos mismos días y que él veía a través de las páginas de "La Jornada Comunista" —periódico fundado en esa ciudad por Recabarren— y, sobre todo, de las denuncias de las proclamas ilegales. Un solo sentimiento de rebeldía bullía en su pecho y una firme resolución en su conciencia: luchar cada vez más contra las clases dominantes, impulsar con más fuerza la lucha de los profesores por sus reivindicaciones, junto a la clase obrera.

La Asociación de Profesores se preocupa, entonces, casi exclusivamente, de un plan de reforma educacional, que contemplaba la aplicación de nuevos métodos pedagógicos, la coordinación de las diversas ramas de la enseñanza —desde la Escuela Primaria a la Universidad— la reorganización de los servicios y la dirección docente y administrativa por los propios maestros.

Debido a la falta de una dirección revolucionaria en la organización del profesorado y al hecho de que esta organización estaba dominada por elementos reformistas y anarcosindicalistas, no se comprendió que la realización y el éxito de ese plan de reforma educacional, sólo podría ser el fruto de una actividad revolucionaria de las masas, y fue conducido por el falso camino de la colaboración de clases, a servir de plataforma demagógica al gobierno de Ibáñez y de instrumento de descomposición del magisterio.

Como dice Stalin: "Para el reformista, las reformas son el todo: a él la labor revolucionaria sólo le sirve como medio para charlar, para desorientar. Por eso, con la táctica reformista, bajo las condiciones de existencia del poder burgués, las reformas se convierten inevitablemente en instrumentos de consolidación de este poder, en instrumentos de descomposición de la revolución.

"Para el revolucionario, por el contrario, lo principal es la labor revolucionaria y no las reformas; para él, las reformas son un producto accesorio de la revolución. Por eso, con la táctica revolucionaria, bajo las condiciones de existencia del poder burgués, las reformas se transforman, naturalmente, en instrumentos de descomposición de este poder, en instrumentos de fortalecimiento de la revolución".

Carlos Ibáñez del Campo llegó a la Presidencia de la República después de provocar la renuncia de Alessandri y la dimisión de don Emiliano Figueroa: La renuncia de Alessandri se produjo en 1925, dos meses antes de la expiración constitucional de su mandato, cuando Ibáñez, que era candidato a la Presidencia de la República, se negó a dejar el Ministerio de Guerra, como lo exigía el Presidente. La dimisión de don Emiliano Figueroa ocurrió dos años después de ser elegido Presidente, al convencerse también que era, como dice Carlos Vicuña, sólo un "pavo real", a cuya sombra Ibáñez hacía y deshacía.

Ibáñez llegó al poder apoyado por el imperialismo norteamericano y por la oligarquía terrateniente, aunque los personeros más caracterizados de ésta no aparecieran en los puestos de comando y algunos de ellos, ligados por negocios a los imperialistas ingleses, formaran filas entre los que se oponían a la tiranía. Como era lógico, ni el imperialismo ni la oligarquía patrocinaban abiertamente al Coronel Ibáñez, ni éste aparecía públicamente ligado a tales intereses. Por el contrario, Ibáñez escaló el poder, como Alessandri el año 20, en medio de una desenfadada demagogia social. La incapacidad de los partidos de la burguesía para resolver, durante los años de Alessandri, los problemas nacionales; la corrupción administrativa y las inconsecuencias de los políticos burgueses y pequeño-burgueses fueron explotadas por Ibáñez. El y su equipo despotricaban contra los partidos políticos, a los cuales culpaban de todos los males existentes, y ofrecían barrer con los politiqueros, los gestores y los ladrones en el gobierno, lo mismo que 25 años después, en 1952, harían sus propagandistas y corifeos vitalicios.

El ascenso de Ibáñez al poder marcó el comienzo de la penetración en gran escala del imperialismo yanqui en la economía nacional. El país venía atravesando por serias dificultades económicas, motivadas especialmente por el desarrollo de la producción de salitre sintético —que los alemanes, extrayendo el nitrógeno del aire, empezaron a fabricar durante el bloqueo de la primera guerra mundial— y por la crisis agraria de carácter universal. Ambos hechos restringieron el mercado para el salitre chileno. A la sazón, la industria del salitre, que constituía el principal rubro de nuestras exportaciones, se hallaba bajo el monopolio del imperialismo inglés, el cual dominaba ampliamente la Asociación de Productores de Salitre. El país reclamaba la disolución de ese monopolio y exigía la venta libre de nitrato, con el fin de abrirle a éste nuevos mercados. Ibáñez puso

fin al monopolio inglés sobre el salitre. Pero llevó al país de las brasas a las llamas, del control del imperialismo inglés al control del imperialismo norteamericano.

En reemplazo de la Asociación de Productores de Salitre, dominada por los imperialistas ingleses, creó la Compañía de Salitre de Chile (la COSACH), dominada por los imperialistas yanquis. Al mismo tiempo, hizo otras cuantiosas concesiones a los monopolios norteamericanos. A uno de ellos le entregó, por 90 años, la explotación de las caídas de agua en las provincias de Santiago, Aconcagua y Valparaíso, para extraer de ellas la energía eléctrica. A otro le entregó, por igual período, la explotación de los servicios telefónicos en todo el país. Además, contrató cuantiosos y usurarios empréstitos en la banca norteamericana.

Para llevar al país a la órbita del imperialismo norteamericano, Ibáñez se vio obligado a colocarse contra el sector de la burguesía nacional que era partidario del entendimiento con el imperialismo inglés y que había servido sus intereses. De este modo, el gobierno de Ibáñez tomó una serie de medidas contra los Alessandri, los Edwards y otros políticos burgueses pro-británicos. Desterró a algunos de ellos, disolvió el Parlamento y creó un Congreso ad hoc, cuyos componentes fueron elegidos por el propio Presidente de la República en la Termas de Chillán. Por eso, dicho Congreso, del cual también fue miembro Gabriel González Videla, se ha dado en llamar "Congreso Termal".

Pero la represión de la dictadura de Ibáñez se descargó especialmente contra el proletariado y el Partido Comunista. La razón era muy clara. La clase obrera y el Partido Comunista no querían ni la dominación del imperialismo británico ni la dominación del imperialismo yanqui. Por iguales motivos fueron perseguidos algunos políticos independientes, como el profesor Carlos Vicuña Fuentes.

La represión de Ibáñez comenzó desde antes que éste asumiera la Presidencia de la República. Parapetado en el Ministerio de Guerra, era el inspirador de las medidas de coerción política. Su "elección" se realizó en un clima dictatorial. No tuvo más oponente que Elías Lafertte, entonces relegado en Más Afuera. Los 62 obreros que patrocinaron públicamente su candidatura fueron encarcelados. En todo el país se detuvo a centenares de sus partidarios y muchos de los votos que sacó fueron computados como nulos o en blanco.

El país vive horas de terror. La zozobra y el sufrimiento invaden miles de hogares pisoteados por los sayones de la dictadura. Pero no hay que dejarse invadir por el pánico; en esas horas de prueba es cuando se forjan los grandes revolucionarios. Las organizaciones obreras y el Partido Comunista enfrentan al gobierno con decisión y coraje. Ricardo se multiplica, golpea la conciencia de sus colegas, los llama a defender a los presos y los incita a protestar en favor de los perseguidos.

Sin embargo, los dirigentes anarquistas del magisterio entran en franco trato con la dictadura, para "llevar a cabo" la reforma educacional. Y en el conjunto de los maestros, cuya composición social e ideológica no tiene la firmeza del proletariado, cunde temporalmente el desaliento y el temor.

Sólo la clase obrera, en esas jornadas dramáticas, permanece firme en la defensa de sus conquistas, resistiendo a pecho descubierto los golpes de la represión, adquiriendo una válida experiencia y demostrando, una vez más, que es la clase llamada a conducir el pueblo por la ardua ruta de la revolución.

CAPITULO IV

EL PARTIDO, LA GRAN ESCUELA

Ricardo Fonseca se traslada a Santiago, donde junto a otros jóvenes maestros organiza la resistencia y la lucha del magisterio contra la dictadura y por sus reivindicaciones. Llegan a sus manos los primeros libros marxistas. Estudia concienzudamente, comprendiendo a través del estudio y la experiencia combatiente de su vida, la falsedad de las concepciones idealistas que presentaban al maestro como un apóstol y no como un trabajador de la enseñanza y que pretendían hacer de la educación "la piedra angular" de la transformación del hombre y del mundo. Constituye algunos grupos clandestinos de maestros, los cuales, en la ilegalidad, sostenían una política revolucionaria y trataban de hacer que el profesorado llevara adelante sus luchas reivindicativas junto a la clase obrera. A fines de 1929, como culminación de esta etapa de transformaciones que se operaba en su conciencia, da el más trascendental paso de su vida: ingresa al Partido Comunista.

Ricardo se propone trasladarse a Santiago. En la capital de la República era más fuerte la resistencia popular a la dictadura, y entre los profesores santiaguinos había un grupo que levantaba ya la bandera de la lucha contra la tiranía y contra la política colaboracionista de los dirigentes del magisterio. En 1928 logró, primero, su traslado a Molina, donde trabajó algunos meses y, luego, su traslado a Santiago como profesor de la Escuela N° 63 de Recoleta.

Inmediatamente tomó contacto con ese grupo de maestros que combatía la entrega de la reforma educacional y que estaba constituido por Saavedra Gómez, Ernesto Roa, Rodolfo Donoso, Victoria Muñoz y otros profesores. Leoncio Morales y Próspero de la Jara actuaban en esta misma dirección en Valparaíso.

Ricardo se destacó muy pronto por su espíritu de luchador, siendo elegido para uno de los cargos dirigentes en la Sección Santiago de la Asociación General de Profesores. Desde allí sostuvo y estimuló el descontento y la resistencia de los maestros contra las autoridades administrativas y contra los dirigentes de la Asociación que se habían acomodado en los más altos cargos del Ministerio de Educación, servido entonces por Eduardo Barrios. Numerosos maestros se preguntaban: "¿Hasta cuándo permitiremos que Gómez Catalán (Jefe del Departamento de Educación Primaria, hoy Dirección General de Educación Primaria) permanezca en el Ministerio?" Pero el grueso del profesorado no reaccionaba todavía. Más aun, al igual que una buena parte de la población laboriosa, seguía teniendo ilusiones en el gobierno de Ibáñez. Este acentuaba su demagogia, hablando de un "Chile nuevo" y de un "gobierno por encima de las clases", que sería capaz de satisfacer los más caros anhelos ciudadanos. Mediante los grandes empréstitos contratados en Estados Unidos, se ponía en práctica un vasto plan de obras públicas y la econo-

mía del país se reanimaba pasajeramente, lo cual al principio, favorecía una política de engaños.

Pero la realidad terminó por pulverizar aquellas ilusiones. La política del “termocauterio arriba y abajo”, que aplicaba Ibáñez como una demostración de que su gobierno estaba por encima de las clases, se tradujo en los hechos en una política de violentas represiones contra el proletariado y el pueblo. No había ni podía haber un gobierno por encima de las clases. El gobierno de Ibáñez fue una dictadura de clases, que favoreció al imperialismo norteamericano, a la oligarquía terrateniente y al sector pro yanqui de la burguesía. La base material en que se apoya la oligarquía de la tierra —el latifundio— ni siquiera fue tocada. Las inversiones yanquis en Chile aumentaron casi al doble sólo en dos años. Y si se persiguió también a ciertos políticos de la burguesía fue porque algunos de éstos, como Rafael Luis Gumucio, Pedro León Ugalde, Carlos Vicuña y Santiago Labarca, eran defensores de las libertades públicas o porque, como en el caso de Alessandri, seguían defendiendo los intereses del imperialismo británico.

Durante 1928 y 1929 la represión siguió su curso. Miles y miles de obreros fueron despedidos de las industrias. El Partido Comunista fue ilegalizado. La Federación Obrera de Chile fue perseguida. Las islas Pascua, Más Afuera, La Mocha, Guafo y Melinka, se llenaron de presos políticos. Elías Lafertte fue sometido varias veces a las más inhumanas torturas. Se le aplicó electricidad en los testículos; se le obligó a beber litros de aceite; se le sumergió en cubas de agua; se le golpeó hasta hacerlo perder el conocimiento, en el vano empeño de quebrantar su recio espíritu revolucionario.

Un hermano de Pedro León Ugalde, el ingeniero Nicolás Ugalde, fue asesinado en Ovalle. Casimiro Barrios, dirigente del Partido Comunista, fue ultimado en Arica. La Asamblea Radical de Santiago fue disuelta. Felipe Urzúa, Presidente de la Corte de

Apelaciones, fue desterrado. Carlos Alberto Martínez, Eugenio González y una larga lista de otros políticos fueron perseguidos. Se amordazó a la prensa. Se violó la correspondencia. Se montó una vasta red de miserables soplones al extremo que nadie podía hablar con confianza ni siquiera entre sus propios familiares. La represión era comandada por el tristemente célebre Ventura Maturana, Jefe de Investigaciones. De acuerdo al modelo mussoliniano, se creó entonces el Cuerpo de Carabineros de Chile y a sus componentes se les dio fuero, o sea, la impunidad para agredir al pueblo.

Cada vez en mayor número, los profesores empezaron a reaccionar contra la tiranía. De ello da testimonio una circular de Gómez Catalán, que dirigió a sus subordinados, diciéndoles que un grupo “de malos patriotas, enemigos, no sólo de la reforma sino de toda la acción global de la reconstrucción nacional, ha imaginado el negro recurso de enviar a los maestros paquetes con diarios, revistas, folletos, volantes, etc., que contienen diatribas y groserías en contra de los hombres de gobierno y de los propios funcionarios encargados de aplicar la reforma”. Gómez Catalán añadía que toda esta correspondencia que fuera sorprendida debía ser entregada “inmediatamente a la autoridad administrativa o policial”, y que era necesario “ubicar a los malvados para que la reforma y la acción del Gobierno marchen sin tropiezos grandes ni pequeños”. Por su parte, el Ministro de Educación, Eduardo Barrios, se quejaba a menudo de “los fermentos revolucionarios del magisterio”.

¿Quién o quiénes organizaban en el magisterio esta resistencia a la dictadura? Fonseca y otros destacados profesores que se habían organizado en el grupo “Tensión”, el cual aceptaba la reforma educacional, pero era contrario a su entrega al Gobierno despótico de Ibáñez.

Como era lógico, la persecución ibañista alcanzó

también a las filas del profesorado. La reforma educacional ya no le servía al Gobierno ni siquiera como recurso demagógico. Al contrario, le era un estorbo. La dejó de mano y se lanzó a una brutal persecución contra el magisterio. Disolvió la Asociación de Profesores, condenando a sus hombres a la cárcel y al destierro. De tan odiosa persecución no escaparon, siquiera, los dirigentes reformistas de la Asociación que habían servido a la tiranía con incondicional lealtad.

La reforma educacional no se realizó. Así se probó, una vez más, que es ilusorio aspirar a un avance semejante cuando el conjunto del movimiento popular es agredido por el Gobierno y vive un período de reflujo.

Entre los maestros no faltaron quienes dijeron que la reforma era una "porquería" o que la falla había estado exclusivamente en los dirigentes de la Asociación que se acomodaron con la dictadura y se dedicaron, desde los puestos de comando del Ministerio de Educación, a remover profesores y dejar bien colocados a sus compinches.

Ricardo caló más hondo. Durante los años en que se gestó la reforma, había participado, en general, de las esperanzas y también de las ilusiones que ella despertara. Pero nada había tenido que ver con su entrega, sino por el contrario, la había combatido enérgicamente. Ahora, no sólo veía que entre los dirigentes del magisterio había elementos que trabajaban al servicio de los enemigos del profesorado y de la educación. Había comprendido también el carácter de clase del gobierno de Ibáñez y la imposibilidad de llevar a cabo, bajo las condiciones de ese gobierno, una reforma educacional de algún contenido democrático y progresista.

Bajo la dictadura de Ibáñez, Ricardo ve igualmente derribarse la falsa concepción idealista de que el maestro era un apóstol de la educación y no un explotado, y la creencia, también idealista, de que

por medio de la educación “podría regenerarse al hombre” y arreglarse el mundo. Comprende que, ante todo, el problema es de régimen social, incluso para el desarrollo de la educación. Pero, no por eso subestima la importancia de la ciencia educacional y de su labor profesional. Recuerdan sus compañeros del magisterio que Ricardo estudiaba los clásicos de la pedagogía con criterio severamente crítico, valorándolos en todo lo que tienen de verdaderamente científicos y promoviendo la lucha ideológica contra sus falsas concepciones filosóficas sobre las cuales edifican sus técnicas y métodos educativos. Impugna también la concepción idealista del niño, que era frecuentemente tomado en abstracto, sin ligazón alguna con las condiciones materiales de su medio. Adentra en el conocimiento de la psicología infantil, luchando contra las falsas concepciones de quienes establecen una separación mecánica entre el desarrollo orgánico del niño y su actividad psíquica o contra aquellas que pretenden establecer la independencia del pensamiento respecto de la materia.

En torno a estos problemas interesa a los maestros. Estudia y discute con ellos. Les hace ver que un desarrollo progresivo de la ciencia educacional es correspondiente a una marcha de las fuerzas progresivas de la Humanidad. En otros términos, los hace comprender que sólo la lucha del pueblo y los cambios democráticos que esta lucha imponga, abrirán amplio cauce al desarrollo de la educación y de la enseñanza. Además, les hace ver que la educación no está ni puede estar tampoco por encima de las clases, sino por el contrario, que ella siempre tiene un carácter de clase.

Algunas de las obras de los clásicos marxistas, que circulaban de mano en mano entre los más esclarecidos profesores, le permitieron a Ricardo llegar a estas justas conclusiones. El marxismo venía a confirmarle lo que había visto y observado en la vida, su propia experiencia y la experiencia de su gremio

y de su pueblo. Le daba, además, una amplia perspectiva, le iluminaba el camino. Se convierte entonces en un apasionado estudioso del marxismo. Forma círculos de estudio de 4 o 5 profesores cada uno.

Desde la Escuela Normal tenía especiales inclinaciones por la música y la pintura. En Valdivia había estudiado violín con uno de los mejores profesores alemanes que allí había. En Santiago asistía, por las noches, a la Escuela de Artes Aplicadas. En su casa tenía su propio taller de pintura y una colección de las mejores obras de historia y análisis del arte pictórico. Conocía la pintura de los egipcios, a los pintores del Renacimiento, a los grandes maestros de la Escuela Holandesa. Veía el significado social que estos pintores y sus cuadros representaban como expresión de las fuerzas y de los acontecimientos sociales y filosóficos de la época en que ellos vivieron.

Ricardo sentía vocación por la pintura; pero comprendió que la misión de su vida era entregarse de lleno a la lucha política del pueblo. Dejó los tubos y los pinceles, manteniendo siempre y hasta el fin de su vida, la más alta estimación por todas las manifestaciones artísticas del hombre.

Ricardo ya había captado el sentido de la historia humana. Había comprendido que la lucha de clases es el motor de la historia. Sabía que ya es inevitable la caída del capitalismo, pero comprendía que el derrumbe de ese régimen y “la emancipación de los trabajadores, ha de ser obra de los trabajadores mismos”. Y junto a otros maestros, con los cuales venía luchando, funda el grupo ITE, adherido a la Internacional de los Trabajadores de la Enseñanza.

El grupo ITE, del cual se constituyeron rápidamente filiales en Antofagasta, Valparaíso, Talca, Chillán, Concepción y otras ciudades, enarbolaba la bandera de la lucha contra la dictadura, por las reivindicaciones de los maestros y por el desarrollo de la enseñanza. Se ubicaba del lado del proletariado y de todas

las fuerzas progresistas que en Chile y en el mundo luchaban por una sociedad más justa.

Una actividad permanente y no esporádica; una voluntad de hierro, inquebrantable, en la lucha contra el capitalismo, guiarán en adelante todos los pasos de Ricardo. Jamás se sentirá abatido por ninguna clase de problemas. La decisión de barrer con los obstáculos, de vencer todas las dificultades, estará siempre presente en su pensamiento y en sus actos.

Con este bagaje de experiencias y este espíritu revolucionario, ingresa al Partido Comunista a fines de 1929, en plena dictadura. Al dar este trascendental paso en su vida, dirigió en febrero de 1930, una hermosa carta a sus compañeros y amigos, en la cual decía:

“La tarea del profesor es noble, y enseñar es una de las cosas más grandes que existen. Pero la acción de la escuela es restringida, y los frutos que obtiene un maestro en su vida son demasiado pequeños. Es preciso servir a una escuela más grande, cuya acción englobe a miles de alumnos. Esta escuela es el Partido Comunista y este alumnado innumerable es el pueblo”.

CAPITULO V

UNA BATALLA CONTRA EL REFORMISMO

El nuevo militante participa activamente en los combates que preceden a la caída de Ibáñez y en la lucha contra los desviacionistas de derecha e “izquierda” que habían surgido en el interior del Partido. En la Sexta Comuna realiza una labor ejemplar de vinculación del Partido a la masa. En tanto es derrocada la dictadura, concentra sus esfuerzos para reconstituir las organizaciones del profesorado. En el magisterio surge una fuerte lucha de tendencias. Los reformistas anarcosindicalistas, responsables de la entrega de la reforma educacional a la dictadura de Ibáñez y de la persecución al profesorado, pretendían reconstruir la Asociación General de Profesores a base de la misma política errónea de la cual se había servido la tiranía. Fonseca, y junto a él un fuerte grupo de profesores revolucionarios, comunistas y sin partido, encabeza el combate por la organización del magisterio en el terreno de la lucha de clases. Esta corriente se abre paso y da origen a la Federación de Maestros de Chile, bajo cuya bandera revolucionaria el magisterio libra grandes batallas.

Bajo la dictadura de Ibáñez, el Partido Comunista pasó por duras pruebas. Sus mejores militantes y dirigentes fueron cruelmente torturados, perseguidos, relegados y encarcelados. Las prisiones, las privaciones personales, la dura vida de la ilegalidad, templaron a sus cuadros. Su organización fue también perfeccionada. A partir de 1927 se estableció la organización celular, en vez del sistema de asambleas, vigente hasta entonces. Y el Partido —de acuerdo con las enseñanzas del leninismo— se guió por los principios del centralismo democrático, según los cuales la minoría se subordina a la mayoría y los organismos inferiores a los superiores. Pero, como todo partido en proceso de formación, sufrió en este período de ilegalidad una crisis interna. En su seno aparecieron dos corrientes oportunistas: una de derecha y otra de “izquierda”. Como lo explicara Galo González (“Principios” Nº 31, 2ª época), “la primera propiciaba la organización de un partido legal que apoyara a Ibáñez, aunque para encubrir su maniobra decía que esto se haría únicamente para que Ibáñez permitiera el funcionamiento del Partido y éste pudiera seguir realizando, así, su trabajo revolucionario. Estos oportunistas de derecha inventaron una famosa frase: “partido ilegal, fábrica de mártires”. La segunda corriente planteaba que no se debía ir a los organismos legales (sindicatos legales, cooperativas, etc.) donde había masa, porque ir a ellos era traicionar la línea del Partido”.

El Partido luchó exitosamente contra estos oportunistas. Expulsó de sus filas a su propio Secretario General, Isaías Hiriarte, al cual se le comprobó que era un agente del Gobierno. Expulsó, asimismo, al senador Carmona y a los diputados Reyes, Quevedo y Sepúlveda Leal.¹ Dejó también al margen a Manuel

¹ Ramón Sepúlveda Leal, que fue el primer Secretario General del Partido Comunista, pasó, tiempo después, a tomar un puesto de luchador en las filas del Partido Socialista.

Hidalgo, sostenedor de la corriente oportunista de derecha.² Esta resolución se toma tras una consulta a los Comités Regionales, que responden unánimemente en favor de dicha medida. Sospechándose que la policía está en conocimiento de la reunión en que ella fue tomada, ésta se suspende y se resuelve que la Dirección del Partido se traslade a Valparaíso, donde hay un compacto grupo de comunistas encabezado por Galo González, que se distingue por su firmeza de principios, por su fidelidad a la clase obrera y al Partido, por su combatividad y su audacia revolucionaria en la organización y dirección de las luchas de los trabajadores porteños y especialmente del gremio de los cargadores.

Cuando Ricardo ingresó al Partido, aún se libraba esta lucha contra los oportunistas de derecha e “izquierda”. A pesar de ser nuevo en las filas del comunismo, contribuyó decididamente a dar esta batalla.

2 Manuel Hidalgo se había opuesto a la incorporación de la FOCH a la Internacional Sindical Roja y a la incorporación del Partido a la Internacional Comunista. Desde 1924 no era más que un peón de Ibáñez. Desde el Senado (Boletín 99 del 28 de octubre de 1929), había cantado loas al golpe de Estado del 23 de enero de 1925, que, según sus palabras, “terminó con el Estado liberal y marcó la fecha del surgimiento del Estado socialista”. Ibáñez lo premió dejándolo como miembro del Congreso Termal. En el Senado se negó a pronunciar un discurso que le había ordenado la Dirección Nacional del Partido en contra de la Ley de Seguridad Interior del Estado, que Ibáñez había propuesto al Parlamento. En vez de ese discurso, pronunció otro, en el cual relató la historia de su domesticación por la burguesía. Declaró que cuando llegó al Senado era un hombre un poco difícil de tratar, pero que el roce con los señores senadores, le había enseñado a ser respetuoso de las ideas de los demás y se había convencido de que es posible que en la Derecha haya hombres que con buena fe sostengan ideas diferentes a las suyas. “Desde entonces —agregó en tono humilde y arrepentido— me acomodé al ambiente parlamentario y limé mis aristas”. (Véase Boletín del Senado de fecha 23 de diciembre de 1930, pág. 557). A raíz de esta confesión, el pueblo lo bautizó con el apodo de “Don Acomodado Hidalgo”).

Su experiencia en el magisterio le enseñaba, por una parte, que el Gobierno de Ibáñez era una dictadura contraria a la clase obrera y al pueblo, frente a la cual no cabía sino una lucha sin cuartel, y, por otra parte, que el Partido debía trabajar en el seno de las organizaciones de masas aunque en éstas, como había sido el caso de la Asociación de Profesores, campearan las tendencias y los dirigentes reformistas.

Esto demuestra —y esta enseñanza sigue siendo válida— que el Partido, manteniendo con firmeza su línea revolucionaria, debe estar siempre donde está la masa para no desvincularse de ella, para impulsar la lucha por sus reivindicaciones y lograr que, a través de su propia experiencia, se vaya convenciendo de la justeza del camino señalado por los comunistas.

Depurado del núcleo central de los elementos oportunistas, el Partido amplía sus vínculos con la masa y trabaja empeñosamente en pro de la caída de la dictadura. La gran crisis cíclica del capitalismo, que comenzó en 1929 y que en Chile repercutió un año más tarde, golpeó fuertemente al país. La producción salitrera, que en diciembre de 1929 fue de 285 mil 500 toneladas, bajó en septiembre de 1930 a 181 mil 500 toneladas, y continuó descendiendo mes a mes. La exportación de salitre disminuyó en 800 mil toneladas anuales. A la crisis del salitre se sumó la del cobre, cuya producción también disminuyó apreciablemente, al mismo tiempo que caían los precios de este metal al nivel más bajo de todos los que se habían registrado desde que comenzaron las explotaciones de nuestros grandes yacimientos cupríferos. Los mineros del salitre y del cobre, que eran 90 mil 300 en el año 1927, y 71 mil 800 en 1930, llegan en junio de 1931 a sólo 39 mil 400. La crisis del salitre y del cobre se transforma en una crisis económica y financiera de carácter nacional. Paralizan numerosas industrias. Se suspende la importación de azúcar, café y yerba mate. Se suceden las quiebras comercia-

les. El número de cesantes pasa de 150 mil, o sea, abarca la mitad de la clase obrera de ese entonces, en tanto que los salarios de la otra mitad bajan verticalmente a causa de la gran oferta de mano de obra.

¿Dónde está el origen de esta crisis tremenda que azota al país?

Ricardo estudia, analiza sus causas y, justamente, en las obras de los clásicos del marxismo encuentra la explicación de tal fenómeno. La crisis es inherente al capitalismo. Bajo este régimen, la producción no está guiada por el propósito de satisfacer las necesidades de la población sino por el afán de lucro de los capitalistas. El capital se va concentrando cada vez en menos manos, en grandes empresas, en carteles y monopolios, que eliminan a los pequeños capitalistas, conducen a la pauperización a las clases medias e imponen una reducción constante del nivel de vida de los trabajadores. Periódicamente la producción de mercancías sobrepasa en mucho a la capacidad adquisitiva de las masas, originándose entonces la crisis de sobreproducción, que viene a agravar la crisis permanente en que se debate el régimen capitalista. Esas crisis de sobreproducción tienen consecuencias catastróficas en los países semicoloniales como Chile, cuya estabilidad económica depende de la explotación de una o dos materias primas fundamentales, explotación que, por lo demás, va en beneficio directo de los monopolios internacionales.

Y así como la política de la oligarquía, de entrega de la riqueza salitrera al imperialismo británico, hizo que la crisis del año 1918 tuviera en Chile repercusiones desastrosas, la política de Ibáñez, que facilitó una mayor penetración del imperialismo yanqui en la economía nacional, es causa directa del gravísimo carácter que adquirió entre nosotros la crisis que comenzó en Wall Street el año 1929.

Al comenzar el año 1930, Ricardo veía ya claramente que la ruina económica venía sobre el país.

En el verano de ese año, lo visitó un día el profesor Crisólogo Gatica, condiscípulo suyo en la Escuela Normal de Victoria, al cual sentenciosamente le dijo: "La crisis que viene va a ser terrible. No sería raro que tuviéramos que conquistar el pan a tiros".

Ahora, el país es ya azotado por esta crisis. Y Ricardo desplegaba una actividad permanente en la tarea de organizar a los maestros para defender su nivel de vida y para hacerlos jugar, junto a los obreros, un papel destacado en las luchas que vendrían.

De la Escuela 63 de Recoleta partía todas las tardes a reunirse clandestinamente con los profesores comunistas, con el grupo ITE o con los obreros de su célula. Militaba en la sexta comuna. Su base tenía la tarea de formar partido en las fábricas de Ilharreborge, de calzado y El Salto, de paños. Era una tarea de la máxima importancia. El Partido, para transformarse realmente en la vanguardia del proletariado, debía estar estrechamente ligado a él, debía estar organizado principalmente en la industria; debía tener bases en el mayor número de fábricas. De los dos tipos de organización básica que tiene el Partido —la célula industrial y la célula de calle— la primera es la más importante. Y la célula de calle tiene la misión, no sólo de organizar la lucha por los problemas específicos del barrio en que está ubicada, sino, al mismo tiempo, de penetrar en una o dos fábricas cercanas.

Ricardo y sus compañeros de base cumplieron ejemplarmente esta tarea. A la salida de las industrias mencionadas hacían mítines relámpagos, explicando a los obreros la situación de crisis y la necesidad de luchar contra la dictadura. Poco a poco se fueron haciendo amigos de algunos de ellos. Éstos les proporcionaron datos sobre las condiciones de vida y de trabajo en esas fábricas. Y la célula de Ricardo empezó a lanzar pequeños volantes, confeccionados en polígrafos a gelatina, en los cuales con-

cretamente se abordaban los problemas más sentidos de aquellos obreros. Conquistaron para el Partido a un obrero de Ilharreborde, el que estaba encargado de dejar esos volantes en los W.C. de la fábrica. Luego conquistaron otro y otro, formando con ellos una célula.

Un trabajo sostenido, paciente, abnegado, había dado sus frutos. En otros barrios, en otros pueblos y ciudades, se hacían esfuerzos semejantes. El Partido, enfrentando valientemente a la tiranía, se ponía a la cabeza de los trabajadores, luchando por sus reivindicaciones y por el derribamiento del Gobierno.

Pocos días antes de su caída, en un manifiesto al país, el dictador decía: "Once días de libertad, según la entienden los elementos que siempre buscan el desorden para conseguir sus anárquicos fines, han permitido que después de seis años, la bandera roja se pasee audaz y amenazante por las calles de la ciudad".

Lo que ocurría era simplemente que el Partido Comunista, que aun en los más negros días de la dictadura había permanecido en pie de lucha, emergía ahora a la legalidad conquistada por el pueblo. Ante la historia de Chile quedaba demostrado, de manera elocuente, que es imposible terminar con el Partido Comunista por más bestiales que sean los procedimientos que para ello se utilicen. El Partido Comunista de Chile, como los Partidos Comunistas de los otros países, es carne y sangre del pueblo. Su ideología es la ideología de la clase obrera. Sus filas se nutren de los mejores proletarios. Para acabar con él habría que acabar primero con la clase obrera y el pueblo chileno. Y esto nadie ha podido ni podrá hacerlo.

Bajo los embates de la crisis estalla el movimiento social. Los obreros, los estudiantes y los maestros ganan la calle. La crisis económica da origen a una profunda crisis política. El sector pro-británico de la oligarquía y la burguesía, agazapado hasta entonces,

maniobra para recuperar el poder e impedir que el pueblo lo tome en sus manos. Se celebran conciliábulos secretos en el Club de la Unión. Algunos grupos burgueses que han colaborado con Ibáñez, empiezan a abandonarlo. La agitación y la lucha callejera crecen día a día. El dictador ya no puede sostenerse. Y cae el 26 de julio de 1931 en medio de la repulsa unánime. El pueblo se concentra en todo el país para celebrar el fin de la tiranía. Se realizan grandes mítines y desfiles. El Partido gana la calle. Ricardo habla en la Universidad de Chile. Se dirige a los obreros, estudiantes y maestros, instándolos a unirse y a seguir luchando por sus reivindicaciones específicas y por un Gobierno al servicio del pueblo y la nación.

Esta era la primera vez que hablaba en público. Sus palabras tenían la fogosidad de su juventud y de su espíritu combativo; interpretaban el calor revolucionario de aquellos grandes días y expresaban todo el odio a la tiranía acumulado a través de cuatro años y medio de guillotinar de las libertades públicas. ¡Una vez más quedó demostrado que las dictaduras no son eternas y que no puede mantenerse por mucho tiempo un Gobierno que sea contrario a los intereses del pueblo!

Rápidamente, el Partido convoca a una Conferencia Nacional. En ella se regulariza la constitución del Comité Central, que vuelve a tener su sede en Santiago y se elige Secretario General a Carlos Contreras Labarca, que en 1926 había sido elegido diputado por Iquique y que fue perseguido por la tiranía.

El Partido dice al pueblo que no hay que conformarse con la caída de la dictadura y concentra sus esfuerzos en la tarea de reconstruir el movimiento obrero, de organizar y unir a los trabajadores en la lucha por sus reivindicaciones inmediatas y por dar una salida revolucionaria a la crisis. Fonseca, que asiste a esa Conferencia, lleva esta lucha al seno del magisterio. Junto a los demás profesores comunistas

se empeña en restablecer la organización del profesorado. El 23 de agosto hay en todo el país una huelga general por las reivindicaciones de los trabajadores, por subsidio a los cesantes y otras consignas muy sentidas. Ricardo Fonseca participa en la dirección central de esta huelga. Tiene, además, a su cargo, la tarea de ocultar al jefe del movimiento, Elías Lafertte, entonces secretario general de la Federación Obrera de Chile.

El 25 de agosto se reconstituye la Asociación General de Profesores, eligiendo una Junta Directiva de la cual forma parte Fonseca.

Un nuevo y gran combate popular lo encuentra en las primeras filas: la sublevación de la marinería, el 5 de septiembre de 1931. La prensa de la burguesía y el Gobierno del Vicepresidente Manuel Trucco, ponen el grito en el cielo contra los marinos insurrectos. Pero los trabajadores y el Partido Comunista solidarizan con este movimiento que se desarrolla en la lucha por un mejoramiento económico. Fonseca organiza la solidaridad de los profesores con los marinos y luego la lucha por la libertad de los profesores presos a raíz de la sublevación.

Se había ganado una gran batalla: la caída de la dictadura de Ibáñez. Pero la lucha no había terminado. Había que librar ahora nuevas batallas, enfrentar el plan del imperialismo yanqui que quería colocar en el poder a otro sirviente suyo, vencer las maniobras de la oligarquía y la burguesía, que querían ahogar con represiones la ola revolucionaria y afirmarse en el Gobierno para descargar sobre el pueblo todas las consecuencias de la crisis. Estas batallas no se podían ganar en un día ni en una semana. Los triunfos deben ser preparados, organizados a través de serios esfuerzos. Fonseca los realiza en el campo del magisterio. Se empeña en organizar nacionalmente a los profesores y elevar su conciencia política, en conquistar al profesorado para las luchas de clases al lado de la clase obrera.

Tras la realización de numerosas convenciones provinciales de la Asociación de Profesores, ésta se reúne en su sexta Convención Nacional en la ciudad de Chillán. En dicha convención chocan dos corrientes, dos políticas: una, revolucionaria, representada por el Grupo de Trabajadores de la Enseñanza, y la otra, reformista, representada por los antiguos dirigentes anarcosindicalistas que habían llevado la reforma educacional a los pies de Ibáñez.

La corriente revolucionaria lucha por transformar a la Asociación General de Profesores en una organización combativa, en cuyas filas se agrupen los maestros sin distinciones ideológicas, unidos en la lucha por sus reivindicaciones específicas, por la defensa del niño proletario y de la escuela primaria, marchando codo a codo con la clase obrera.

La corriente reformista se empeña en mantener a la Asociación en un plano de utópico apoliticismo, amarrada a las mismas tendencias y equipos dirigentes que la habían conducido a la colaboración con la dictadura. En nombre de este "apoliticismo" y de la "autonomía sindical del gremio", los reformistas rechazan el entendimiento con los obreros y quieren eliminar de la Asociación de Profesores a los maestros comunistas y demás componentes del Grupo de Trabajadores de la Enseñanza.

Estas profundas divergencias no pudieron ser zanjadas. Numerosas delegaciones se constituyen en sesión aparte y el 20 de enero de 1932 dan nacimiento a la Federación de Maestros de Chile que, con un criterio científico, enfoca el problema educacional de acuerdo a la realidad económico-social y se propone dirigir las luchas del magisterio en estrecho contacto con el resto de los trabajadores.

Ricardo Fonseca presenta las principales tesis a la Primera Convención de la Federación de Maestros. En estas tesis condena enérgicamente la política reformista y la colaboración de clases. Ricardo explica: "La situación difícil creada a la burguesía

después de la guerra, la ha llevado a hacer uso de los utopistas con fines reformistas. La absorción de ciertas doctrinas utópicas (se refería al anarcosindicalismo), ha dado ya sus frutos en la antigua Asociación de Profesores. Recordemos la decaída creencia de que se podía y era necesario ser apolíticos, en circunstancias de que toda acción sindical es materialmente una acción política". Y refiriéndose concretamente a las ilusiones de los que entregaron la reforma educacional, decía tajantemente: "Es absurdo creer que dentro de un régimen social en que domina una clase determinada, pueda hacerse una transformación educacional profunda que interese a la otra clase". Y agregaba: "En la sociedad actual, dividida en clases, la escuela es diferenciada y sirve los intereses de una de ellas. La escuela de hoy se caracteriza, como la sociedad capitalista, por sus contradicciones y su orientación individualista. Una humanidad más perfecta se realizará en una sociedad sin clases sociales, por medio de la liberación económica y política de las clases productoras, las que a su vez liberarán a la escuela y al niño proletario. Sólo estas condiciones darán al niño las posibilidades biológicas y sociales para alcanzar la verdadera educación y lograr el desenvolvimiento integral de su personalidad".

Sobre la base de estos principios marxistas, la Federación de Maestros orienta su lucha de masas por las reivindicaciones del magisterio y en defensa del niño proletario y de la escuela primaria. A su alrededor se agrupa la mayoría de los maestros. Bajo su dirección, al magisterio le cupo el honor de ser el primer gremio de extracción pequeño-burguesa que actúa conforme a los métodos de lucha del proletariado.

Esto era, en gran parte, fruto de la labor revolucionaria de Ricardo Fonseca.

C A P I T U L O VI

SU EXONERACION DEL MAGISTERIO

TRAS la caída de Ibáñez, el país vive un período de gran desarrollo de las luchas reivindicativas de las masas. La clase gobernante es incapaz de resolver los problemas económicos y sociales que afligen al país. Un grupo de elementos reformistas derriba el gobierno de Montero y constituye una "República Socialista". Ricardo alerta al magisterio contra las falsas ilusiones a que da lugar dicha "República Socialista". Explica al profesorado que el socialismo no vendrá como consecuencia de un golpe de Estado, sino de una verdadera revolución proletaria, que arranque el poder de manos de la burguesía e implante la dictadura del proletariado. Se suceden en el poder diversos gobiernos de facto. El magisterio desarrolla sus luchas reivindicativas que culminan en una gran huelga dirigida por la Federación de Maestros. La táctica del frente único en cada sitio de trabajo permite movilizar a todo el magisterio en la lucha por sus reivindicaciones. Fonseca se transforma en un gran dirigente de masas de su gremio. Por su actividad revolucionaria, el gobierno lo separa de su cargo.

El 3 de diciembre de 1931 había llegado a la presidencia de la República don Juan Esteban Montero, apoyado por una combinación conservadora-liberal-radical, que triunfó en las elecciones de octubre. Bajo el Gobierno feudal-burgués de Montero, el país siguió sumido en la crisis. Las paralizaciones industriales continuaron. El ejército de los sin trabajo era mucho más grande. Desde las pampas del salitre se habían venido, hacia el sur, decenas de miles de familias que deambulaban por las calles con sus niños harapientos y famélicos, solicitando en cada casa un poco de comida. Centenares de seres humanos, sucios, piojosos, se agolpaban a las puertas de los Regimientos o de los internados educacionales, haciendo filas con sus tarros oxidados, para recibir las sobras del almuerzo. Algunos viejos obreros del salitre se fueron a los fundos a trabajar por una galleta y un plato de porotos, portando, junto a su miseria, una conciencia de clase formada en las grandes concentraciones obreras de la pampa. Otros ingresaron a los inmundos albergues —creados desde las postrimerías del Gobierno de Ibáñez—, donde se les daba una escasa alimentación que principalmente consistía en legumbres añejas, en sobrantes de pasadas cosechas que los terratenientes vendían al Estado, mientras el buen poroto y la buena lenteja la colocaban en los mercados exteriores. Otros, en fin, cayeron a los bajos fondos, engrosando el lumpen.

En Copiapó y Vallenar, exasperados por el hambre, los trabajadores, cesantes en su mayoría, se rebelaron en los últimos días de ese año. Y fueron baleados brutalmente por el régimen de la “normalidad constitucional”. Este seguía los mismo métodos de los gobiernos anteriores, de represión al pueblo. A pesar de ello, las masas trabajadoras no dejaban de luchar. Muy por el contrario, su lucha se ampliaba de más en más. El 11 de enero de 1932 hay una

huelga general. Los portuarios de San Antonio paralizan sus labores, negándose a cargar cereales destinados a la exportación. En los alrededores de Temuco, mapuches y campesinos se toman la tierra. Más al sur, masas de hambrientos asaltan las panaderías y molinos. Los comerciantes minoristas exigen una moratoria para el pago de sus obligaciones comerciales. Las luchas de la población contra la miseria, la cesantía, la crisis y los bajos salarios, constituyen un vasto movimiento ascendente.

Era lógico que así sucediera. El Gobierno de Montero trataba de resolver la crisis a expensas de las masas y en modo alguno se orientaba por el único camino que podía conducir al país a salir de tal estado de postración económica: el camino de las transformaciones sociales en lucha contra la dominación del imperialismo y la oligarquía latifundista, principales causantes del sufrimiento de la población. El Congreso Termal y la COSACH, instituciones creadas por la dictadura, se mantenían en pie. Y el odio de las masas se concentraba particularmente contra ellas, exigiendo su disolución.

Incapaz de solucionar la crisis y de afrontar la ola del movimiento social, el Gobierno de Montero cayó el 4 de junio, mediante un golpe militar que llevó al poder a una Junta de Gobierno integrada por Eugenio Matte, Carlos Dávila y el general Puga, la cual proclamó la "República Socialista".

En aquel momento, en la Unión Soviética culminaba el cumplimiento victorioso y anticipado del Primer Plan Quinquenal. Allí se construía firmemente la sociedad socialista, sin crisis y sin desocupados. La realidad soviética contrastaba ya, de manera muy visible y tajante, con la realidad capitalista. En Londres, Nueva York, París y otras grandes ciudades del mundo capitalista, existían millones de trabajadores cesantes y hambrientos, en el mismo instante en que el maíz, el trigo y la carne eran quemados en Estados Unidos, Argentina y Uruguay, y

el café era arrojado al mar en el Brasil para impedir una mayor caída de los precios.

La simpatía por el socialismo prendía en todas las naciones. Se hacía muy claro a los ojos del proletariado de todos los países que el régimen capitalista era el causante de sus sufrimientos y que había que reemplazarlo por el régimen socialista.

Fue en este momento muy particular de la historia del mundo y de Chile cuando aquí se dio por implantada una "República Socialista". Como era natural, ésta atrajo la simpatía del grueso de los trabajadores.

Ricardo alertó al magisterio contra ilusiones sin fundamento. Denunció como extraño al socialismo al Gobierno que con fines demagógicos adoptaba ese calificativo. Explicó que la implantación del socialismo no podía lograrse a través de un mero golpe de Estado, sino de una verdadera revolución proletaria, de un movimiento revolucionario de los trabajadores que fuese dirigido por un partido de vanguardia, el que debía conquistar el poder de manos de la burguesía e implantar la dictadura de la clase obrera. Y trabajó porque el magisterio reforzara su organización sindical y sus luchas reivindicativas, en vez de brindarle al "nuevo régimen" un apoyo incondicional como pretendían algunos.

Tal posición era justa y correspondía fielmente a la línea trazada por el Comité Central del Partido. Pero, el Partido incurrió, en esa oportunidad, en serios errores de estrategia y táctica, derivados especialmente de la falta de claridad sobre el carácter y los objetivos inmediatos de la revolución en Chile, sobre la verdadera etapa y el significado real de los acontecimientos que se estaban viviendo. Lo que entonces ya estaba planteado —y lo está aún en nuestros días— es realizar la revolución democrático-burguesa, agraria y antiimperialista, que rescate las riquezas nacionales de manos del imperialismo, cree una industria pesada independiente, impulse el de-

sarrollo industrial de Chile y lleve a cabo una profunda reforma agraria que signifique poner fin al latifundio y entregar la tierra a los que la trabajan. La realización de estas transformaciones abrirá camino al socialismo. Pero en aquellos años esto no se comprendía y se planteaba lisa y llanamente como objetivo inmediato la implantación del socialismo.

Concretamente, se propició entonces la implantación de los Soviets y, bajo este nombre, se crearon algunos organismos de Frente Unico que presumieron de ser órganos de un nuevo poder, del poder revolucionario de los obreros y los campesinos.

Estos errores separaban al Partido de las grandes masas y no ayudaban a conducir los acontecimientos hacia adelante.

La llamada "República Socialista" se dedicó a tomar medidas demagógicas intrascendentes, como la devolución de las prendas empeñadas en las agencias de préstamo. En su programa insertó algunas medidas de avanzada, como la creación del Banco del Estado. Pero en la práctica no dio paso alguno que pudiera señalarse siquiera como un propósito sincero de modificar la estructura económica de Chile, abatiendo a los monopolios imperialistas y al latifundio, para abrir una vía a la realización del socialismo.

El Partido desplegó serios esfuerzos para impulsar las luchas reivindicativas de los trabajadores por un camino independiente. Al mismo tiempo, explicó en folletos y volantes que "la emancipación de los trabajadores debía ser obra de los trabajadores mismos" y no podía ser fruto de un cuartelazo. Además, la implantación de una República Socialista tenía que implicar el paso del poder político a manos de la clase obrera y de los demás sectores explotados de la ciudad y del campo, la socialización de los medios de producción, etc., cosa que estaba muy lejos de hacer la Junta de Gobierno de Matte, Dávila y Puga. Llamó, al mismo tiempo, a los trabajadores socialis-

tas a luchar codo a codo con sus hermanos comunistas por sus propias reivindicaciones y por el socialismo.

La "República Socialista" había surgido, pues, en el instante en que la crisis económica y la lucha de las masas ponían en peligro la estabilidad del Gobierno feudal-burgués de Montero. Este era impotente para dominar al pueblo, a pesar de las medidas de terror que aplicaba. Las clases dominantes no tenían otro medio para evitar el estallido del movimiento popular y salvar el régimen social y económico existente, que hacer una maniobra que les permitiera desviar el movimiento de masas en ascenso, hacia la colaboración con la burguesía, utilizando para ello la fraseología "revolucionaria".

Sin embargo, cuando el adversario vio que las luchas de las masas no disminuían, sino que, por el contrario, se ampliaban más y más; cuando observó que la "República Socialista" —y ésta fue su única virtud— puso en movimiento a nuevas capas de la población que tomaron en serio la lucha por el socialismo, se decidió a promover un nuevo golpe de Estado. Los imperialistas yanquis provocaron la salida de Puga y de Matte de la Junta de Gobierno y dejaron en el poder a Carlos Dávila, quien implantó una brutal dictadura que duró cien días. La "República Socialista" había fenecido después de 12 días de haber sido proclamada.

Entre los crímenes que se cometieron bajo la dictadura de Carlos Dávila está el asesinato del profesor Manuel Anabalón Aedo, dirigente de la Federación de Maestros y destacado militante del Partido Comunista. Anabalón fue detenido el 26 de junio en Antofagasta y embarcado al sur, junto con un grupo de obreros nortinos, en el vapor "Chiloé". Poco después que éste arribó a Valparaíso, donde fue desembarcado, no se tuvieron más noticias del infortunado profesor.

El desaparecimiento de Anabalón y, más tarde, bajo el Gobierno de Oyanedel, el asesinato en Ca-

rrascal del periodista Mesa Bell, que había realizado una tenaz labor tendiente a descubrir el paradero de aquel maestro, indignaron a todo Chile. La Federación de Maestros no cejó hasta dar con el sitio en que se encontraba su activo dirigente.

Tras una intensa campaña, que en la búsqueda de Anabalón adquirió caracteres de una verdadera investigación popular, el crimen quedó plenamente descubierto. Anabalón había sido fondeado en la bahía de Valparaíso por orden del prefecto Rencoret y con la participación de los agentes de la policía Gormaz y Encina.

El cadáver de este nuevo mártir del proletariado fue traído a Santiago. Fonseca habló en la Estación Mapocho, desde la carroza que traía los restos de su compañero de luchas. "Tomen nota las clases dirigentes, expresó Ricardo, que ni las persecuciones ni los asesinatos detendrán las luchas de los maestros y del pueblo por sus reivindicaciones y objetivos de clase".

Y efectivamente, en aquel período, las luchas del magisterio alcanzan un amplio desarrollo. En noviembre, el magisterio se lanza a una combativa huelga. Esta era dirigida por la Federación de Maestros; o sea, por la organización clasista del profesorado. Ricardo era uno de los dirigentes del movimiento.

¿Cómo fue posible que la Federación de Maestros y, a través de ella, el Partido Comunista, dirigieran las luchas del magisterio? Esto fue posible porque la Federación de Maestros y los profesores comunistas supieron captar con fidelidad las aspiraciones del profesorado y aplicar resueltamente la táctica del frente único por las reivindicaciones comunes, haciendo de los consejos de profesores de cada escuela los organismos básicos de ese frente único.

Los elementos reformistas del magisterio, a los cuales le hacía coro la prensa reaccionaria, queriendo recuperar la dirección del movimiento, preten-

dían atemorizar a los profesores diciendo que esa táctica era de tipo comunista. Reunida la Fracción de profesores comunistas para considerar ese problema, algunos de sus miembros abogaron por negar el hecho y por hacer absoluta abstracción de la campaña de la prensa reaccionaria y de los dirigentes reformistas. Fonseca condenó esta actitud. Y afirmó que lo procedente no era negar ese hecho, sino explicarlo a la masa del magisterio. Venció su tesis y él mismo fue el encargado de plantear este problema en la asamblea que iba a realizar el magisterio en el teatro Septiembre. En ella, Ricardo, en medio del mayor silencio, explicó que el frente único era, efectivamente, una táctica comunista; que de acuerdo a esa táctica luchaban exitosamente los obreros a través de todo el mundo; que ella permitía que el movimiento recibiera el apoyo desde abajo de los profesores y que éstos ejercieran control sobre sus dirigentes, impidiendo las tramitaciones y las traiciones.

Fonseca tenía plena confianza en el magisterio y en el pueblo. Estaba absolutamente convencido de la justeza de la táctica del frente único y de que, por esto, el magisterio la comprendería y le daría su apoyo. No fue defraudado. En esa gran asamblea, los maestros aprobaron con grandes aplausos el planteamiento de Ricardo.

La huelga del magisterio triunfó en alta medida. Sin embargo, en estas luchas, el profesorado tuvo algunas bajas. Fonseca fue suspendido de su cargo y otros maestros trasladados a lejanos lugares. Había abrazado la causa del pueblo, la causa de la revolución, el más noble ideal del hombre —el comunismo— y sabía que esta lucha podría depararle grandes sacrificios. Siguió, pues, sin desmayo, su actividad revolucionaria. Ahora, la tarea que tenía sobre sus hombros era preparar la 2ª Convención Nacional de la Federación de Maestros.

Esta convención se efectuó en Concepción en el verano de 1933. Ya había asumido por segunda vez la Presidencia de la República, don Arturo Alessandri Palma. Elegido por una combinación que tenía amplio arraigo popular y que iba desde el Partido Demócrata al Radical, en una nueva edición de la Alianza Liberal, Alessandri, apenas llegó al poder, se fue inclinando más y más hacia la oligarquía, con cuyo respaldo gobernó hasta el fin de ésta, su segunda administración. Al asumir la presidencia, el Gobierno de Alessandri se empeñaba, al igual que sus antecesores, en descargar la crisis sobre las masas trabajadoras. El movimiento obrero y popular era un peligro para las clases dominantes, especialmente porque el Partido Comunista encabezaba las luchas reivindicativas. La Federación de Maestros dirigía al magisterio. Había que tramar una provocación contra el pueblo. Y así se hizo. Un periodista del diario "El Sur" —Darío Poblete Núñez— se prestó para este juego infame. Publicó informaciones folletinescas y truculentas, desfigurando el carácter de la Convención de Maestros.

Inventó, por ejemplo, la versión de que ella estaba presidida por un busto de Lenin, en circunstancias de que se trataba de un busto del maestro Anabalón Aedo. Toda la prensa reaccionaria rasgó sus vestiduras. Y el Gobierno exoneró a los 200 convencionales, entre los cuales estaba Ricardo.

Pero la Convención se realizó de todos modos. En ella, Ricardo analizó una vez más cómo la educación sirve los intereses de la clase dominante; se refirió a los órganos de represión creados por el ibañismo y cómo éstos órganos eran empleados por los gobiernos "civilistas" para perseguir a los que luchan por el pan, la libertad y la justicia. Destacó la enorme importancia del frente único como medio de conseguir el agrupamiento de todos los profesores en lucha por su mejoramiento económico y en defensa de la escuela primaria y del niño proletario. E instó a

todo el profesorado a continuar su lucha, sin vacilaciones ni retrocesos. Y, efectivamente, bajo la bandera de la Federación de Maestros, bajo la experta dirección de Fonseca, bajo la orientación del Partido Comunista, esta lucha siguió adelante.

Ricardo era ya el más grande dirigente del magisterio chileno. ¡Qué importaba que estuviera exonerado! Su carácter siempre permanecía alegre. El hallaba la felicidad en el combate, en la lucha por los intereses de su gremio y de su pueblo, en la batalla contra el capitalismo, causante de la miseria y los sufrimientos de los pueblos. Su alegría estaba en vivir y luchar para el comunismo.

C A P I T U L O V I I

LOS DIAS DE PRUEBA

RICARDO FONSECA es elegido miembro del Comité Regional de Santiago. Desde este puesto realiza serios esfuerzos por la capacitación ideológica del Partido, por la rápida transmisión de la línea política y por un mayor arraigo del Partido en la industria. En el magisterio impulsa la lucha ideológica contra el reformismo, promoviendo la edición de algunos folletos marxistas. Participa activamente en el movimiento antiguerrero. Sufre nuevas persecuciones. Es relegado al lejano Aysen, donde lee y estudia "El Capital". De vuelta de su relegación, es encarcelado por participar en el Congreso Nacional de la Federación Obrera de Chile. En la cárcel sostiene una heroica huelga de hambre durante 17 días. En tanto sale en libertad, pone todas sus energías en la tarea de reconstituir la unidad del magisterio, como parte de la gran unidad popular antifascista que se plantea con imperativa urgencia.

El Partido constituye sus órganos dirigentes a base de los cuadros de mayor vinculación con las masas, más firmes ideológicamente, más disciplinados y acerados en los combates de clase. Estas cualidades las reunía en alto grado Ricardo Fonseca cuando, en abril de 1933, fue promovido a la dirección del Comité Regional de Santiago.

Don Arturo Alessandri seguía gobernando bajo el lema de la “reconstrucción nacional”, que consistió en la reconstrucción de los negocios de los capitalistas criollos maltrechos por la crisis y en el favoritismo a los imperialistas. El capitalismo internacional salía de la crisis cíclica y entraba en un período de relativo y pasajero auge. Alessandri, que fue contrario al imperialismo yanqui durante su administración pasada, se entendía ahora con los imperialistas norteamericanos, después que bajo el gobierno de Ibáñez los ingleses habían sido desplazados en lo fundamental de la economía chilena. Por eso Alessandri burló, una vez más, la voluntad nacional que exigía la disolución de la COSACH y procedió a efectuar un mero cambio de nombre, a “reemplazarla” por la Corporación de Ventas de Salitre y Yodo (COVENSA), en la cual los monopolios norteamericanos conservaron todos sus privilegios. En virtud de la ley que creó la COVENSA, Chile entraba a percibir el 25% de las utilidades provenientes del salitre, pero, al mismo tiempo, por disposición de esa misma ley, debía destinar ese 25% al pago de la deuda externa que se tenía pendiente con esos mismos monopolios salitreros, o sea, se consumaba la total entrega de las ganancias de la producción salitrera de las grandes empresas. Simultáneamente, Alessandri desarrolló el comercio con Alemania a base del trueque, desvalorizó la moneda y alzó los gravámenes aduaneros a los artículos manufacturados de procedencia extranjera. En esta forma favoreció, en lo interno, a los terratenientes, que vieron acrecentar sus exportaciones en virtud del envileci-

miento del peso, y a los industriales que, tras la protección aduanera, encarecieron libremente el precio de sus productos. En torno a esta política, se estableció, en general, una alianza entre la oligarquía terrateniente y la burguesía industrial. Y Alessandri, que había llegado por segunda vez al poder con la oposición de los grupos oligárquicos más reaccionarios, gobernó ampliamente con ellos. Sus antiguos rivales oligárquicos —los viejos del Senado, la “cannalla dorada”— pasaron a constituir la principal base de su gobierno.

Como era natural, esa política proimperialista y oligárquica, atacaba los intereses materiales de los trabajadores, hacía más pobres a los pobres y más ricos a los ricos, como decía entonces el dirigente democrático Juan Pradenas Muñoz.

Exonerado el magisterio, éste es el período más duro de la vida de Ricardo. Consagrado por entero a las actividades revolucionarias en una época en que el Partido apenas podía financiar a una media docena de revolucionarios profesionales, Ricardo se sostenía con las escasas entradas provenientes de una que otra clase particular y, sobre todo, con la ayuda solidaria de militantes y simpatizantes. Diariamente pasaba por la Vega Central, donde un grupo de pequeños comerciantes le ayudaban con un puñado de verduras, que era entonces la base de su alimentación. Esos pequeños comerciantes veían en Ricardo a un combatiente íntegro de la revolución social. Un buen día, precisamente para la Pascua de 1933 le habían obsequiado, además del puñado de verduras, cinco pesos para el bolsillo. Ese día mejoró su dieta: al pedazo de pan le agregó mantequilla.

El estado del movimiento social no era tampoco reconfortante. Las violentas represiones de 1932 y las desilusiones de las masas en determinados caudillos burgueses y pequeño-burgueses, provocaron un descenso en las luchas, un repliegue en el movimiento obrero y popular. En estas condiciones, el

combate era duro, la acción revolucionaria se hacía más pesada. Pero el espíritu y la actividad revolucionaria de Ricardo no sufrieron ningún quebranto. Ni entonces, ni nunca durante toda su vida, se sintió abatido por los reflujos de la lucha. Al contrario, en este período Ricardo dijo adiós a los últimos prejuicios provenientes de los grupos sociales en que antes vivió y se identificó plenamente con los intereses y la ideología del proletariado consagrándose por entero a su causa.

En julio de 1933, el Partido realizó una importante Conferencia Nacional a la cual concurrió Fonseca. En esta Conferencia el Partido planteó, por primera vez, que en Chile corresponde realizar la revolución democrático-burguesa, cuyo objetivo central consiste, en nuestro caso, en poner fin a la dominación de los monopolios internacionales y del gran latifundio, nacionalizando las empresas imperialistas, estableciendo relaciones con el mundo socialista, entregando la tierra a los campesinos y, a través de todo esto, creando las bases materiales para el desarrollo de una industria independiente, la democratización de la República y la lucha ulterior por el socialismo.

Con anterioridad, el Partido venía planteando la revolución social en términos generales, o la revolución socialista, sin tomar debidamente en cuenta el carácter semicolonial y semifeudal del país y el hecho de que, para llegar al socialismo, no se pueden saltar etapas, no se puede pasar hacia él sin haber realizado previamente la revolución democrático-burguesa en los países en que, como el nuestro, ésta no se ha llevado a cabo.

Ya en su obra "Dos Tácticas de la Social-Democracia en la Revolución Democrática", escrita en 1905, Lenin decía que: "El marxismo enseña que una sociedad fundada en la producción mercantil y que tiene establecido el cambio con las naciones capitalistas civilizadas, al llegar a un cierto grado de

su evolución, se coloca inevitablemente en la senda del capitalismo". Y agregaba que: "El marxismo ha roto irremisiblemente con las ilusiones de los populistas y los anarquistas, según las cuales, Rusia, por ejemplo, podía evitar el desarrollo capitalista, saltar del capitalismo o por encima de él por algún medio, excepto el de la lucha de clases, sobre la base y en los límites de ese mismo capitalismo".

De acuerdo a estas premisas, el gran Lenin estableció el carácter democrático burgués de la revolución en los países semif feudales, y enseñó al proletariado a no quedar al margen de esta revolución y a comprender que en tales países, debía participar del modo más resuelto en ella, conquistando su dirección y aliándose con el campesinado para vencer las vacilaciones de la burguesía o pasar por sobre ésta, llevando esa revolución hasta el fin y transformándola en revolución socialista.

La Conferencia de julio representó, pues, un gran paso en el desarrollo ideológico de nuestro Partido. Sin embargo, en esa Conferencia, a causa del sectarismo y de la influencia de algunos restos de trotskismo, aventados en ese año, el Partido no se trazó una estrategia y una táctica justas para llevar adelante el tipo de revolución que correspondía y corresponde aún a las condiciones de Chile. Continuó durante algún tiempo planteando solamente la alianza obrera y campesina, sin buscar al mismo tiempo el entendimiento con otras capas de la población, e incluso, con el sector de la burguesía cuyos intereses están en pugna con los del imperialismo y el feudalismo. Así se restringía la base social y política del movimiento antiimperialista y antioligárquico, la lucha por la revolución democrático-burguesa.

En esa Conferencia, el Partido se propuso también lograr su fortalecimiento orgánico e ideológico y transformarse en un verdadero Partido Comunista de masas. La profunda crisis económica y su corres-

pondiente crisis política habían creado, en 1931 y 1932, condiciones excepcionales para llevar adelante un proceso revolucionario que pudiese haber conducido al país hacia un período de transformaciones profundas. Pero la debilidad orgánica y política del Partido no había permitido utilizar debidamente esas condiciones. Como dice Stalin: "Hay momentos en que la situación es revolucionaria, y, no obstante, el triunfo de la revolución no llega, porque no existe un partido revolucionario del proletariado lo suficientemente fuerte y prestigioso para conducir tras de sí a las masas y tomar el poder en sus manos". (Cuestiones del leninismo, pág. 519). Esto era evidente en el caso de Chile. Y, comprendiéndolo, la Conferencia de julio de 1933 puso el énfasis en la formación de un Partido de ese tipo, empezando por una seria lucha ideológica en su interior, la que dio por resultado la expulsión de los restos trotskistas.

Ricardo, desde el Comité Regional de Santiago, realiza una labor tenaz para elevar el nivel ideológico del Partido y su capacidad de lucha. Impulsa la creación de cursos de capacitación ideológica; toma diversas medidas orgánicas para asegurar la rápida transmisión de la línea política del Partido y se esfuerza aún más en la creación de bases del Partido en la industria. La lucha ideológica la lleva al seno del magisterio logrando que la Federación de Maestros publique diversos folletos marxistas sobre los problemas más inquietantes para los profesores. Por iniciativa suya, la Federación de Maestros publica, por ejemplo, "Las jornadas pedagógicas de Leipzig", "Cuestiones principales del marxismo", de Plejanov, "El arte y la vida social", del mismo autor, y otros folletos que contribuyeron a la divulgación del marxismo en el magisterio.

El movimiento social logra al poco tiempo un nuevo ascenso. Alessandri hacía trabajar a los obreros por bajísimos salarios. Se imponía la "redondilla" en los puertos y en otras faenas, o sea, el trabajo

de uno o dos días a la semana, “el reparto del hambre”, como se decía en aquel tiempo. Los pequeños comerciantes y los consumidores en general eran directamente atacados por el régimen. El Ministro de Hacienda, Gustavo Ross, llamado con toda propiedad “ el ministro del hambre”, aumentó extraordinariamente los impuestos directos que gravan a la población. Uno de esos impuestos, el del 2% a las ventas, que se aplicaba en cada etapa de la distribución de las mercancías, produjo un movimiento nacional de protesta que culminó con una huelga de todo el comercio minorista. Estos hechos colocaron contra el gobierno y de parte del movimiento obrero y popular, a nuevos e importantes sectores sociales.

Particular influencia tuvo en el ascenso de las luchas populares y en la ampliación del movimiento la nueva situación creada en el mundo. Hitler había llegado al poder en Alemania. Japón había invadido Manchuria. El peligro de la guerra y del fascismo se extendía a todos los países. En nuestro propio continente había estallado una guerra entre Bolivia y Paraguay, provocada por las rivalidades imperialistas anglonorteamericanas sobre la zona petrolífera del Chaco.

El fascismo germano-nipón-italiano se proponía la dominación del mundo, un nuevo reparto de las colonias y de las esferas de influencia. Amenazaba las posiciones de los imperialistas británicos y norteamericanos. No obstante esto, los imperialistas anglonorteamericanos veían, especialmente en el fascismo alemán, un buen antídoto contra el movimiento obrero internacional. Miraban con simpatía la represión fascista contra la clase obrera y el pueblo de Alemania, Italia y Japón, y trataban de conducir su agresividad contra la URSS. En todos los países capitalistas se creaban quintacolumnas fascistas, y las clases dominantes de estos países, se apoyaban en estas quintacolumnas y en sus procedimientos para atacar a los trabajadores. Este fenó-

meno era evidente en nuestro país. Bajo el estímulo y el apoyo político y material de la oligarquía y de la burguesía, especialmente de sus sectores progermanos, surgió aquí y se desarrolló el Partido Nacional Socialista de González von Marees, calcado sobre los moldes del Partido Nacional Socialista de Hitler. Surgieron también otras entidades fascistas o semifascistas, como las Milicias Republicanas, el grupo "Frente", que operaba en la Universidad, etc.

El Partido Comunista tomó, entonces, en sus manos, la gran tarea de unificar a los trabajadores y al pueblo de Chile en la lucha contra la guerra y el fascismo y contra la política reaccionaria del Gobierno de Alessandri. Ricardo Fonseca lleva esta lucha al campo del magisterio, donde desenmascara al "funcionalismo", que es la careta con que se encubre allí la ideología fascista, y plantea la participación del profesorado en la cruzada antiguerrera. Siempre se había esforzado por que la lucha de los maestros saliera del terreno economista, y esta vez, con más empeño que nunca, se esfuerza en ello. Justamente como representante de la Federación de maestros, tuvo destacada actuación en el surgimiento de los comités antiguerreros que se crearon en esa época. Y fue en una conferencia antiguerrera, celebrada en la Universidad de Chile, donde conoció a Elena Pedraza, que acudió a este acto en representación de los estudiantes de educación física y con la cual constituiría muy pronto un modelo de hogar comunista.

El magisterio continúa la movilización por sus reivindicaciones. El Gobierno mantenía a los profesores con sueldos de hambre y, pará colmo les imponía exigencias imposibles de cumplir. "Debido al alto ministerio que desempeñaban los maestros —decía una circular del Ministerio de Educación— es incompatible con ellos contraer deudas". La educación primaria, obligatoria y gratuita, según la Ley de Instrucción Primaria dictada el año 1920, sufría un

serio quebranto. La carencia de útiles escolares se hacía angustiosa. Para un sector de Santiago, que tenía más de 70 escuelas, el Estado sólo entregaba 600 silabarios, que apenas alcanzaban para dos escuelas.

Ricardo Fonseca, como siempre, estaba al frente del magisterio en la lucha por su mejoramiento económico y en defensa del niño y de la escuela primaria. Pero esto disgustaba profundamente al Gobierno, el cual lo relega a Aysen en enero de 1934. Por tercera vez la reacción se ensañaba con Ricardo. Quiere quebrantar su espíritu de lucha. Pero ¡cuánto se equivoca! Ricardo es conducido al lejano Aysen con la frente en alto. Desde allí le escribe a su madre. Le pide que no se aflija por él. Le dice que no está arrepentido del camino que ha seguido, sino que, por el contrario, “estoy feliz de luchar y poner mi vida al servicio del pueblo”.

En Aysen, Ricardo Fonseca recibe un magnífico regalo de Elena Pedraza: el texto completo de “El Capital”, de Carlos Marx. Allí, para mantenerse, hace algunas clases particulares. En los días de sol se baña en las heladas aguas del río. Camina, conversa con los trabajadores del pueblo. Y, sobre todo, estudia. Estudia la obra fundamental del creador del socialismo científico, comprendiendo ampliamente las leyes básicas del desarrollo de la sociedad capitalista, condenada a desaparecer históricamente.

A su regreso de Aysen, de donde viene premunido de más fe que nunca en la causa y en el triunfo del proletariado, Fonseca es designado Secretario General de la Federación de Maestros de Chile. Su libertad había sido fruto del movimiento popular, que estaba otra vez en pleno ascenso. En abril de ese año estuvieron en huelga combativa más de 20 mil obreros. La Federación Obrera de Chile realizó un Congreso de Unidad Sindical con más de 250 delegados. Una después de otra, se sucedieron en la región de Santiago más de 100 huelgas, una de las cuales, la de los textiles de la fábrica “El Salto”,

había durado 45 días. El trabajo de Ricardo Fonseca por formar el Partido en la industria, no era ajeno a este heroico movimiento.

El Gobierno de Alessandri pretendió, una vez más, terminar, por medio de la represión, con el movimiento obrero y popular. En el otoño había estallado en el alto Bío-Bío una sublevación campesina. Los campesinos y mapuches reclamaban sus tierras y los títulos de sus predios. Desalojados hacia la cordillera por los usurpadores de sus tierras, allí se habían organizado para rescatarlas por las armas. Pero el Gobierno, en vez de hacer justicia a los campesinos y mapuches, envió contra ellos una expedición armada al mando del general de Carabineros Humberto Arriagada. Ranquil y Lonquimay fueron escenario de una horrenda masacre de campesinos, contra los cuales, por primera vez en Chile, se habían empleado incluso aviones de guerra. Decenas de campesinos fueron fusilados y sus cadáveres arrojados a las corrientosas aguas del alto Bío-Bío. Entre ellos, murieron allí el profesor Leiva Tapia y el dirigente carbonífero Zambrano.

La indignación que provocó esta matanza aceleró el proceso de la unidad y las luchas de los trabajadores y contribuyó a popularizar la necesidad de establecer una estrecha alianza entre los obreros y los campesinos. Numerosas organizaciones y sindicatos de diversas tendencias apadrinaron a numerosas viudas y huérfanos. Luego se obtuvo la libertad de todos los detenidos.

No pasó mucho tiempo sin que el Gobierno de Alessandri lanzara otra arremetida contra el movimiento de los trabajadores. Esta vez, la represión se descargó contra el Congreso Nacional de la Federación de Obreros de Chile, que se realizaba en el local de la Avenida La Paz 134, y que había sido convocado en un serio esfuerzo por reagrupar a los trabajadores en lucha por sus reivindicaciones más sentidas y contra la reacción imperante. Asistían

a este Congreso cerca de 100 dirigentes sindicales, entre ellos Ricardo Fonseca, en representación de la Federación de Maestros. Las fuerzas policiales irrumpieron en el local, deteniendo a numerosos dirigentes. Ricardo Fonseca cayó en esta redada y vio abrirse para él las puertas de la cárcel. En su interior, se transformó en el profesor de marxismo de sus demás compañeros. Luego, estuvo con ellos 17 días en huelga de hambre. En plena huelga, dirigió a sus compañeros de la Federación una carta en la cual les decía que, en oposición al grupo capitulacionista que había desertado de la Federación de Maestros encabezado por Bernardo Ibáñez, el cual, a raíz de este hecho, fue expulsado de las filas del Partido Comunista, “los verdaderos revolucionarios deben responder organizando las luchas por las reivindicaciones cotidianas, por mínimas que sean, impulsando, organizando y orientando el descontento contra el Gobierno y las clases explotadoras”, en vez de caer en las redes de los “reformistas y toda clase de derrotistas” que ante la represión esconden la cabeza bajo un plan democrático-burgués-colaboracionista. En esta dura prueba mantuvo en todo momento su alta moral, contagiando con su fe y su firmeza a sus demás compañeros. El Partido organizó un gran movimiento de masas, gracias al cual los huelguistas del hambre recobraron su libertad. Ricardo Fonseca salió de la cárcel, todavía más templado y con mayor confianza en la victoria de los trabajadores. Pero la enfermedad que lo llevó a la muerte, acaso tuvo su punto de partida en aquel inmenso sacrificio a que lo arrastraron los perseguidores del pueblo, ya que los 17 días de huelga de hambre le significaron un tremendo desgaste físico. Desde entonces comenzó a sufrir alteraciones periódicas en el estómago.

La necesidad de contener y derrotar la política represiva del Gobierno, de conquistar las reivindicaciones de las masas y de establecer un amplio fren-

te único de todas las capas populares contra la reacción, el fascismo y la guerra, hacía imperativa la unión de todos los trabajadores, de todos los hombres, mujeres y jóvenes de tendencias democráticas. En varios países, y particularmente en Francia, la táctica del frente único y del frente popular antifascista lograba atajar al fascismo y defender con éxito las conquistas y los derechos de los trabajadores.

En Chile, el sentimiento unitario surgía poderoso. Desde la caída de Ibáñez, a través de prolongadas luchas, había quedado en evidencia la necesidad de mancomunar las fuerzas de la clase obrera y del pueblo. Además, en las masas trabajadoras habían perdido terreno las posiciones reformistas. El Partido dio entonces un viraje en su táctica. Sobre la base de la unidad en cada sitio de trabajo, en cada industria, propició con toda fuerza la unidad del movimiento sindical, incluso con las organizaciones obreras que habían tenido direcciones reformistas. Planteó, además, la unidad de todas las capas democráticas y progresistas en el Frente Popular.

Ricardo Fonseca, en la lucha por la aplicación de la línea del Partido dio una vez más prueba de iniciativa, decisión y audacia. Fue precisamente en el campo del magisterio donde se superó primero la dispersión de las fuerzas sindicales. Se fusionaron las diversas entidades del profesorado en la Unión de Profesores de Chile, cuyo Consejo Directivo Nacional Ricardo entró a formar parte.

En el movimiento obrero y popular de Chile se cerraba una etapa y comenzaba otra: la del Frente Popular Chileno. En la vida de Ricardo también se iniciaba otro capítulo.

CAPITULO VIII

EN LA LUCHA POR LA UNIDAD POPULAR

El Frente Popular surge contra el peligro de la guerra y del fascismo y respondiendo a la necesidad de unir a todas las fuerzas de avanzada para abrir un camino progresista al desarrollo del país. La reacción gobernante trata de contener al pueblo por medio de la represión. Víctimas de sucesivas leyes de facultades extraordinarias, numerosos dirigentes obreros y populares son conducidos a la cárcel y la relegación. Ricardo es confinado a Maullín. Pero el pueblo reconquista paso a paso las libertades públicas. El Frente Popular se extiende a todo el país, venciendo las maniobras divisionistas del trotskismo y la oposición del grupo latifundista radical. Fonseca es uno de los más valiosos artífices de la unidad popular, especialmente en el campo del magisterio.

La consigna del Frente Popular fue lanzada por el histórico 7º Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en Moscú en agosto de 1935. El fascismo alemán, secundado por sus socios menores, los fascistas italianos y los militaristas nipones, soñaba con destruir la Unión Soviética, restaurar allí el capitalismo y establecer el dominio del imperialismo germano sobre todo el mundo, arrasando con la independencia nacional de todos los pueblos y sometiéndolos al trabajo forzado. Para lograr estos fines y salvar de la crisis a la economía alemana, Hitler marchaba por el camino sangriento de la guerra. Donde el fascismo llegaba al poder, perseguía brutalmente a la clase obrera, arrasaba las libertades democráticas y atacaba a todos los grupos sociales, partidos, doctrinas filosóficas y creencias religiosas que de una u otra forma le obstaculizaban el paso.

En estas circunstancias, el supremo deber de todos los seres humanos amantes de la paz, de la libertad y del progreso, no podía ser otro que el de librar a la Humanidad de los horrores del fascismo y de la guerra, lo cual permitiría, además, abrir el camino al desarrollo progresivo de los países, a la democracia y al socialismo. En torno a ese objetivo la humanidad avanzada y progresista podía y debía ser unida bajo la bandera de los Frentes Populares. En Francia, los trabajadores habían realizado ya importantes y exitosas acciones de frente único en defensa de sus derechos y conquistas y contra el avance del fascismo. A base de tales experiencias era posible hacer otro tanto o más en cada uno de los restantes países capitalistas.

La consigna del Frente Popular prendió en nuestro país y se materializó en un amplio y vigoroso movimiento social, porque nuestro pueblo comprendió que el fascismo y la guerra amenazaban también la paz y la independencia nacional. Pero, sobre todo, la consigna del Frente Popular prendió en las más amplias capas ciudadanas porque ella permitía

unir a todos los sectores democráticos y, a través de la lucha y la unidad, conquistar el poder político a la dominación de los monopolios imperialistas, que para extirpar las supervivencias feudales y poner fin entrababan y siguen entrabando el progreso de Chile.

La mayoría de los ciudadanos comprendió entonces que la miseria, el atraso y la ignorancia en que vive la población chilena, se deben a dos hechos principales: al hecho de que la mayor parte de la tierra cultivable está en manos de un puñado de latifundistas que explota una mínima parte de esa tierra y aplica los más primitivos métodos de trabajo y las formas más atrasadas y brutales de explotación del campesinado y, al hecho de que las materias primas fundamentales —cobre, salitre, hierro, etc.— que constituyen más del 80% de nuestras exportaciones, están en poder de empresas imperialistas que sacan de Chile la tajada del león, la mayor parte de las utilidades, dejando aquí un exiguo porcentaje de las mismas para el pago de miserables salarios y de insignificantes impuestos.

El Gobierno de Alessandri se inclinaba de más en más a favorecer a la oligarquía y al imperialismo, en desmedro de los intereses generales del país. Como queda dicho, no conforme con haber entregado a las compañías salitreras el 75% de las utilidades provenientes de la industria salitrera —en virtud de la ley que creó la Corporación de Ventas de Salitre y Yodo, la COVENSA— renunció prácticamente al 25% restante de las utilidades, que correspondían al Estado, destinándolas a cancelar los intereses y amortizaciones de la deuda externa que no se pagaban desde la gran crisis que había sufrido la nación. Para suplir estas entradas y favorecer a los terratenientes, que eran ahora los principales sostenedores de su política, el Gobierno de Alessandri se dedicó, entonces, a estimular las exportaciones agropecuarias sin consideración alguna a las necesida-

des del consumo interno. Con tal fin, promovió una nueva desvalorización monetaria, en virtud de la cual, los exportadores cambiaban sus divisas por una mayor cantidad de pesos chilenos, mientras a sus inquilinos y peones les seguían pagando salarios de hambre. Concertó, además, varios tratados de trueque, principalmente con Alemania y Japón, que invadieron el mercado interno con productos manufacturados que, a precios de “dumping”, vinieron a competir deslealmente con la industria nacional.

Esta política antipopular y antinacional, fue colocando contra el Gobierno de Alessandri a la mayoría del país, incluyendo a importantes sectores de la burguesía. El Frente Popular tuvo la virtud de aglutinar y poner en movimiento estas fuerzas, con vistas a producir profundas transformaciones en la estructura económica nacional. El Frente Popular surgió, pues, como un movimiento nacional llamado a barrer con los escollos que obstruían el progreso del país. Nunca antes en la historia de Chile se había creado un movimiento tan amplio y vigoroso, en el cual el pueblo fuera el protagonista principal.

Desde el año 1920 habíamos visto a las masas populares participando activamente en las luchas políticas, contra la oligarquía y el imperialismo. Pero no tenían una clara conciencia de los objetivos a perseguir y confiaban, no tanto en sus fuerzas, en su unidad, en su organización, y en su lucha, como en uno que otro caudillo burgués. Con el Frente Popular se produce una situación diferente. Ahora las masas populares juegan un papel más decisivo. En ellas hay todavía, aunque en menor grado, ilusiones mesiánicas. Pero ni los caudillos ni los partidos políticos pueden ya operar a sus espaldas. Por el contrario, el pueblo obliga a los caudillos y a los partidos a actuar de cara a las masas, a pronunciarse concretamente en favor o en contra de la solución de sus problemas, en favor o en contra de postulados programáticos de urgente realización.

En el Frente Popular, que fue una amplia coalición de clases, de carácter antiimperialista, antifascista y antifeudal, se agruparon los partidos Radical, Socialista, Democrático y Comunista. También pertenecía a él la Confederación de Trabajadores de Chile.

El Partido Radical estaba constituido fundamentalmente —y sigue estándolo hoy— por elementos provenientes de la burguesía y la pequeña burguesía, que tenían entonces un pensamiento democrático y liberal en cuanto a régimen político y que, en lo económico, propiciaban la intervención estatal con miras a impulsar el desarrollo industrial del país. En 1931, en su convención de Viña del Mar, el Partido Radical había reconocido la lucha de clases, declarando que, en esta lucha, estaba del lado de los desposeídos. En la práctica, eso no había sido más que una lírica declaración; pero, ahora, ante las posibilidades que se abrían al país para forjar su progreso material y social, abatiendo el poder de la oligarquía semifeudal y de los monopolios extranjeros, el radicalismo, bajo la presión de las masas trabajadoras y de sus propios militantes de base, se vio obligado a entrar en alianza con los partidos Socialista y Comunista, que tenían fuerte arraigo en el proletariado.

En el seno del Partido Radical ha existido también un grupo de grandes terratenientes, insignificantes por su número, pero de gran influencia en la dirección de esa colectividad y, sobre todo, en los gobiernos que ha tenido el país en los últimos 15 años, incluyendo el gobierno que surgió de la victoria del Frente Popular. Es el grupo latifundista de los Moller, Sáenz, Duhalde y otros grandes terratenientes de la región sur. Entre éstos y los latifundistas de la región central del país, que militan principalmente en los partidos Conservador y Liberal, existen algunas diferencias, que explican el hecho de que militen en tienda distinta. Mientras los latifundistas radicales del sur fueron ayer gentes de

“medio pelo”, que se hicieron de grandes propiedades después de la llamada “pacificación de la Araucanía”, de la extensión a sangre y fuego del capitalismo a la región comprendida entre el Bío-Bío y Puerto Montt y recibieron allí la influencia atea o protestante de la inmigración alemana, los latifundistas de la región central descienden de la “aristocracia colonial”, que por su servilismo al rey de España recibió “títulos de nobleza” y grandes extensiones de tierra en “encomiendas”, constituyéndose en el núcleo central de la reacción feudal y clerical.

Pero, entre unos y otros, existía y existe el común propósito de defender el régimen del latifundio, el régimen de la gran propiedad terrateniente que ahoga el progreso del país. Y esta afinidad explica el hecho de que ese grupo de terratenientes radicales haya obstaculizado por todos los medios la formación del Frente Popular y, cuando no fue posible impedir su constitución, haya continuado, desde los puestos influyentes del radicalismo y del Gobierno, sabotando las transformaciones materiales, económicas, sociales y políticas que el Partido Radical se había comprometido a defender e impulsar.

El Partido Socialista había surgido en 1933, como producto de la fusión de diversos grupos de intelectuales burgueses y pequeñoburgueses que abrazaban las ideas del socialismo. En tanto se fundó este partido, agrupó en sus filas a fuertes contingentes obreros que creían que el Partido Comunista, después de la dictadura de Ibáñez, no volvería a surgir con suficiente fuerza. El hecho de que el Partido Socialista, al constituirse, reconociese como doctrina suya el marxismo, propiciase la dictadura del proletariado y se declarase absolutamente extraño a los partidos socialistas de la podrida Segunda Internacional, favoreció en alto grado el desarrollo de dicho partido como una colectividad de masas. Cuando se fundó el Frente Popular, el Partido Socialista era,

pues, un gran partido popular, con una fuerte base obrera.

El Partido Democrático estaba constituido por los restos del Partido Demócrata que en siglo pasado y hasta la fundación del Partido Obrero Socialista en 1912, logró atraer a su alrededor a vastas capas de obreros y artesanos.

El Partido Comunista estaba y está constituido por lo mejor del proletariado nacional, por los obreros más combativos, por los campesinos, profesionales e intelectuales más esclarecidos, teniendo, tradicionalmente, su mayor fuerza en las grandes concentraciones mineras del salitre, el carbón y el cobre. Este partido —acerca de cuya génesis y proceso de formación se han dado ya antecedentes a través de los capítulos anteriores— había dado un gran salto en cuanto a su capacidad ideológica y política. Este salto estaba representado por el hecho de que el Partido, desprendiéndose de gran parte del sectarismo y “de la enfermedad infantil del comunismo: el izquierdismo”, se trazó y cumplió la gran tarea de agrupar a todas las capas populares que estaban contra la oligarquía, el fascismo y el imperialismo, en torno a un programa común en favor de la democracia, la paz, el progreso y la independencia del país.

El Frente Popular y con él la victoria popular del 25 de octubre de 1938 no habrían sido posibles por la sola existencia de condiciones internacionales y nacionales favorables para impulsar y lograr la unidad de todas las fuerzas democráticas. El Frente Popular y con él la victoria del 25 de octubre y todo el proceso democrático que se cierra con la dictadura de González Videla, fueron posibles, precisamente, por la existencia de un Partido Comunista que, con un sólido arraigo en la clase obrera, luchaba con indomable energía por unir a los trabajadores y al pueblo en la lucha contra la oligarquía, los imperialistas y el fascismo.

Por iniciativa del Partido Comunista, se crearon en 1935 los primeros órganos del Frente Popular. Pero fue en 1936 cuando el pueblo pasó a la ofensiva y el Frente Popular se desarrolló como un torrente incontenible.

El 23 de febrero de 1936 estalló una gran huelga ferroviaria por mejores salarios y otras reivindicaciones inmediatas. El Gobierno de Alessandri se lanzó contra esta huelga con todo el peso de la maquinaria estatal. Dictó una Ley de Facultades Extraordinarias y apresó y relegó a numerosos dirigentes sindicales y políticos, incluyendo a algunos miembros del Partido Radical, que ya se había pasado a la oposición.

Por su amor sin límites a la causa del pueblo y su actividad permanente en favor de las luchas y la unidad del magisterio, Ricardo Fonseca fue, una vez más, víctima de la persecución. Trabajaba entonces como vendedor de bencina en una bomba de la Copec. Se dirigía hacia el Hospital San Borja a ver a su compañera que recién había dado a luz a su hijo Leonardo. En ese instante fue detenido por la policía y relegado a Maullín, una pequeña aldea campesina, situada a varios kilómetros de Puerto Montt. No pudo ver a su esposa enferma ni conocer a su hijo. No se lo permitieron. Pero este hecho brutal no consigue tampoco abatirlo. Desde Puerto Montt escribe una carta en la cual demuestra una vez más su firme contextura de combatiente comunista, que sabe mantener siempre una alta moral revolucionaria. En esa carta dice: "En Maullín también hay Partido", o sea, sabe que encontrará allí apoyo y solidaridad y que no estará solo.

La huelga ferroviaria de 1936 apresuró el proceso de la unidad de la clase obrera y del pueblo. La represión alessandrista no podía contener el desarrollo de ese proceso. Al contrario, lo aceleró. Lanzó contra el Gobierno a nuevos sectores de la población y estimuló la lucha por el imperio de las libertades

públicas. Esta lucha logró rescatar a los relegados y levantar el estado de sitio en que vivía el país.

En la lucha por la recuperación de las libertades y en una elección complementaria a senador efectuada en las provincias de Bío-Bío, Malleco y Cautín, en la que triunfó el candidato "frentista" quedó en evidencia que la unidad de las fuerzas democráticas, el Frente Popular, constituía una herramienta poderosa y capaz de vencer a la reacción.

Sin embargo, la organización del Frente Popular no fue tarea fácil. A ella se opusieron dos enemigos: uno externo —el imperialismo y la oligarquía— y otro interno que, por cuenta del anterior, operaba desde el seno de los partidos Radical y Socialista. El enemigo interno era el ala derechista radical, constituida por el grupo de terratenientes del cual ya se ha hablado, y la fracción trotskista del Partido Socialista.

Los trotskistas, capitaneados por Manuel Hidalgo, se habían arrogado, en 1933, el nombre de Partido Comunista, con el propósito de confundir a los trabajadores. Una vez que fueron desenmascarados pasaron a llamarse "Izquierda Comunista", adherida a la inexistente Cuarta Internacional. Pero los obreros chilenos no querían nada con Hidalgo y su "Izquierda Comunista". Entonces, ésta tomó la resolución de ingresar al Partido Socialista, el cual, según decía, era un "ejército con muchos soldados, pero sin generales". Ellos, los trotskistas, serían los generales y, desde los puestos de comando del Partido Socialista, sabotearían la marcha del Frente Popular. Así lo hicieron, transformándose en una quinta columna que no sólo obstaculizaba el desarrollo de la unidad popular, sino que, además, dio origen a sucesivas crisis internas en el Partido Socialista que, desde entonces, empezó a declinar.

De vuelta de su relegación, Ricardo participó activamente en el desenmascaramiento de las maniobras divisionistas de los trotskistas y del ala dere-

chista del Partido Radical. Participó también en la constitución de los comités de base del Frente Popular, que estaban llamados a sellar la unidad por abajo y a vencer las maniobras antiunitarias de los grupos dirigentes de algunos partidos frentistas.

Justamente, la gran experiencia que sacó el proletariado y el pueblo en el período de la formación del Frente Popular, es que la unidad de los trabajadores y de todas las fuerzas populares y democráticas no se logra ni puede lograrse a través de componendas ni de conversaciones por arriba, entre dirigentes. Dicha unidad se logra, se afianza y se desarrolla fundamentalmente en la medida en que se forja en la base, en cada sitio de trabajo, en cada barrio, en cada aldea, en cada pueblo, en la lucha por las reivindicaciones inmediatas de las masas y en la medida en que, en esta forma y a través del esclarecimiento público de los problemas y de las posiciones de cada cual, se somete a los aliados recalitrantes a la presión y a la crítica de las masas, haciéndolos saltar del movimiento si no se someten a él.

Ricardo ponía todas sus energías y su inteligencia al servicio de este poderoso movimiento que se forjaba en el país. Lo apasionaba el hecho de que se estuviera creando algo nuevo, que haría de nuestro país una efectiva avanzada democrática en América Latina. Y, como siempre, se aconsejaba de los clásicos del marxismo para alumbrar la senda nueva por la que marchaba nuestro pueblo. Guiado por la máxima leninista de que "no hay movimiento revolucionario sin teoría revolucionaria", Ricardo estudiaba concienzudamente, planificadamente. Leía todas las noches un par de horas, tomaba apuntes, sacaba conclusiones. En la mañana, desde las 7, en la pieza en que estaban su escritorio, sus estantes, sus libros, su máquina de escribir, leía atentamente la prensa diaria, recortaba los artículos o crónicas de mayor interés, formando con ellos sus car-

petas sobre los diferentes problemas del país o sobre asuntos internacionales, que luego aprovechaba para sus intervenciones o informes en el Partido o en la organización del magisterio. Jamás, ni el cansancio ni el sueño, ni nadie logró romper su disciplina, su hábito de estudio. Refiriéndose a aquellos compañeros que alegan falta de tiempo para estudiar, él solía decir: "No. Lo que les falta a esos compañeros —y es claro que se puede y se debe corregir— es decisión de estudiar. Si, como dice Stalin, estudiar y luchar es una ley de los comunistas, si el estudio es parte indispensable de la vida de un comunista, es evidente que hay tiempo para estudiar, como lo hay para dormir, para comer, para dar satisfacción a todas las necesidades de la vida. Todo depende de la voluntad y de la organización personal".

Enemigo irreconciliable de la improvisación, con toda la responsabilidad de un dirigente, Ricardo pesaba cada momento político, le daba vueltas a los problemas en su modesta habitación o en sus diarias caminatas bajo los frondosos árboles del Parque Forestal. Reflexionaba profundamente sobre las salidas correctas a cada situación política, a cada problema del país, del pueblo, de la clase obrera, del partido, y se trazaba tareas, para sí y para su organización, de acuerdo a planes realistas y bien pensados.

Durante su relegación en Maullín concibió la idea de editar una revista de pedagogía que barrierá, en el campo de la educación, con el reformismo y el idealismo, y echara las bases de una pedagogía avanzada y de un plan orgánico destinado a terminar con el 42% de analfabetos, a elevar el nivel cultural del pueblo y a preparar a la juventud para la nueva época de transformaciones económicas, sociales y políticas por las cuales venía luchando el Frente Popular.

Ricardo Fonseca partía del justo principio de que

la política de unidad popular del Partido no significaba ni significa el abandono de la lucha ideológica respecto a los aliados. Y que la batalla contra el enemigo imperialista y oligárquico debía y debe darse en todos los frentes, siendo el frente del pensamiento uno de los más importantes. Por eso él es justamente el primero que en el magisterio rompe lanzas contra todas las tendencias idealistas y muy especialmente contra las concepciones filosóficas del norteamericano John Dewey, que introduce en la educación chilena las ideas reaccionarias del pragmatismo que niega valor científico a las matemáticas y demás ciencias que reflejan las leyes de la naturaleza y la sociedad y eleva a la categoría de verdad cualquier mito o afirmación a priori que tenga "utilidad".

Junto a Rodolfo Guzmán, Crisólogo Gatica y otros destacados maestros comunistas, Ricardo editó la Revista Pedagógica. En septiembre de 1936 participó en la asamblea pedagógica organizada por la Unión de Profesores de Chile, en la cual, en oposición a la tesis reformista presentada por Eleodoro Domínguez, que le asignaba a la educación finalidades individualistas, presentó y defendió la tesis de que la educación chilena debía estar orientada, sin eufemismos de ninguna especie, a la formación de una conciencia democrática y de técnicos y de profesionales que tanto en la vida ciudadana como en el trabajo, pusieran sus energías y sus conocimientos al servicio de la causa de la paz, de la libertad, del progreso y de la independencia económica y política del país.

Ricardo nos dejó, pues, un ejemplar vivo y permanente en la lucha ideológica donde no hay ni cabe transacción.

CAPITULO IX

LIDER Y MAESTRO DE LA JUVENTUD

El Partido asigna a Ricardo Fonseca una gran tarea: organizar a la juventud en la lucha contra el fascismo y la guerra y por sus derechos específicos. Ricardo cumple esta misión con un éxito brillante. Hace de la Juventud Comunista una verdadera organización juvenil, la cual construye el gran movimiento antifascista de los jóvenes chilenos que se denominó Alianza Libertadora de la Juventud. Impulsa la capacitación ideológica de los jóvenes comunistas con métodos ágiles, que despiertan el interés de la juventud. Valiosos cuadros se forman bajo su dirección.

Un buen día del verano de 1937, un grupo de jóvenes encabezados por Fonseca, avanzaba hacia la Cordillera de los Andes, portando mochilas y mantas. Conversaban alegremente. A ratos, cantaban, plétóricos del entusiasmo y de la vitalidad propios de la juventud. Este grupo de "excursionistas" era el Comité Central de la Juventud Comunista, el cual, por iniciativa de Ricardo, se reunía clandestinamente durante dos días, tras los primeros cordones andinos, para estudiar de qué manera unir y movilizar a la juventud chilena en la lucha por la paz y contra el fascismo y cómo incorporarla al poderoso movimiento emancipador que representaba el Frente Popular.

La Segunda Guerra Mundial ya había empezado de hecho. Mussolini, en 1935, había invadido Abisinia; Hitler y Mussolini, en 1936, se habían lanzado sobre España en apoyo del levantamiento franquista; en el Oriente, el militarismo japonés, después de apoderarse de Manchuria, apuntaba sus cañones sobre la China Central. Pero la guerra no era todavía total y, por lo tanto, no podía darse por perdida la causa de la paz.

El capitalismo nació envuelto en sangre, en medio de guerras y revoluciones. En su etapa imperialista, las guerras por un nuevo reparto del mundo han constituido su atributo inseparable. Lo han acompañado como la sombra al cuerpo. Sin embargo, después de la experiencia de dos guerras mundiales, después del nacimiento de la Unión Soviética, después de la construcción del socialismo en una sexta parte de la tierra, después que las naciones de Europa Central y Oriental y la inmensa China marchan por el camino del socialismo, después de la formación de los partidos comunistas en todo el mundo y del desarrollo del movimiento obrero revolucionario, la guerra puede ser evitada por la oposición activa de los pueblos, mediante la lucha de todas las

fuerzas amantes de la paz, que son inconmensurablemente superiores a las fuerzas de la guerra.

En los años que precedieron a la Segunda Guerra Mundial, se agudizaron las contradicciones interimperialistas. Los imperialistas germanos, nipones e italianos, estaban interesados en un inmediato y nuevo reparto del mundo, a expensas no sólo de la Unión Soviética, sino también de las colonias y esferas de influencia de los imperialistas norteamericanos, ingleses, franceses, holandeses y belgas. Estos, como es obvio, eran partidarios del "statu quo" (del estado en que se hallaba el mundo), lo cual creaba una condición propicia para que se constituyera un poderoso bloque entre la Unión Soviética, Inglaterra, Francia y otros Estados capitalistas, capaz de contener a los agresores y de mantener la paz.

Pero los círculos dirigentes de esos Estados capitalistas, incluyendo entre tales círculos a los socialistas y radicales de Francia y a los conservadores ingleses, no querían contener al fascismo. Como dice Stalin en la "Historia del Partido Bolchevique", "es cierto que los Estados democráticos no aprueban los excesos de los Estados fascistas y temen que estos se fortalezcan, pero temen aún más al movimiento obrero de Europa y al movimiento de liberación nacional de Asia y entienden que el fascismo es un buen antídoto contra todos estos movimientos peligrosos".

En vez de aceptar la política de la seguridad colectiva, de la resistencia colectiva a los agresores y de las sanciones colectivas contra los mismos, reiteradamente propuesta por la URSS, los "Estados democráticos" idearon la política de la "no intervención", es decir, de la complicidad con los agresores fascistas, a los cuales, por lo demás, les vendían materiales estratégicos y hasta armas que utilizarían más tarde contra ellos mismos.

La Segunda Internacional y la dirección de la In-

ternacional Sindical de Amsterdam, traicionando una vez más al proletariado, estaban al servicio de esa política de los círculos dirigentes de los "Estados democráticos" y rechazaban también, invariablemente, las propuestas de unidad de acción contra el fascismo y la guerra, formuladas por la Internacional Comunista y la Internacional Sindical Roja. Esta última para facilitar la unidad de la clase obrera internacional propuso incluso su disolución y la realizó.

Los imperialistas ingleses, franceses y norteamericanos y los socialdemócratas de estos países, dejaban, pues, vía libre al fascismo y a la guerra. En tales circunstancias, la movilización antifascista y antiguerra de la Humanidad y en particular de la juventud de todos los países, surgía como una tarea de dramática urgencia, en un esfuerzo supremo por defender la paz.

Nuestra organización de jóvenes comunistas, que debía ser el motor de un amplio movimiento juvenil contra la guerra y el fascismo y por los derechos de la joven generación, era muy estrecha y sectaria. Trasplantaba mecánicamente las consignas del Partido al campo de la juventud y mantenía las mismas formas de organización y de trabajo del Partido. Así restringía el acceso de los jóvenes a sus filas y se desligaba de las amplias masas juveniles. Las experiencias del movimiento juvenil mundial, recogidas en el VI Congreso de la Internacional Juvenil Comunista, no habían sido transmitidas a Chile o lo habían sido defectuosamente por parte del delegado chileno que a él concurrió, Luis Hernández Parker, entonces Secretario General de la Juventud Comunista y miembro de la dirección central del Partido Comunista, del cual fue poco después expulsado por flaquear frente a las torturas policiales.

El Comité Central del Partido, en su propósito de ayudar a la juventud comunista a crear un amplio movimiento juvenil antifascista y antiguerrero, rom

piendo con el sectarismo que impedía su propio desarrollo orgánico, encargó a Ricardo Fonseca atender personalmente este importante frente de trabajo.

En el magisterio, Ricardo había dado pruebas de iniciativa, de coraje, de amplitud y firmeza política, virtudes que, unidas a su espíritu juvenil y a su conocimiento de los problemas de los jóvenes, hacían de él el cuadro más indicado para ir a organizar y desarrollar el trabajo del Partido en el campo de la juventud.

En la reunión plenaria del Comité Central de la Juventud, celebrada en plena Cordillera de los Andes, Ricardo armó a los dirigentes juveniles con el suficiente material ideológico para la batalla contra la guerra y el fascismo. Y trazó las bases de una verdadera y justa política comunista en la juventud.

Naturalmente, los jóvenes quieren la paz y no la guerra. ¿Pero cómo movilizarlos, cómo unir a toda la juventud? ¿Sólo mediante llamados a la lucha contra la guerra y el fascismo? No. Ricardo sostuvo que el objetivo de la paz, común a todo el movimiento popular, debía tener una aplicación propia, particular, específica, en el terreno juvenil. Señaló la necesidad de vincular la lucha por la paz a la lucha por los derechos y las reivindicaciones de la juventud. Mejor dicho aún, planteó que el combate por la paz y por los derechos juveniles era una sola cosa, un todo indivisible, puesto que la guerra barre con los derechos y conquistas de los jóvenes, y la paz, en cambio, les ofrece la posibilidad de ampliarlos cada día más. Y afirmó que sobre tales bases debía constituirse un amplio y vigoroso movimiento de la joven generación, el cual, por otra parte, debería reforzar y ampliar el movimiento de liberación que representaba el pujante Frente Popular.

Bajo esta certera orientación, los jóvenes comunistas se lanzaron a organizar y unir a la juventud. Sus esfuerzos dieron, muy pronto, magníficos resul-

tados. En todo el país, crearon la Alianza Libertadora de la Juventud, bajo cuyas banderas se agruparon decenas de miles de jóvenes chilenos de distintas ideologías y credos religiosos, unidos por el propósito común de luchar por sus aspiraciones y en defensa de la paz. En el mes de septiembre de ese mismo año de 1937, se realizó en Santiago un Congreso Nacional de la Juventud Chilena, convocado por la Alianza, en el cual participaron 400 delegados. En ese Congreso estaban representados los jóvenes comunistas, socialistas, radicales y democráticos. Además, había un buen número de jóvenes sin partido y de delegados de diversos centros y clubes deportivos y artísticos y de algunas iglesias protestantes.

Ricardo fue el alma de este Congreso. Él redactó la declaración de principios de la "Alianza Libertadora de la Juventud" y, en contra de las posiciones sectarias de algunos delegados socialistas, como Raúl Ampuero, que rechazaban la idea de unir a toda la juventud, exagerando los antagonismos de clase que hay en ella, Ricardo demostró la posibilidad y la necesidad de crear un amplio movimiento antifascista de la joven generación, como parte integrante del movimiento popular. En un artículo que por aquellos días publicó en el periódico "En Marcha", órgano de la Alianza Libertadora de la Juventud, Ricardo escribía que "a las actuales generaciones jóvenes les ha tocado sufrir las consecuencias de la vorágine de un mundo en bancarrota", recibiendo "como primera enseñanza de su vida consciente, los horrores de la guerra mundial y sus tremendas consecuencias", lo cual, junto a la visión de la "gran revolución salvadora del pueblo ruso", al "grandioso monumento del socialismo victorioso de la URSS", "ejemplo sin límites del pueblo y de la juventud españoles y el despertar del pueblo chino", les da una experiencia que las empuja a marchar junto al pueblo "en la tarea de crear un mundo

libre, el mundo del trabajo redimido, del estudio y la alegría”.

La Alianza realizó en todo el país grandes manifestaciones juveniles, nunca antes conocidas. Despertó en vastos contingentes de la juventud, la solidaridad hacia España, el odio al fascismo y al imperialismo, el amor a la clase obrera y al pueblo, su admiración y cariño por la Unión Soviética y todos los movimientos de liberación de los pueblos coloniales y semicoloniales. Reforzó la lucha y la unidad de las fuerzas democráticas que se agrupaban en el Frente Popular.

Sin embargo, la Alianza Libertadora de la Juventud se disgregó poco tiempo después. Las causas de esta disgregación las explicó el propio Ricardo Fonseca en la Segunda Conferencia Nacional de la Juventud Comunista, celebrada en abril de 1938. Los problemas específicos de la juventud no habían sido abordados con la suficiente fuerza y perseverancia. La Alianza cayó en el academismo, en la discusión casi exclusiva de las cuestiones de la política nacional. Y sólo “detrás de la discusión de estos problemas —dijo Fonseca en la Segunda Conferencia de la Juventud Comunista— casi sin relieve nos preocupamos de las reivindicaciones de los jóvenes, de su abandono y carencia de derechos, de sus necesidades y aspiraciones y de las formas de encarar sus conquistas. Así expresamos la incomprensión por los problemas de los jóvenes y cerramos el camino a los que no pertenecían a los organismos políticos, para organizarse en defensa de sus intereses inmediatos y urgentes. Las reivindicaciones juveniles no han pasado de ser materias de adorno de nuestros programas y banderas de agitación de nuestras actividades. Pero no hemos sostenido campañas con realizaciones benéficas y constructivas. Por esta causa ha sido más ardua la lucha por la unidad de la juventud y se han agigantado los obstáculos en nuestro camino”.

Además, se cayó en el error de disolver la organización de la Juventud Comunista en las filas de la Alianza Libertadora de la Juventud, partiendo de la falsa creencia de que la Alianza era ya una asociación consolidada orgánicamente y con una ideología antifascista uniforme, en circunstancia que no pasaba de ser todavía más que un frente único de jóvenes de distintas tendencias. Este error contribuyó, lógicamente, al debilitamiento de la Alianza, pues en el movimiento juvenil desapareció el motor de su actividad, el destacamento organizado de los jóvenes comunistas.

El Partido consideró atentamente el trabajo juvenil y resolvió la reconstitución de la Juventud Comunista, como un organismo autónomo, independiente, más amplio que el Partido, con métodos de organización y de trabajo típicamente juveniles, y en cuyas filas pudieran militar todos los jóvenes que simpatizaran con el comunismo, aunque muchos de ellos no estuvieron en condiciones de aceptar rigurosamente la disciplina del Partido, todo su programa y sus métodos de trabajo. El Décimo Congreso del Partido ratificó esta resolución de la Comisión Política.⁴ Y la Juventud Comunista fue reconstituida orgánicamente. Al adoptar esta resolución, el Partido demostró su confianza en que los dirigentes juveniles del comunismo y principalmente Ricardo Fonseca, sabrían caminar por sí solos, con iniciativa y coraje, educar a la juventud trabajadora en los principios del leninismo y restablecer el movimiento antifascista de la juventud chilena. "Nosotros demostraremos que somos dignos de esta confianza —dijo Fonseca en su informe a la Segun-

4 Aquí se habla del Décimo Congreso considerando los cuatro que celebró el Partido Obrero Socialista. De acuerdo con la numeración actual, el Cuarto Congreso del Partido Obrero Socialista viene a ser el Primer Congreso del Partido Comunista. Por lo tanto, en vez del Décimo Congreso, debería decirse el Séptimo Congreso.

da Conferencia Nacional de la Juventud Comunista— que somos capaces de crear un potente movimiento independiente de las Juventudes Comunistas, de educar ampliamente a las juventudes en los principios del comunismo inmortal, de enrolarnos valientemente en la lucha por salvar a la juventud y a nuestro pueblo, recibiendo del Partido Comunista sus valiosas enseñanzas, las enseñanzas de la Internacional Comunista y sus grandes dirigentes, Stalin y Dimitrov, que marchan sobre el camino de Marx, Engels y Lenin”.

La reconstitución de la Juventud Comunista como una organización independiente de jóvenes, con métodos de organización y de lucha típicamente juveniles, y la mayor preocupación por las reivindicaciones concretas de los jóvenes, permitieron darle un nuevo auge a las luchas de la juventud. Bajo el patrocinio de los jóvenes comunistas y de su activo dirigente máximo, Ricardo Fonseca, se organizaron importantes grupos de jóvenes obreros en las industrias, principalmente en la metalurgia, en lucha por la consigna de “a igual trabajo, igual salario”, por bonificaciones patronales para los que iban a hacer el Servicio Militar, por canchas de deportes y otras reivindicaciones juveniles. En los barrios se coordinó la actividad de los clubes deportivos, que se agruparon en un vasto movimiento bajo la dirección del Comité Pro Deporte Popular, el cual realizó desfiles, grandes campañas de masas por canchas de deporte y otras aspiraciones de los deportistas.

En la Universidad se levantó la bandera de la lucha por la reforma universitaria y contra el fascismo. En los liceos se organizaron los jóvenes, dando origen a la Federación de Estudiantes Secundarios. Se obtuvo el reagrupamiento de las organizaciones juveniles de los partidos del Frente Popular, constituyéndose el Comité de las Juventudes Frentistas, que movilizó a los jóvenes tras el pro-

grama de los "12 puntos de la juventud" y dio un aporte valioso a la victoria del 25 de octubre de 1938. Y más allá de estos límites, en la lucha por la paz, contra la guerra y el fascismo y por los derechos de la joven generación, se establecieron vínculos y se realizaron acciones comunes con otras entidades juveniles. Esta labor de unidad de la juventud en la lucha contra la guerra y el fascismo culminó con el envío de una amplia delegación de jóvenes chilenos al Congreso Mundial de la Juventud que se celebró en Nueva York y al cual concurreó Ricardo Fonseca como representante de la Juventud Comunista.

Ricardo era un maestro y un guía de la juventud. Bajo su dirección, la Juventud Comunista se había transformado en una organización de masas. En sus filas ya no se veían "jóvenes viejos", sino jóvenes auténticos, alegres, que vivían y compartían con el resto de los jóvenes las inquietudes propias de su edad, que practicaban deportes, hacían excursiones, cultivaban sus aptitudes artísticas y, al mismo tiempo, impulsaban las luchas reivindicativas de su generación.

Ricardo había cultivado durante toda su vida los más sanos hábitos juveniles. Practicaba la natación, salía frecuentemente a excursiones y su espíritu, en general era el de un hombre optimista y plétórico de salud física y moral. Como miembro dirigente de la Juventud Comunista siguió cultivando estas costumbres y se esforzó por estimular y organizar, con su propio ejemplo, toda clase de recreaciones y actividades juveniles: torneos deportivos, coros, fiestas de confraternidad, etc. En todas estas iniciativas él era el animador central. Pero jamás se dejó arrastrar por la banalidad. El estimulaba la organización de estas actividades porque comprendía que los jóvenes debían vivir su propia vida y porque, además, esto permitía hacer de la Juventud Comunista una orga-

nización atractiva para la juventud. Pero comprendía también que la vida del joven revolucionario no era sólo esto, sino que, además, tenía la obligación de luchar y estudiar. Y es bajo su empuje que la Juventud Comunista entra en una etapa de permanente educación en los principios leninistas. Ricardo impulsaba la publicación de folletos para los jóvenes —“Ruta de la Juventud”, “Stalin habla a la Juventud” y otros—; había fundado el periódico de la Juventud Comunista, “Mundo Nuevo”, modelo de periódico juvenil, pues en sus páginas se reflejaban todas las inquietudes y problemas de los jóvenes de orden económico, político, cultural, deportivo, etc. y, a través de variadas y ágiles formas periodísticas, de reportajes, de encuestas, de artículos breves, etc., se impulsaba la lucha y la organización de la juventud. Además, Ricardo creaba círculos de estudio, fomentaba la lectura individual. Estaba convencido de que, como dice Stalin, “si los elementos activos de la Federación (de la Juventud Comunista) no juntan el trabajo práctico con la preparación teórica, con el estudio del leninismo, les será imposible llevar a cabo cualquier trabajo comunista en la Federación”. Y ello porque, como agrega Stalin: “El leninismo es la generalización de la experiencia del movimiento revolucionario de los obreros de todos los países. Esta experiencia es la estrella que guía y que ilumina a los realizadores en su trabajo cotidiano y les enseña el camino justo. Los realizadores no pueden tener ninguna firmeza en su acción, ni estar seguros de la justeza de su trabajo, si no han adquirido aunque sea un mínimo de esta experiencia. Trabajarán a tientas, en las tinieblas, sino estudian el leninismo, si no tratan de asimilarlo, si no quieren ligar su acción práctica a la preparación teórica indispensable”.

El esfuerzo de Ricardo por la capacitación ideológica de la Juventud Comunista dio frutos magníficos. Una vasta red de cuadros juveniles, intrépidos y

poseídos de los conocimientos esenciales del marxismo, surgieron a través de todo el país. Sobre sus hombros se levantó el movimiento de la juventud.

Posteriormente, esos cuadros ingresaron al Partido, pasando a ocupar en él, en la mayoría de los casos, puestos en los organismos de dirección, incluyendo el Comité Central.

Ricardo supo, pues, hacer de la Juventud Comunista lo que dicen Lenin y Stalin, un organismo auxiliar del movimiento obrero, un instrumento de la revolución, una escuela del comunismo y una reserva del Partido.

C A P I T U L O X

LA EXPERIENCIA DEL FRENTE POPULAR

Con el triunfo del Frente Popular, Ricardo es reincorporado al magisterio, pero luego renuncia a su cargo de profesor para dedicar todo su tiempo a las actividades del Partido y de la Juventud. El movimiento juvenil, después de un período de auge, sufre cierta declinación. La causa de este descenso reside en las desilusiones que sufren muchos jóvenes por el incumplimiento efectivo del programa del Frente Popular. Fonseca continúa impulsando el movimiento de la juventud chilena en la lucha por sus reivindicaciones, al mismo tiempo que en el interior de la Juventud Comunista libra una lucha implacable contra las tendencias vanguardistas de quienes pretendían sobreponer la organización juvenil a la organización del Partido.

Durante poco más de un mes Ricardo había estado fuera del país, en contacto con los representantes de la juventud de todas las naciones que en torno a la noble causa de la paz se reunieron en Nueva York. Allí supo organizar magníficamente el trabajo de la delegación chilena que se presentó como una de las mejores, más amplias y más brillantes. Además estableció vínculos más estrechos entre la juventud chilena y la juventud norteamericana y, sobre todo, la española que estaba representada por jóvenes milicianos y milicianas enviados desde los campos de batalla de la guerra antifascista que entonces ensangrentaba el suelo de la Madre Patria. Armado de nuevas experiencias, de un mayor espíritu de solidaridad internacional y de un odio aún más ardiente contra la guerra y el fascismo, intensificó el movimiento juvenil por la paz y la ayuda moral y material al pueblo y a la juventud de España. A través de ágiles, novedosas y amplias formas de trabajo, como las caravanas juveniles que salían por las calles, con la bandera chilena y la española, en medio de cantos y alegorías, la juventud, dirigida por Ricardo, organizaba la solidaridad con el pueblo español, recogiendo tarros de leche, cigarrillos, calzado, ropa para los combatientes antifascistas.

Cuando Ricardo regresó de Estados Unidos, el país estaba a pocos días de las elecciones. La mayoría ciudadana reconocía filas en el Frente Popular. La derecha radical y los trotskistas —que habían estado a punto de quebrar la Convención de Izquierda que eligió candidato a don Pedro Aguirre Cerda— fueron derrotados en sus maniobras divisionistas. El intento de don Carlos Ibáñez del Campo de presentarse a la elección presidencial, dispersando un contingente de votos populares, fue igualmente desbaratado. La clase obrera ya había sellado su unidad sindical en las filas de la gran Confederación de Trabajadores de Chile. Bajo el vendaval del movi-

miento popular, una rama joven se desprendió del viejo árbol pelucón: la Falange Nacional se separó del Partido Conservador, negándose a votar por el candidato de la reacción, el repudiado Gustavo Ross.

El Movimiento Nacional Socialista de González von Marées, que había sido estimulado por la oligarquía y la burguesía como una brigada de choque contra el movimiento obrero, se lanzó a una aventura putschista el 5 de septiembre de 1938. El Gobierno de Alessandri reprimió violentamente el putsch, masacrando inútilmente a 75 muchachos que, luego de ser desarmados, fueron encerrados exprofeso en el edificio de la Caja de Seguro Obrero. Esta alevosa matanza indignó al país y decidió el apoyo del Movimiento Nacional Socialista a la candidatura antifascista del Frente Popular.

Así, pues, las posiciones estaban bien definidas: de un lado, el pueblo de Chile; del otro, la oligarquía. El pueblo de Chile, agrupado en el Frente Popular, representaba la causa de la democracia, del antifascismo, de la paz, de la independencia del país. La combinación derechista y su candidato se identificaban con la oligarquía criolla y la reacción internacional.

El triunfo correspondió al pueblo. La oligarquía fue desplazada del poder político. En su reemplazo llegó al Gobierno un fuerte sector de la burguesía nacional, apoyado por la clase obrera y demás fuerzas populares. Apenas se constituyó el nuevo gobierno, se hicieron efectivas las garantías ciudadanas y las libertades públicas establecidas en la Constitución. Se restablecieron plenamente los derechos de reunión, asociación, prensa y huelga. Se devolvió la personalidad jurídica a los sindicatos de las oficinas salitreras norteamericanas, María Elena y Pedro de Valdivia, disueltos bajo el Gobierno de Alessandri. Se reincorporó a los 200 profesores exonerados; lo mismo que a los ferroviarios que habían sido separados del servicio a raíz de la gran huelga de 1936.

Nunca antes el país había vivido un período de mayor libertad, ni jamás había tenido un gobierno tan sólido, con tan fuerte respaldo ciudadano.

Ricardo volvió al magisterio. Trabajó algunos meses en una escuela de la Avenida Chile y luego renunció a su cargo de profesor. La clase obrera, el pueblo de Chile, la juventud, el Partido, necesitaban que les diera el máximo de su tiempo, todas sus energías, toda su capacidad.

Viajó al sur y al norte, impulsando el movimiento juvenil que ahora recibía la adhesión de amplias masas de la juventud, despertadas con el resonante triunfo del Frente Popular. Su conocimiento de los problemas de la joven generación, su planteamiento certero de las formas de organización y métodos de trabajo de los jóvenes, su gran dinamismo, su simpatía personal, su entusiasmo contagioso, su energía inextinguible, su inmensa fe revolucionaria, ponían en actividad a fuertes grupos de jóvenes en cada ciudad o pueblo por donde pasaba.

Ricardo fue, especialmente, a los centros obreros, comprendiendo que el núcleo central del movimiento juvenil tenía que constituirlo la juventud trabajadora. Visitó las zonas del carbón, del cobre y del salitre. En la pampa tomó contacto con el material humano que dio origen al comunismo de Chile. Allí palpó la tragedia de la juventud oprimida por el imperialismo. Vio cómo la rapacidad imperialista impedía a los jóvenes constituir su hogar, pues imponía un salario para los casados y otro, mucho más bajo para los solteros, dándoles trabajo casi exclusivamente a quienes no tuvieran ni mujer ni hijos. Le impresionó, sobre todo, la participación de las mujeres en las luchas de los obreros y el hecho de que los hijos de éstos se criaran en medio de los estandartes de los sindicatos y las banderas del Partido. Al respecto, decía, recordando sus viajes al norte: "Nunca olvidaré el espectáculo maravilloso de las mujeres pampinas, sentadas en las primeras filas

de los locales sindicales, con sus pequeños hijos en los brazos. Las impresiones que los niños reciben, desde la más tierna infancia, en las asambleas de los sindicatos y en los mítines del Partido, quedan grabadas en ellos como los primeros eslabones para la formación de una sólida conciencia de clase". Por esto mismo, criticaba a menudo a aquellos militantes del Partido que, por diversas aprensiones, restan a sus hijos al trabajo y al clima de la organización y que en sus casas y barrios tratan de apartarlos del contacto directo con otros niños del pueblo ante el temor de que aprendan palabras obscenas o contraigan enfermedades contagiosas como la sarna. Comentando estas falsas ideas, que suelen reinar en algunos hogares comunistas, Ricardo decía: "La sarna se saca con sulfureto, pero ¡cuán difícil es sacar de la conciencia humana los prejuicios y las falsas ideas que se meten en la cabeza de los hijos de nuestros compañeros cuando se les aparta de la vida real del medio del pueblo y se les hace vivir en el ambiente ajeno de otras clases sociales!".

Estas enseñanzas, que aprendía de las masas, las aplicaba, por cierto, en su propio hogar, y se esforzaba por aplicarlas en las filas de la Juventud Comunista, que debía ser un gran hogar, una sola familia donde reinase la alegría, la camaradería, la franqueza y el respeto, sobre todo hacia las muchachas.

Todo esto ayudaba al movimiento juvenil.

Sin embargo, el movimiento juvenil se detuvo por algún tiempo y en seguida declinó. ¿Por qué? Porque se producía un grave retraso en el cumplimiento del programa del Frente Popular, defraudando a algunos sectores populares y desalentando en primer lugar a la juventud. La burguesía no avanzaba seriamente en la realización del programa y el proletariado no jugaba un rol hegemónico que le permitiera superar la vacilación de la burguesía e impulsar el cumplimiento de dicho programa.

El Gobierno del Frente Popular se había conformado con introducir un cambio en la situación política, devolviendo al pueblo las libertades democráticas. Pero en el terreno de las transformaciones materiales, de las realizaciones económicas y sociales, era muy poco lo que hacía. Se conformaba con elaborar algunos planes de electrificación, de pesca y caza, de exploraciones petrolíferas, de creación de algunas industrias. Dichos planes eran positivos y, en la medida en que se han llevado a la práctica, han permitido cierto desarrollo de la industria nacional, cierto progreso del país. Bajo el impulso renovador del 25 de octubre y la ayuda y el estímulo del Gobierno del Frente Popular, surgieron nuevas fábricas, nuevas industrias. Pero, en lo esencial, nada o casi nada cambió. Los monopolios imperialistas siguieron conservando sus privilegios. El latifundio siguió en pie. La base material en que se apoya la reacción no sufrió ninguna modificación seria. Los factores fundamentales que originan el atraso y la miseria del país —la dominación imperialista y el monopolio latifundista de la tierra— no tuvieron variación alguna.

¿Qué sucedió? La burguesía que había llegado al poder no era partidaria del cumplimiento estricto y acelerado del programa. Por boca de Briones Luco, entonces prominente figura radical, la burguesía había declarado que “el Frente Popular era una combinación puramente electoral y que, una vez constituido el Gobierno, el Frente Popular había terminado su misión”.

De esta manera, quedaba una vez más en evidencia que la burguesía, como dice Lenin, quiere que “los cambios necesarios en un sentido democrático-burgués, se establezcan lentamente, prudentemente, de un modo cauto, por medio de reformas y no por vía de la revolución, que estos cambios sean lo más respetuosos posible con respecto a las “honorables” instituciones de la época del feudalismo (tales como

la monarquía), que estos cambios desarrollen lo menos posible la independencia, la iniciativa y la energía revolucionarias del pueblo sencillo, es decir, de los campesinos y principalmente de los obreros, pues de otro modo a estos últimos les será más fácil “cambiar de hombro el fusil”, como dicen los franceses, es decir, dirigir contra la burguesía misma las armas que pone en sus manos la revolución burguesa, la libertad que ésta les da, las instituciones democráticas que surgen en el terreno limpio del feudalismo”. (Lenin, “Dos tácticas”).

A partir de la revolución rusa, la burguesía no sólo es vacilante e inconsecuente en la revolución democrático-burguesa, sino que, como clase, renuncia a emprender dicha revolución, ante el temor del desarrollo del proletariado y de la transición al socialismo. En otros términos, en esta época la revolución democrático-burguesa sólo es posible mediante la dirección del proletariado, bajo cuyo empuje la burguesía puede y debe ser arrastrada a la lucha contra las reminiscencias feudales y los grandes monopolios que entraban el desarrollo del capitalismo nacional.

El proletariado chileno debía, pues, haber vencido las debilidades de la burguesía gobernante, sobre la base de intensificar sus luchas y presionar desde abajo, junto a las demás capas populares, en favor del cumplimiento del programa frentista. Pero los dos grandes partidos que tenían influencia en la clase obrera, el Partido Comunista y el Partido Socialista, no marchaban de acuerdo. Los trotskistas y los dirigentes socialdemócratas, a los cuales sólo les interesaban los puestos burocráticos de la administración pública, distanciaban más y más al Partido Socialista del Partido Comunista. Desde el Gobierno, los dirigentes del Partido Socialista realizaban sólo débiles esfuerzos por cumplir el programa y sin que dichos esfuerzos fuesen acompañados —única manera como podían haber dado algunos frutos— con la movilización de la masa, el fortalecimiento de la

unidad de la clase obrera y del Frente Popular. Por su parte, como lo reconoció la histórica Novena Sesión Plenaria de su Comité Central, el Partido Comunista, bajo la influencia de tendencias extrañas que llegaban a su seno a través de elementos masones, cayó en el seguidismo respecto a la burguesía, expresado en la falsa consigna de “no crearle dificultades al gobierno”. Así no se impulsaron y a veces no se atendieron las luchas reivindicativas. Además, se esperó y se confió demasiado en que el gobierno cumpliría el programa, sin comprender a fondo su carácter y su composición social y el hecho de que las transformaciones democrático-burguesas, que estaban a la orden del día —reforma agraria y nacionalización de empresas imperialistas— sólo podían llevarse a cabo bajo el impulso del movimiento popular, mediante la lucha unificada de todas las fuerzas antioligárquicas y antimperialistas dirigidas por la clase obrera.

El estallido definitivo de la Segunda Guerra Mundial complicó aún más la situación política chilena y disminuyó las posibilidades de marchar rápidamente hacia el cumplimiento del programa del Frente Popular.

En septiembre de 1938, Inglaterra y Francia le habían entregado Checoslovaquia a Hitler, bajo la promesa del “führer” de que no formularía una nueva reivindicación territorial. Meses después, Hitler presentaba una nueva demanda: Danzig y el corredor polaco. El 1º de septiembre de ese año, atacaba a Polonia y, simultáneamente, Inglaterra y Francia se veían obligadas a declararle la guerra.

La Unión Soviética, desde el primer día de su nacimiento, ha hecho de la defensa de la paz el objetivo central de su política exterior. La Unión Soviética necesita la paz para construir el socialismo y el comunismo. El régimen soviético no está corroído por contradicciones intestinas, como le ocurre al régimen capitalista que, tras una salida para esas con-

tradiciones busca, como única solución, el camino de la guerra. En la URSS no hay fabricantes de cañones, no hay monopolios armamentistas, ni de ninguna clase, que estén interesados en el macabro negocio de la sangre. Los gastos militares que se ve y se verá obligada a hacer la Unión Soviética mientras subsista el régimen capitalista en gran parte de la tierra, se ahorrarían con todo gusto si no existieran Estados y regímenes hostiles, que esperan el menor descuido para atacarla, ya que esos gastos se restan al bienestar colectivo de los pueblos soviéticos, es decir, a la preocupación primordial de la política interior del gobierno soviético y del Partido Bolchevique.

Los "Estados democráticos" o, como se dice ahora, "las democracias occidentales", se habían negado a pactar con la URSS. La Unión Soviética les había propuesto un pacto de seguridad colectiva, según el cual la URSS, Inglaterra y Francia repelerían conjuntamente la agresión e irían en inmediata ayuda militar de cualquier país agredido por el fascismo. Inglaterra y Francia aceptaban repeler conjuntamente con la URSS la agresión hitleriana, si ésta iba dirigida contra ellos, pero no se comprometían a actuar junto a la URSS si Hitler marchaba hacia el este. El juego era muy claro: querían empujar a la fiera hitleriana a la agresión en contra de la Unión Soviética.

Pero la Unión Soviética liquidó esta maniobra. En interés de la paz y del socialismo, la URSS, desde su nacimiento, ha utilizado las contradicciones interimperialistas, tratando de impedir siempre la unidad del mundo capitalista en su contra, sobre todo cuando ese mundo capitalista era, lo que no sucede hoy día, mucho más fuerte. Guiado por este principio, bajo la inspiración de Lenin, el gobierno soviético firmó la paz Brest-Litovsk con los imperialistas alemanes, en 1917, lo que permitió salvar la revolución rusa. Guiada por el mismo principio, bajo la

inspiración de Stalin, en 1939 la Unión Soviética firmó el pacto de no agresión con la Alemania de Hitler, lo cual le permitió quedar temporalmente al margen de la Segunda Guerra Mundial y prepararse mucho mejor para enfrentar, dos años más tarde, el ataque fascista que ella sabía inminente.

En septiembre de 1938, los "Estados democráticos" firmaron con Hitler el infame pacto de Munich, dirigido a unir al capitalismo contra los pueblos de Europa y contra la Unión Soviética. El pacto de no agresión germano-soviético liquidó la política de Munich. Y la Segunda Guerra Mundial se libró, entonces, en su primera etapa, entre dos bloques imperialistas. Se fueron a las armas Alemania e Italia, de una parte, e Inglaterra, Francia, Bélgica y Polonia, de la otra.

Los monopolios norteamericanos, que empezaban a hacer los más fabulosos negocios de armamentos, se preparaban también para entrar a la guerra igual que en la primera carnicería mundial, luego que su "socio" inglés estuviera "desgastado" y él pudiera resultar vencedor, no solamente sobre el imperialismo alemán, sino también sobre el imperialismo británico.

Con vista a la guerra, los monopolios yanquis presionaban fuertemente sobre América Latina, a la cual necesitaban como una retaguardia segura, sin partidarios de Alemania y, sobre todo, sin partidarios de la paz y la neutralidad del continente. El Partido Comunista, siempre leal a los intereses de la nación, al internacionalismo proletario y a la causa de la paz, levantó muy en alto la bandera de lucha contra la guerra imperialista, por la paz y la neutralidad de Chile en el conflicto. Por eso, los oligarcas y burgueses proyanquis exigían la cabeza de los comunistas. Los elementos proyanquis que había en los partidos radical y socialista sabotearon el Frente Popular, el cual se debilitó aún más.

En el intertanto, en las filas de la Juventud Co-

munista, Ricardo había librado una lucha enérgica contra algunas tendencias “vanguardistas” sostenidas por elementos que habían caído en la corrupción y la deshonestidad privada. Dichas tendencias “vanguardistas” consistían en tratar de colocar a la Juventud Comunista por encima del Partido, en hacer de la Juventud Comunista “la vanguardia” de la clase obrera y del pueblo. Ricardo fustigó a estos elementos, sosteniendo que no puede haber más que un solo centro dirigente del comunismo y una sola vanguardia de la clase obrera y del pueblo, el Partido Comunista, cuya política debía ser aplicada en el campo de la juventud por los jóvenes comunistas. La Juventud Comunista —explicaba Ricardo— es una escuela del comunismo, a sus filas llegan o pueden llegar jóvenes que sólo simpatizan con el comunismo y ellos, por esta causa y por su juventud, no tienen la consistencia y la solidez ideológica y de clase de los trabajadores que militan en el Partido. Nuestro deber es el de educarlos para que, a su debido tiempo, engrosen las filas del destacamento de vanguardia de la clase obrera.

Una de las preocupaciones fundamentales de Ricardo fue, precisamente, como ya está dicho, la de educar a los jóvenes comunistas en los principios del marxismo-leninismo y en el orgullo revolucionario de ser hijos del gran Partido Comunista de Chile, del Partido de Recabarren y Lafertte, forjado en mil combates de clase, probado en cien batallas heroicas.

En septiembre de 1940 se celebró, en Santiago, el Segundo Congreso Nacional de la Juventud Comunista. Cuatrocientos jóvenes revolucionarios se reunieron para estudiar los problemas de su generación, para impulsar las luchas de la juventud por sus derechos y por la paz. Nuevas responsabilidades obligaban a Ricardo a dejar el frente juvenil. El Partido lo promovería, en su Noveno Pleno, a miembro de la Comisión Política, y pondría en sus expertas manos la dirección del gran rotativo popular que recién

temente se había fundado, el diario "El Siglo", que era la voz auténtica del pueblo, insobornable y valiente, implacable en la lucha contra el enemigo y en defensa del pan de los chilenos, de la libertad, la paz, la independencia nacional y la justicia.

Al dejar Ricardo el frente juvenil, la Juventud Comunista se hallaba en un alto nivel orgánico e ideológico. Su organización se extendía a todo el país, mantenía estrechos vínculos con las masas de jóvenes trabajadores y estudiantes y había logrado construir un vasto movimiento de la joven generación en la lucha por sus reivindicaciones específicas, por la democracia, la paz y la independencia nacional.

C A P I T U L O X I

P E R I O D I S T A R E V O L U C I O N A R I O

Fonseca, como portavoz del Partido, condena las vacilaciones del Gobierno y sus concesiones al imperialismo y a la oligarquía. Desde la dirección de "El Siglo" orienta y organiza el combate contra las maniobras del imperialismo y la oligarquía que fraguan y promueven la división del Frente Popular. Hace del diario un cañón de grueso calibre al servicio de las luchas y la unidad del pueblo. Forma un grupo de periodistas proletarios profundamente ligados a las luchas y los anhelos de las masas. En las elecciones de marzo de 1941, el pueblo de Tarapacá, cuna del comunismo en Chile, lo elige su representante al Congreso Nacional.

En el último trimestre de 1940 se produjo una delicada situación política. La oligarquía, sintiéndose estimulada y fuerte ante las vacilaciones del Gobierno en cuanto al cumplimiento del programa, consideró que había llegado el momento de la recuperación del poder. No le bastaba que los radicales, bajo la influencia de su ala derechista, sabotearan la actividad del Frente Popular. Quería mucho más que eso. Quería terminar con la "mística frentista", según confesaba el dirigente liberal Eduardo Moore. Buscaba la revancha a su derrota del 25 de octubre. Y como en toda ocasión en que se lanza contra el movimiento democrático, agitó el "peligro del comunismo". Uno de sus más caracterizados personeros, Sergio Fernández Larraín, presentó al Parlamento un proyecto para poner fuera de la ley al Partido Comunista. Y un grupo de "notables" llamó a la ciudadanía a un mitin en el Parque Cousiño en "contra del comunismo y del hambre".

La situación era muy seria. Al no resolverse los problemas de fondo de la economía nacional, seguían su curso ascendente la carestía de la vida y la miseria de las masas, con lo cual especulaba la reacción criolla.

Al gobierno de Aguirre Cerda parecía no causarle ninguna preocupación el avance reaccionario. El grupo terrateniente radical —de los Moller, los Duhalde y los Sáez— había conquistado fuertes posiciones en La Moneda y en la dirección del Partido Radical. Bajo la influencia de ese grupo, en el mismo instante en que la reacción agitaba la bandera del anticomunismo y se lanzaba a la reconquista del poder, el Ministro del Interior, don Guillermo Labarca, enviaba una circular a Carabineros, dándoles instrucciones para reprimir a los "agitadores profesionales". Y don Juan Antonio Ríos, que ya montaba su máquina para ser elegido candidato radical a la Presidencia de la República, pedía el rompimiento del Partido Radical con el Partido Comunista.

La movilización del pueblo era urgente. Pero en el Frente Popular, los dirigentes radicales y socialistas vacilaban ante la ofensiva reaccionaria y rehusaban la propuesta de los comunistas para salir a la calle contra el complot en marcha.

En esta situación, el Partido Comunista llamó al pueblo a congregarse en la Plaza de la Constitución para el mismo día del mitin del Parque Cousiño. Las consignas eran: "No pasará la reacción" y "cumplimiento del programa frentista". Cien mil personas respondieron en Santiago al llamado de los comunistas. En todo el país se realizaron grandes actos de masas con el mismo objetivo. Los reaccionarios fueron temporalmente derrotados. Los conciliadores que había en La Moneda sufrieron un rudo golpe. Los ministros Duhalde, de Defensa, y Moller, de Agricultura, se vieron obligados a presentar su renuncia.

Se había desbaratado el golpe reaccionario, pero aún no se desbrozaba el camino para empujar al gobierno al cumplimiento del programa. En La Moneda seguía imperando un espíritu de conciliación con la oligarquía. El Gobierno, incluyendo al Presidente de la República, don Pedro Aguirre Cerda, llevaba una línea llena de vacilaciones. Un día, para darle el gusto a la reacción, destituye de su puesto al alcalde comunista de Valparaíso, Pedro Pacheco, cuyo "delito" había sido el movilizar a los obreros y empleados municipales en defensa del Gobierno. Otro día, cediendo a la presión de la clase obrera y del pueblo, requisaba la oficina salitrera Rosario de Huara ante un lock-out que dejaba en la cesantía a mil obreros.

Ricardo Fonseca, que es ya uno de los más autorizados portavoces del Partido Comunista, declara a la prensa: "Hay elementos pusilánimes y vacilantes que en las filas del propio Gobierno siguen las instrucciones y los métodos del imperialismo, cada vez más marcadamente fascista".

Aprovechando las vacilaciones de estos elementos,

la reacción vuelve a la carga. Los partidos reaccionarios resolvieron abstenerse de concurrir a las elecciones parlamentarias de marzo de 1941. El 17 de noviembre habían sido derrotados por el Frente Popular en una elección complementaria a senador por Valparaíso y Aconcagua, donde el pueblo impidió con sus propias manos que los reaccionarios cohecharan. La oligarquía puso el grito en el cielo “contra las hordas comunistas” y exigió una reforma electoral como condición sine qua non para participar en las elecciones de marzo.

El Presidente de la República, don Pedro Aguirre Cerda, declaró que la actitud de los partidos de la oligarquía “linda en la subversión”. A nombre del Partido Comunista, Ricardo Fonseca, desde las páginas de “El Siglo” afirmó que “se trata de arrastrar a los trabajadores y al pueblo al terreno de la provocación, por el mismo camino traidor de la reacción española”; se trató de “hundir a nuestro país en los horrores de la guerra civil y de la guerra imperialista, conforme a las instrucciones recibidas desde el extranjero por los agentes de la banca internacional”. Y llamó al pueblo a luchar activamente para aplastar la conspiración.

El pueblo había demostrado tener la fuerza suficiente para aplastar a la reacción y darle al Gobierno el suficiente respaldo para cumplir el programa del Frente Popular. Pero sucedió que el sector terrateniente del Partido Radical prefirió una vez más entenderse con el imperialismo y la oligarquía y colocarse contra el movimiento obrero y popular. Ese sector encontró su mejor sirviente en el Ministro del Interior, Arturo Olavarría Bravo, que reprimió violentamente una huelga de panificadores, clausuró por varios días “El Siglo” y aceptó las exigencias de la oligarquía, redactando una reforma a la ley de elecciones con la cual se dejaron libres las manos a los cohechadores, se impidió la lucha contra el cohecho y a las Fuerzas Armadas se les confió el “res-

guardo del orden". Los dirigentes burgueses del Partido Radical aceptaron ese obsequio a la reacción.

La inconsecuencia de la burguesía en la lucha contra la reacción feudal y el imperialismo, su incapacidad para impulsar los cambios que se precisaban y precisan en la estructura económica del país, quedaban en evidencia una vez más. También quedaba en evidencia que sólo el proletariado puede dirigir con éxito el movimiento nacional para hacer los cambios de estructura que necesita el país, porque él es la única clase revolucionaria y consecuente en la lucha contra el imperialismo y la oligarquía feudal. La necesidad de que el proletariado conquistara la hegemonía en el movimiento democrático, se convirtiera en la fuerza dirigente del Frente Popular, movilizándolo a las más amplias capas ciudadanas para obligar al Gobierno a cumplir el programa, pasó, pues, a ser una tarea vital.

En su Noveno Pleno, que había realizado a principios de octubre, el Partido Comunista, tras de hacer un certero balance de la marcha del Gobierno surgido de la victoria del Frente Popular, llegó precisamente a la conclusión de que, para lograr la realización del programa, era necesario derrotar al grupo terrateniente radical, vencer las vacilaciones de la burguesía y conquistar para la clase obrera la hegemonía en el movimiento social. El Noveno Pleno señaló que estaba planteada la revolución democrático-burguesa, agraria y antimperialista, poniendo el énfasis en la necesidad de que el proletariado y su partido, para impulsar dicha revolución, debían sostener una política independiente, pues sólo de esta manera puede erigirse en el dirigente de la revolución, vencer las vacilaciones de la burguesía, y conducir el movimiento revolucionario democrático burgués hasta sus últimas consecuencias, liberando al país respecto al imperialismo, liquidando el latifun-

dio, abriendo una amplia vía a la lucha por el socialismo.

Bajo la influencia de tendencias extrañas, el proletariado y su partido habían marchado, en muchos casos, tras la burguesía, sin mantener una política independiente de clase. En esa forma, sin hacer su propia política, el proletariado no podía ser quien concentrara las fuerzas nacionales suficientes para cumplir las tareas planteadas por la revolución democrático-burguesa. El Noveno Pleno revisó la propia actuación del Partido, descubriendo que en su seno habían hecho mella esas influencias extrañas que tendían a ablandarlo, a hacerle perder su carácter combativo y a arrastrarlo a la zaga de la burguesía. Para preservar al Partido de tales influencias, el Noveno Pleno declaró incompatible la calidad de militante comunista con la de miembro de la masonería; expulsó al entonces diputado Marcos Chamudes, que actuaba como un agente policial de la burguesía en el seno del Partido; criticó duramente la actitud de algunos dirigentes que se habían deslizado por la pendiente de la desproletarización; llamó a desarrollar la crítica y la autocrítica, como el arma más valiosa para la formación del Partido y a mantener una estrecha y permanente vigilancia contra las tentativas del enemigo para infiltrar sus agentes y sus contrabandos ideológicos, teniendo presente estas sabias palabras de Lenin: "El comunista no debe olvidar nunca, ni por un instante, la inevitabilidad de la lucha de clases del proletariado por el socialismo contra la burguesía y la pequeña burguesía más democrática y republicana. Esto es indiscutible. De esto se desprende la necesidad absoluta de un partido separado e independiente y rigurosamente clasista de los comunistas. De aquí se desprende el carácter temporal de nuestra consigna de **batir juntos** con la burguesía, el deber de vigilar rigurosamente **al aliado como si se tratara de un enemigo**".

Un entendimiento entre comunistas y socialistas

habría permitido, entonces, hacer del proletariado la fuerza hegemónica del Frente Popular e imponer el cumplimiento del programa. Pero ocurrió que Oscar Schnake, entonces Ministro de Estado y líder socialista, con algunos otros dirigentes de su partido se pasó con armas y petacas al campo de los enemigos del Frente Popular. En representación del Gobierno, Oscar Schnake concurrió a la Conferencia Panamericana de La Habana y luego pasó a los Estados Unidos. En La Habana aceptó la política belicista del imperialismo yanqui y, en Estados Unidos, según sus propias declaraciones, estuvo en contacto con "los círculos más influyentes", los cuales le dieron órdenes destinadas a comprometer a Chile en la guerra y a destruir el Frente Popular.

El órgano oficial del Partido Socialista, el periódico "Consigna", refiriéndose a las maniobras de la oligarquía para dividir y destruir el Frente Popular, había escrito las siguientes palabras en su edición del 16 de noviembre: "La reacción ha utilizado siempre esa vieja treta, la de dividir al pueblo para combatirlo mejor. Y nunca han faltado los Judas, los renegados y los pérfidos que se prestasen para fomentar la división".

Cuarenta días después, el principal Judas resultó ser el Ministro y líder socialista Oscar Schnake. Este volvió al país a fines de diciembre. En cuanto pisó tierra chilena pidió la cabeza de los comunistas y la destrucción del Frente Popular. En vez del cumplimiento del programa frentista, proclamó una política de emergencia ante la guerra mundial, de colaboración con Norteamérica, "aunque no podamos comer tan bien como debiéramos comer". En vez de un Gobierno de Frente Popular, propició "un gobierno fuerte", "una democracia nueva, jerarquizada, dirigida", cuya misión sería imponer "orden y disciplina" y establecer "una dictadura económica", en suma, un régimen fascista y un gobierno de guerra. En vez de una política exterior de neutralidad y

paz, esbozó una política de adhesión incondicional a los planes belicistas norteamericanos.

Tal política estaba no sólo contra los compromisos contraídos en el Frente Popular, sino también contra los principios y el programa del Partido Socialista que en su primer Congreso dejó establecido que el socialismo es una “doctrina de carácter internacional y exige una acción solidaria y coordinada de los trabajadores del mundo” y que, más tarde, en 1936, señaló como uno de sus objetivos programáticos “el establecimiento de relaciones con la URSS” y “la lucha contra el panamericanismo hipócrita por ser una política del imperialismo”. Parte de los dirigentes socialistas se habían acomodado —y corrompido— en el Gobierno; otros estaban envenenados por el trotskismo. Y así, casi toda su dirección se embarcó en la política de Schnake.

Como era lógico, la reacción criolla recibió esta política con gran alborozo. Lo que no había podido lograr ella directamente —la división del Frente Popular—, lo lograba ahora a través de elementos incrustados en las propias filas del pueblo. “El Diario Ilustrado”, refiriéndose a un Manifiesto del Comité Central Socialista en que propiciaba la política de Schnake, decía lo siguiente en su edición del 22 de diciembre: “Desde luego, ese Manifiesto reproduce exactamente lo que la derecha y nosotros hemos venido repitiendo desde hace años a esta parte. Se ha logrado en este punto una extraña coincidencia. Ahora, para nosotros y para el Partido Socialista, el comunismo es una secta internacional”.

El pueblo de Chile había recibido una puñalada por la espalda. La reacción exigía más y más. El mismo diario reaccionario escribía en su edición del 16 de enero de 1941: “Pero su obra (la del Frente Popular) no termina con su liquidación; queda “el frentismo”, que es la tara que deja y de la cual tenemos que librarnos también si queremos sobrevivir”.

En tan difícil instante para el movimiento popular, le correspondió a Ricardo Fonseca asumir la dirección de "El Siglo". No se trataba de esconder la cabeza como el avestruz, ni de retroceder ante la ofensiva del enemigo. Se trataba de resistir con firmeza bolchevique, de endilgar la proa del barco para hacerle frente al temporal, de impulsar y conducir a las masas, resueltamente, por el camino de la lucha por sus reivindicaciones, por la solución de los problemas del país, por la paz y la independencia nacional. Había que llevar al diario la línea combativa e independiente trazada por la Novena Sesión Plenaria del Comité Central. Había que hacer de "El Siglo" —como dijo Galo González en esa ocasión— "un cañón de largo alcance", un arma de grueso calibre en la lucha contra el imperialismo y la oligarquía, por las reivindicaciones de las masas, por la unidad de la clase obrera y del pueblo.

Ricardo Fonseca acometió decididamente el cumplimiento de estas tareas. Para ello libró en el interior del diario una lucha sin cuartel contra las concepciones idealistas sobre el periodismo —de las cuales el provocador y agente nazi, Eudocio Ravines, había hecho escuela cuando trabajó en el diario "Frente Popular"—; desterró la tendencia oportunista al "objetivismo" en las noticias y en las crónicas y liquidó el sensacionalismo sin principios. Estas falsas ideas representaban en el periodismo partidario los contrabandos del enemigo, la conciliación y las influencias extrañas al proletariado condenadas por el Noveno Pleno. En la revista "Principios", Ricardo escribía: "Un periódico proletario no puede contentarse con reflejar las noticias de las actividades de las masas. Tiene que ser un impulsor en la realización de las tareas, tiene que destacar las experiencias valiosas, impulsar la organización y la unidad, señalar los caminos y la salida a cada situación".

Ricardo se inspiró en las enseñanzas del gran Lenin, para quien “el periódico no es sólo un propagandista y un agitador colectivo, sino también un organizador colectivo”, íntimamente ligado a las masas a través de una vasta red de agentes y corresponsales en todos los sitios de trabajo y hasta en los más apartados rincones de Chile. Se inspiró también en el ejemplo del gran Recabarren, fundador del periodismo proletario en Chile, que montaba las imprentas con el aporte financiero de todos los trabajadores y hacía que los periódicos fueran escritos por los propios obreros.

A través de la discusión y del estudio, Ricardo sacó de la cabeza de los periodistas de extracción pequeño-burguesa las telarañas idealistas sobre el rol de la prensa. Y llamó a los mejores corresponsales obreros de Lota, Sewell, Calera y otros centros proletarios, a los cuales educó, formó, enseñó prácticamente a escribir en un lenguaje sencillo, accesible a las masas, a pesar cada palabra a fin de eliminar todo contrabando e influencia del enemigo de clase.

El método de dirección que empleó Ricardo en el diario es un ejemplo y fue una escuela de formación de cuadros. Su oficina estaba siempre abierta a las delegaciones de obreros, de campesinos, de dueñas de casa, de jóvenes que traían al diario sus problemas, sus angustias, sus opiniones. Los redactores, sin hacer antesala, acudían a consultarle. Con ellos, día a día, a una hora determinada, hacía “la pauta”, el programa de trabajo del día, el proyecto de lo que saldría en el diario, página por página. Luego distribuía las tareas, asignándole tres o cuatro a cada uno. Frecuentemente, encomendaba el editorial o el artículo de fondo al reportero encargado de la campaña contra la carestía de la vida, o al reportero sindical o al que estaba al frente de la sección cables, o a cualquiera de los miembros de la redacción. No hubo redactor del diario que no escribiese editoriales. Al principio les costaba hacerlo, pero, con la ayuda de

Ricardo, poco a poco fueron aprendiendo. De tal manera se iban formando y se formaron numerosos cuadros periodistas del Partido. Y el diario se elaboraba colectivamente.

Ricardo libró, al mismo tiempo, una lucha permanente contra el sectarismo, contra el periodismo de clisé. El periodismo proletario no significa hacer un diario obrerista, estrecho, plagado de artículos largos y pesados y de frases repetidas. Un diario proletario debe, ante todo, ocuparse de los problemas y las luchas de la clase obrera, pero también de los problemas y las luchas de otras clases sociales, de los aliados efectivos o potenciales del proletariado, de los campesinos, de los estudiantes, de las mujeres, de los intelectuales, de los profesionales, de los industriales y comerciantes progresistas. Significa, además, hacer un diario firme y preciso en su contenido, pero novedoso en su forma, lleno de entrevistas, de reportajes, de fotografías, de noticias, de crónicas de actualidad, de artículos polémicos, a través de los cuales no sólo se refleja la vida, el suceso de cada hora, sino, al mismo tiempo, insinúe y plantee qué es lo que hay que hacer, hacia qué dirección y cómo deben empujarse los acontecimientos.

En las elecciones de marzo de 1941, el Partido Comunista obtuvo quince diputados y tres senadores. Cuatro años antes había obtenido seis diputados y un senador. El pueblo expresaba así su adhesión al Partido de la resistencia al imperialismo y a la guerra, al incansable luchador de la unidad de la clase obrera y el pueblo, al combatiente intransigente en la lucha por el cumplimiento del programa frentista.

En tales circunstancias, Ricardo llegó al Parlamento como diputado por la provincia de Tarapacá, la cuna del comunismo chileno. Como parlamentario y como dirigente del Partido, tenía en sus manos múltiples tareas. Pero esto no le impedía atender la dirección del diario, ni limitarse únicamente a orientar sus páginas. Siempre supo darse tiempo para

atender todos los problemas de la empresa, en la convicción de que a la calidad del diario, a su progreso y desarrollo, podían y debían colaborar todos los que en ella trabajaban, desde el portero al gerente. Con relativa frecuencia, a pesar de sus múltiples preocupaciones y tareas, solía, en las noches, visitar los talleres de compaginación, linotipia y prensa, conversando fraternalmente con los operarios, fuesen o no militantes del Partido. Les pedía su opinión sobre el diario. Recogía sus insinuaciones. Se imponía de sus problemas y de la manera de resolverlos.

Con tales métodos, bajo la dirección de Ricardo, "El Siglo" libró grandes batallas y fue, efectivamente, un poderoso instrumento del Partido, de la clase obrera y del pueblo. Cuando algún gremio estaba en huelga, este "cañón de largo alcance" disparaba hasta romper la tacañería de los patronos. Cuando algún político reaccionario, o algún emboscado, atentaba contra los intereses del pueblo, las baterías de "El Siglo" lo reducían a polvo.

CAPITULO XII

EN LA GRAN GUERRA ANTIFASCISTA

Desde la dirección de "El Siglo", Ricardo impulsa y organiza tenazmente la solidaridad moral y material del pueblo de Chile con la Unión Soviética y sus aliados en la guerra antibitlerista y orienta y organiza la unidad nacional antinazi por la democracia y el progreso de Chile. Al mismo tiempo combate la política de las empresas imperialistas norteamericanas, las cuales, a la sombra de la guerra antifascista, tratan de acentuar la explotación de los obreros chilenos y el despojo económico del país.

Era la 1.30 de la mañana del 22 de junio, cuando llegó a Chile la noticia de que la Alemania de Hitler agredía a la Unión Soviética. Ricardo estaba en el diario. Todo el material de informaciones y artículos estaba ya despachado. Corrían las linotipias componiéndolo. Pero al día siguiente había que salir con la noticia y dar inmediatamente la palabra del Partido frente a un acontecimiento que estremecía a todos los pueblos de la tierra. Ricardo dispuso en seguida que se retirara el material menos importante y, en primera página, junto a la noticia, se publicara un gran clisé de Stalin. Al pie de este clisé, escribió Ricardo: Stalin, jefe del Partido Comunista Bolchevique y del Estado Soviético, que hoy enfrenta al fascismo mundial. En torno a Stalin, símbolo de la causa de todos los trabajadores del mundo, se agrupará la humanidad avanzada y progresista, que estará al lado del gran pueblo soviético, el que sabrá hacer realidad las palabras de su gran líder: "dar dos golpes por uno al que intente meter su hocico en el jardín soviético". Y en el editorial de la misma edición, Ricardo agregó: "El Ejército Rojo, forjado en la heroica Revolución de Octubre, animado del espíritu inmortal del socialismo, consciente de su misión libertadora, templado en las enseñanzas de Marx, Engels y Lenin y conducido por el jefe querido del proletariado mundial, el camarada Stalin, sabrá realizar tales proezas que conduzcan la roja bandera del socialismo como la estrella de liberación de los trabajadores y de los pueblos martirizados y esclavizados".

Cuatro años más tarde, estas proféticas palabras de Ricardo tendrían su confirmación práctica. Para él no había duda alguna respecto al resultado de la contienda. Una fe incommovible en la Unión Soviética y en el Partido Bolchevique guió sus actos a través de toda su vida.

En la guerra contra la Alemania de Hitler se vieron luchando juntos la Unión Soviética y los Estados

capitalistas, que dos años antes habían rehusado la política de la seguridad colectiva contra el agresor. Las rivalidades interimperialistas continuaron siendo la causa de la guerra entre los círculos dirigentes de esos Estados y Alemania, Italia y Japón. Pero, al participar la Unión Soviética en la contienda, ésta adquirió también el carácter de una lucha —que cada día fue haciéndose más marcado— entre democracia y fascismo, entre progreso y reacción.

La URSS es la vanguardia de la humanidad avanzada y progresista, la patria de todos los trabajadores, el país más esencialmente antiimperialista y amigo y campeón de la independencia de todas las naciones. El ataque a la URSS era, pues, un ataque a todos los países, a todos los pueblos, a todos los seres humanos que aman la paz, la libertad y el progreso. Por eso, con plena razón dijo Stalin en su discurso del 3 de julio de 1941: “En esta guerra liberadora nosotros no estaremos solos. En esta guerra tendremos por aliados fieles a los pueblos de Europa y América comprendiendo entre ellos al pueblo alemán, que oprimen los sátrapas hitlerianos. Nuestra guerra de liberación se fundirá con la lucha de los pueblos de Europa y América por su independencia y por las libertades democráticas”.

La victoria de Hitler habría significado la iniciación de un largo período de aplastamiento del proletariado y de las demás fuerzas progresistas de todo el mundo. La victoria de la Unión Soviética y sus aliados, como lo comprobó la historia, permitiría, en cambio, un desarrollo progresista más rápido de la humanidad, la liberación de numerosas naciones coloniales y dependientes y la marcha de nuevos países hacia el socialismo. El Partido Comunista, comprendiendo, entonces, que la tarea central era la derrota de Hitler, concentró sus mayores esfuerzos en la necesidad de unir y movilizar a todos los chilenos en ayuda moral y material de la Unión Soviética y de sus aliados, en defensa del régimen democ-

crático contra la quinta columna fascista y la reacción criolla y en favor de la independencia y el progreso de Chile. El pueblo chileno, lleno de admiración y cariño hacia la Unión Soviética y de profundos sentimientos democráticos, se movilizó urgentemente, a partir de la agresión hitleriana al país del socialismo, en apoyo de los combatientes antinazis.

El profundo cariño y el poderoso sentimiento de solidaridad del pueblo chileno hacia la Unión Soviética quedó elocuentemente demostrado cuando un barco ruso —el rompehielos “Mikoyán”— tocó las costas de Chile. Un buen día el barco soviético ancló en Lota, tratando de hacer carbón. La impresionante noticia corrió de casa en casa y la población lotina se vació a la playa para mirar ese trozo vivo de la Unión Soviética. Entonces, las autoridades portuarias y policiales trataron de impedir todo contacto entre el pueblo chileno y los marineros del rompehielos ruso. Pero el pueblo de Chile rompió el cerco, anulando tal prohibición. De la zona carbonífera y numerosos pueblos del país, fueron delegaciones a saludar a los marineros rojos, llevándoles regalos y el aprecio y la admiración de los chilenos. Sobre la cubierta del “Mikoyán”, al entregar un ramo de flores al capitán del barco, una vieja luchadora exclamaba: “Ahora, que he pisado y visto un trozo de la Unión Soviética, ahora puedo morir”.

El Partido organizó un vasto movimiento solidario con los combatientes antinazis, que se llamó Unión para la Victoria. Con generosidad emocionante, nuestro pueblo daba parte de sus escasas rentas o bienes como aporte a la causa antifascista, representada por la Unión Soviética y sus aliados. Los trabajadores aportaban con el salario de uno o dos días de trabajo; los campesinos, con algo de su cosecha, mientras los “demócratas” de hoy hacían causa común con Hitler o eran antihitleristas al uno por ciento.

Como era lógico, en el país se crearon condiciones

favorables para la reestructuración de la unidad popular antifascista y la movilización de todas las fuerzas nacionales que, por una u otra causa, estaban contra Hitler y sus planes de dominación mundial.

El Partido abogó resueltamente por la unidad nacional antifascista en apoyo de la coalición antihitleriana. Este apoyo, en el terreno nacional, debía expresarse, concretamente, mediante la ruptura de relaciones con el Eje (Alemania, Italia y Japón); el establecimiento de relaciones con la Unión Soviética; el aplastamiento de las actividades conspirativas de la quinta columna y la aplicación de un conjunto de medidas tendientes a desarrollar la producción y garantizar el progreso y la independencia del país y el bienestar de la población. Gracias a los esfuerzos del Partido, desplegados en esta dirección, el pueblo de Chile dio un importante apoyo moral y material a la causa antifascista. Pero Chile no logró, en este período, avances efectivos en el camino de sus transformaciones de fondo —económicas, sociales y políticas— debido a que el imperialismo yanqui y la burguesía aprovecharon para sí los esfuerzos nacionales en pro de la derrota del fascismo y a que el proletariado y su partido no comprendieron que la política de unidad nacional antinazi significaba sólo un cambio de táctica sin modificar substancialmente las contradicciones de clase ni el hecho de que los monopolios norteamericanos y la oligarquía feudal continuaban siendo, en el interior del país, los enemigos fundamentales de su progreso.

La labor realizada por Ricardo como director de "El Siglo" contribuyó decididamente, en este período, a crear un incontenible odio antifascista, un cariño y una admiración más profundos hacia la Unión Soviética y una fe inquebrantable en la victoria de la coalición antihitleriana. Bajo su dirección, se amplió y mejoró la sección de informaciones internacionales, se publicaron emocionantes reportajes sobre el he-

roísmo soviético, sobre el martirio y la lucha de los pueblos ocupados por el nazismo, sobre los horrendos crímenes del fascismo. Simultáneamente, hizo que el diario sostuviese memorables campañas por la extirpación de la quinta columna fascista, el establecimiento de relaciones con la Unión Soviética, la ruptura con el gobierno franquista y el no envío de salitre a España.

Estados Unidos ya había entrado a la guerra, el 9 de diciembre de 1941, al día siguiente del ataque japonés a la base de Pearl Harbour. Pero sus grandes monopolios, a diferencia del pueblo norteamericano, hacían la guerra sólo como un medio de ganar más, de defender sus posiciones imperialistas y de tratar de ampliarlas. “Los imperialistas norteamericanos —escribía Fonseca— (Revista “Principios”, número de abril del 42) buscan la alianza con los círculos reaccionarios y feudales en los países latinoamericanos y los apoyan en su odiosa política antidemocrática. En estos instantes, tratan de aprovechar los esfuerzos de nuestros pueblos en la lucha contra Hitler, para reforzar sus propias posiciones imperialistas, acrecentar las ganancias de sus empresas, estorbar el desarrollo económico nacional, con perjuicio de los planes de defensa continental”. Más tarde, al final de la guerra, quedarían claramente demostradas estas apreciaciones de Fonseca. En efecto, como lo han reconocido políticos de diversas tendencias —Eduardo Frei, Guillermo del Pedregal, Roberto Wachholtz, etc.— los monopolios norteamericanos extrajeron, en su comercio con Chile, una superganancia de 500 millones de dólares sólo por el marcado desnivel entre los precios de los productos que nos vendían y los precios de los productos que se llevaban de Chile, fijados por ellos en ambos casos.

La casi totalidad de la oligarquía se identificó con la causa del fascismo, manteniendo una oposición cerrada a la ruptura de relaciones con el Eje y demás medidas antifascistas por las cuales luchaba el pue-

blo. La mayor parte de la burguesía estaba con la coalición antihitleriana, pero, temerosa de que el desarrollo de un amplio y vigoroso movimiento nacional antifascista condujera también a un gran desarrollo del movimiento obrero, de sus organizaciones de clase y especialmente de su partido de vanguardia, saboteó la unidad nacional antinazi planteada por el Partido Comunista.

Los dirigentes del Partido Radical, secundados por la mayor parte de los dirigentes socialistas, se opusieron a esta política de unión nacional antifascista, so pretexto de que ella importaba una concesión a la derecha. El curso ulterior de los acontecimientos demostraría, sin embargo, que dicha oposición no estaba basada en principios doctrinarios —que la política de unidad nacional no amagaba en modo alguno—, puesto que esos mismos dirigentes políticos radicales no tuvieron, más tarde, ningún escrúpulo para aliarse con los sectores más reaccionarios del país y no por cierto en torno a objetivos democráticos, sino para servir los intereses del imperialismo y de la oligarquía en contra de la clase obrera y del pueblo.

El gobierno de don Juan Antonio Ríos realizó una política típicamente burguesa. Llevó adelante, con ritmo lento, los planes de industrialización ideados bajo la administración de don Pedro Aguirre Cerda. Bajo la influencia del grupo terrateniente radical, no hizo nada por modificar la atrasada estructura semifeudal del campo chileno. Elaboró un Plan Agrario que contenía sólo un estudio de la situación de la agricultura y sin que en él se señalaran medidas de fondo para liquidar las supervivencias feudales, sino medidas superficiales que, por lo demás, quedaron sin aplicarse. En cuanto a política exterior, resistió hasta el último las exigencias populares, influido por los elementos progermanos de la burguesía, el falso temor de un sector burgués a caer entonces en una mayor subordinación nacional respecto del imperialismo norteamericano y el temor aún mayor del

conjunto de la burguesía a ver desarrollado el movimiento obrero a la sombra de la satisfacción de esas exigencias. La política moderada que Ríos realizó en todos los órdenes le permitió conquistar el apoyo de grupos de la burguesía que en 1938 habían luchado en la barricada opuesta al Frente Popular. Esto mismo fortaleció las posiciones de la burguesía y su gravitación sobre el conjunto del movimiento democrático nacional.

En el Parlamento, en la tribuna política y muy especialmente a través del diario "El Siglo", Ricardo despliega, en estos años, una actividad incansable en la lucha contra el fascismo y por el progreso democrático de Chile. Basándose en la máxima leninista de que las ideas, cuando se encarnan en las masas, se convierten en una poderosa fuerza material, hace que "El Siglo" golpee cotidianamente sobre los objetivos fundamentales del momento, como la ruptura de relaciones con el Eje y el establecimiento de relaciones con la Unión Soviética. Con esta misma perseverancia hace que el diario agite todos los días los problemas de las masas y contribuya a la organización de las luchas por la solución de esos problemas. "Nuestras consignas —dice a los redactores de "El Siglo"— hay que meterlas hasta en la sopa, repetirlas todos los días, pero no sólo repetirlas, sino, al mismo tiempo, explicarlas pacientemente, en el lenguaje más sencillo, para que las entienda hasta el más atrasado campesino y se incorpore a la lucha por ellas".

La guerra tocaba a su fin. En ella la Unión Soviética había demostrado la superioridad de su sistema. El proletariado mundial, guiado por los comunistas, había dado pruebas de una heroicidad sin paralelo en la historia de la humanidad. Como escribía Ricardo, "en las profundas transformaciones que están sufriendo los países capitalistas, semicoloniales y coloniales, hacia una etapa más alta de desarrollo; en el fortalecimiento de la unidad nacional e interna-

cional de la clase obrera, convirtiéndose en la fuerza fundamental del progreso, la paz y la seguridad; en el triunfo aplastante de la Unión Soviética, el gran país socialista edificado sobre las bases doctrinarias de las enseñanzas de Marx, Engels y Lenin y que surge de la guerra más sólido y poderoso; en todos los grandiosos hechos que están conmoviendo al mundo, se pone en evidencia y eleva a más altura que nunca la justeza de la doctrina marxista, certera interpretación del desarrollo de la sociedad y guía para la acción de la clase obrera en su marcha hacia el socialismo. Una vez más el marxismo ha sufrido la prueba de fuego de los hechos y ha triunfado en extensión y profundidad no igualada, demostrando ser la más alta concepción del pensamiento humano y la herramienta certera para la superación de la sociedad y de los pueblos”.

Los imperialismos alemán, italiano y nipón fueron aplastados en la guerra. El imperialismo mundial y el sistema capitalista en general salían visiblemente debilitados. Una era de progreso se abría para la humanidad.

CAPITULO XIII

SU LUCHA POR LA LINEA DEL PARTIDO

Fonseca libra una lucha ejemplar por la línea del Partido, contra las influencias del browderismo y demás formas que toma entonces el oportunismo de derecha. En el XIII Congreso lleva la lucha a fondo contra tales desviaciones y traza con claridad y precisión la verdadera política independiente del Partido del proletariado y el camino y las tareas de la revolución democrática burguesa en Chile. Como Secretario de Educación, Prensa y Propaganda impulsa el estudio y la divulgación del marxismo, la creación de nuevos diarios y periódicos y toda forma de llevar la línea del Partido al seno de las grandes masas.

A partir de 1945 la figura de Ricardo adquiere relieves de gigante. Da un aporte extraordinario a la lucha por la línea del Partido, por la independencia política del proletariado y de su partido, por la formación de un Partido Comunista de tipo bolchevique. Desde entonces el nombre de Ricardo Fonseca queda definitivamente incorporado a los anales del comunismo chileno, junto al nombre benemérito de su fundador, Luis Emilio Recabarren Serrano y al de sus más fieles y acerbados discípulos, Ólías Lafertte y Galo González.

El Partido Comunista había sido el campeón de la unidad y el combate de todas las fuerzas antifascistas, el campeón de la solidaridad moral y material con los combatientes antihitlerianos. Había librado grandes batallas contra los enemigos de nuestro pueblo. Y sin embargo, como lo demostraron las elecciones parlamentarias de marzo de 1945, en la que sacó los mismos diputados que en 1941 y casi el mismo número de votos, su influencia no crecía. El mismo diario "El Siglo" se hallaba estagnado en su tiraje, a pesar de sus progresos técnicos y de los esfuerzos de todo orden realizados por Ricardo. ¿Dónde estará el mal? —empezaron a preguntarse los dirigentes del Partido—. ¿En los métodos y en las formas de organización? ¿O habrá algo más de fondo?

Su estudio sistemático del marxismo y su íntima vinculación a las masas le permitieron a Ricardo ser, en esta eventualidad, el dirigente que más contribuyó a descubrir el origen del mal y, luego, a librar la batalla contra él. Ricardo advirtió que el problema de fondo era una desviación oportunista de la línea del Partido, una desviación de tipo derechista, que lo empujaba por el despeñadero de la colaboración con la burguesía y de la conciliación con los enemigos del pueblo. En virtud de estas desviaciones, la política de unidad nacional antinazi, absolutamente justa en sus lineamientos generales, había sido aplicada defectuosamente, sin la suficien-

te vinculación con las luchas reivindicativas de las masas ni con la lucha por solucionar los problemas de fondo, o sea, la liquidación del latifundio y de la dominación de los monopolios imperialistas.

Dos trascendentales acontecimientos, que conmovieron al Partido en 1945, permitieron ver las cosas en su integridad y entender el verdadero carácter de las desviaciones oportunistas. Esos acontecimientos fueron la crítica formulada por Jacques Duclos al "browderismo" y, casi simultáneamente, el desarrollo de la Conferencia de San Francisco, en que se constituyó la organización de las Naciones Unidas.

Jacques Duclos envió una carta a los comunistas norteamericanos, en la cual expuso, con meridiana claridad, el abandono por parte de su Secretario General, Earl Browder, de los principios fundamentales del marxismo. Browder había creado falsas ilusiones en el sentido de que, después de la derrota del fascismo, el progreso de la Humanidad se desarrollaría plácidamente, los capitalistas aceptarían voluntariamente el mejoramiento de los salarios y los imperialistas verían con buenos ojos el progreso de los países atrasados. Las teorías browderianas representaban un abandono de los principios marxistas de la lucha de clases, un rechazo de las doctrinas económicas del marxismo, del rol de vanguardia del Partido Comunista y de la teoría leninista sobre el imperialismo como fase final del capitalismo.

El revisionismo browderista hizo mella en nuestro Partido, debilitando su combatividad antiimperialista y su rol de vanguardia de la clase obrera en la lucha por sus intereses específicos. Además, tendió a desarmarlo ideológicamente para las luchas que se librarían en la inmediata postguerra.

El otro acontecimiento que puso de relieve la gravedad y el carácter de las desviaciones oportunistas que habían afectado la línea del Partido fue, como queda dicho, el desarrollo de la Conferencia de San Francisco. En esta conferencia se perfilaron clara-

mente dos bloques, dos políticas contrapuestas. Por una parte, la Unión Soviética encabezó el campo de las fuerzas que reclamaban el estricto cumplimiento de los compromisos contraídos por las grandes potencias en el transcurso de la guerra, o sea, la completa extirpación de los restos fascistas, la desmilitarización de Alemania y Japón y la plena libertad a los pueblos para que elijan la forma de gobierno que estimen más conveniente. Por otra parte, los Estados Unidos trataron de socavar, desde su nacimiento, la organización de las Naciones Unidas, limitando el derecho a veto, parcelando dicha organización en una serie de bloques regionales sometidos por separado a la dominación yanqui, obligando a los países que están bajo su influencia a hacer con ellos una mayoría obediente a los dictados del Departamento de Estado, oponiéndose al ingreso de Polonia a la NU y, en cambio, aceptando de todo agrado el de un gobierno fascista de facto que a la sazón existía en Argentina y que había hecho ostentación de su afinidad y su ayuda a la Alemania de Hitler. Y esto en el mismo instante en que los ejércitos anglo-norteamericanos desarmaban a los pueblos de Bélgica, Francia, Italia y Grecia, que habían luchado valerosamente contra el fascismo, armaban en esos mismos países a las castas reaccionarias, les facilitaban su retorno al poder, apoyaban la tiranía fascista de Francisco Franco e iniciaban la masacre al por mayor de decenas y decenas de miles de patriotas griegos.

“Los antiimperialistas de EE. UU. —escribió entonces el periodista Harrison George en “People’s World” de San Francisco— esperaron con alarma, llenos de asombro, y en vano, que algún delegado latinoamericano se pusiera de pie en la sesión plenaria y defendiera a los pueblos y a la democracia latinoamericana”. Los antiimperialistas de Chile y, en primer lugar, los comunistas, esperaban que por lo menos el Secretario General del Partido, Contreras

Labarca, que formaba parte de la delegación chilena, expresara su desacuerdo con estas maniobras imperialistas. A su regreso, Contreras Labarca explicó a la Dirección Central —y, luego, por acuerdo de ésta al pueblo de Chile, en un discurso que pronunció en el Teatro Carrera de Santiago— que el jefe de la delegación, el canciller Joaquín Fernández, traicionando la confianza de los demás delegados y sin consultarles para nada, había comprometido la posición de Chile, hecho que luego él había criticado en el seno de la delegación. Así había ocurrido, efectivamente. Pero, en todo caso, el silencio de Contreras Labarca en la sesión plenaria de San Francisco, demostraba hasta dónde había llegado la conciliación con la burguesía y con los enemigos del pueblo. Este hecho alarmó justificadamente a la Dirección del Partido y arrojó plena luz sobre el conjunto de las maniobras de muchos años de los agentes de la burguesía para influir, finamente, con habilidad de joyeros, sobre determinados dirigentes del Partido y sobre el Partido en general, a fin de ablandarlos, de empujarlos al pantano del legalismo y del reformismo y de lograr así una deformación, aunque fuese sutil, de la línea del Partido, a fin de hacerlo perder su combatividad de clase, su rol de vanguardia de la clase obrera y su gran misión de organizar e impulsar la lucha por la revolución democrático-burguesa.⁵

5 En mérito del camarada Carlos Contreras Labarca, cabe dejar constancia que él aceptó la crítica como buen comunista. Y poco después, cuando fue reemplazado en la Secretaría General del Partido, rechazó invariablemente las insinuaciones y requerimientos de aquellos elementos oportunistas que soñaban con arrastrarlo a posiciones anti-partido y con aprovecharse así de su prestigio. El camarada Carlos Contreras Labarca siempre se mantuvo y se ha mantenido en las posiciones de Partido, como un disciplinado y activo luchador comunista. Esta actitud suya le ha valido el respeto y el aprecio de todo el Partido. En razón de ello y de su capacidad política, ha sido reelegido miembro del Comité Central en todos los Congresos celebrados en los últimos 40 años.

Ricardo penetró a fondo en estos errores. Primero, en sucesivos editoriales del diario "El Siglo", mientras se desarrollaba la conferencia de San Francisco, dejó de manifiesto la verdadera posición del Partido respecto a los problemas que allí se debatían y a la actuación del canciller Fernández, que criticó duramente. En seguida, en los organismos dirigentes del Partido, planteó el asunto en forma tajante. Sostuvo que había que analizarlo ampliamente, descubriéndose entonces que las desviaciones oportunistas habían llevado al Partido a abandonar o postergar la lucha por la revolución democrático-burguesa, cayendo otra vez en el seguidismo respecto a la burguesía. La Décimasexta Sesión Plenaria del Comité Central del Partido inició la corrección de estos errores, precisando los grandes cambios que deben operarse en la estructura del país a fin de resolver la crisis económica crónica que padece y abrir el camino hacia el socialismo. El informe central de esta sesión plenaria correspondió al Presidente del Partido, Elías Lafertte, y el discurso de resumen estuvo a cargo de Ricardo Fonseca, quien, desde la tribuna del Teatro Caupolicán, mostró con acierto y con firmeza la perspectiva de una política independiente de la vanguardia del proletariado, teniendo como objetivo el cambio de la estructura nacional semifeudal y dependiente, para lo cual había que enfrentarse con la oligarquía y el imperialismo, liquidando la base material en que se apoyan estos enemigos de la democracia, el progreso y el bienestar de los chilenos.

En el 13º Congreso del Partido, celebrado el 8 de diciembre de 1945, Ricardo planteó que las desviaciones browderistas no debían considerarse como un simple producto de la lectura de los escritos de Browder. En lugar de esa interpretación candorosa del browderismo, dijo que éste se manifestó en los Estados Unidos por la influencia de los imperialistas yanquis sobre Browder y otros hombres y, en Chile, por la influencia de los agentes de esos imperialistas,

de la oligarquía y de la burguesía, ejercida directa e indirectamente sobre determinados miembros del Partido, sobre los más débiles y vacilantes. Sostuvo que esto ponía de manifiesto una debilidad en la vigilancia y en el control de los cuadros, falta de lucha por la línea del Partido, ausencia de crítica y autocritica y un nivel teórico todavía bajo, que no había permitido ver que la ideología de Browder no era el marxismo, sino una utopía colaboracionista y apaciguadora y, por lo tanto, antimarxista. Afirmó que había una responsabilidad colectiva, pero también individual. En cuanto a él, reconocía la suya y explicó en qué consistía. Luego hizo ver la del propio Secretario General, advirtiendo que en el Partido no hay ni debe haber hombres intocables que no se critiquen por falso respeto, ni mucho menos fetiches cuyas opiniones se acepten al pie de la letra. Afirmó que la crítica y la autocritica deben alcanzar aún a los más altos dirigentes y que era preciso desarrollar ampliamente la democracia interna en el Partido, la expresión franca de todas las opiniones, terminando con los elementos pasivos que aceptan formalmente su línea y estimulando una permanente lucha por su formación ideológica, por su unidad de acción y de pensamiento, por la aplicación de sus resoluciones.

El Decimotercer Congreso condenó las desviaciones y deformaciones de la línea política y, según establecen sus conclusiones, en cuya redacción participó personalmente Fonseca, resolvió “llevar una lucha a fondo en todo el Partido, poner en primer plano una severa vigilancia bolchevique utilizando la crítica y la autocritica, fortaleciendo la democracia interna y elevando a un alto nivel la preocupación por la educación teórica en los principios del marxismo-leninismo de todos los militantes y de la dirección central”. Al mismo tiempo, “resolvió impulsar los planes de transformación económica, política y social señalados en la XVI Sesión Plenaria del Comité Central, cuyas resoluciones justas, con el

apoyo de las luchas de la clase obrera y del pueblo, permitirán corregir a fondo los errores, colocar al Partido a la cabeza de las masas y no dar un paso atrás en el combate del pueblo por sus reivindicaciones inmediatas, hasta producir los cambios que corresponden a los objetivos de la revolución democrático-burguesa”.

Igual que la XVI Sesión Plenaria, el Decimotercer Congreso designó a Ricardo Fonseca para que hiciera públicamente el resumen de sus debates. Lo hizo en una concentración pública realizada en la Plaza de la Constitución, ante veinte mil personas que aclamaron la línea combativa e independiente del Partido.

Por aquellos días, el imperialismo norteamericano ponía en práctica un diabólico plan destinado a dividir el movimiento obrero, perseguir al Partido Comunista, dislocar las fuerzas democráticas y dar, así, origen a un gobierno a su entero servicio. Víctima de una enfermedad incurable, el Presidente Ríos había delegado el mando en don Alfredo Duhalde, destacado miembro del grupo terrateniente radical. Don Alfredo Duhalde y, con él, el ala derechista del radicalismo, se prestaron, una vez más, para aplicar ese nuevo plan en contra del pueblo. Duhalde disolvió los dos más importantes sindicatos de la pampa de Tarapacá, el de Humberstone y el de Mapocho, que se encontraban sosteniendo una huelga reivindicativa. Bajo las banderas de la CTCH se organizó en el norte y en todo el país un vasto movimiento de solidaridad. En Santiago, los trabajadores fueron convocados a un gran mitin de protesta en la Plaza Bulnes. Eran las 7 de la tarde del 28 de enero de 1946. Veinte mil personas habían acudido al llamado de la CTCH. Empezaba el mitin. La muchedumbre cantaba el Himno Nacional, cuando, de repente, los pelotones de carabineros allí apostados avanzaron sobre los trabajadores y luego hicieron fuego con fusiles-ametralladoras. Ramona Parra, Alejandro Gu-

tiérrez, Adolfo Lisboa, Filomeno Chaves, Manuel López y René Tapia fueron ultimados allí mismo, y centenares de obreros, de mujeres y de jóvenes quedaron heridos. Muchos se tiraron al suelo tratando de escapar a las balas. Algunos pocos huyeron. Y los más, en apretados grupos recogieron piedras, tierra, pasto de los jardines circundantes y, con lo que tenían a mano, arremetieron contra los masacradores. Luego, en la sangre derramada por las víctimas tiñeron de rojo sus pañuelos, sus camisas, sus hojas de diarios y agitándolos como banderas, recorrieron las calles expresando su protesta. A la horrenda masacre, el proletariado respondió con un paro nacional unánime, exigiendo el castigo de los victimarios y la reposición de la personería jurídica para los sindicatos del norte. Los partidos que se agrupaban en la Alianza Democrática exigieron un Gabinete que cumpliera esas demandas. Duhalde, bajo la presión del paro, se comprometió a formar dicho Gabinete. Ingenuamente se creyó en sus promesas, y los trabajadores volvieron a sus faenas. Pero Duhalde no cumplió su palabra y procedió, en cambio, a constituir un Gabinete de guerra con militares, radicales derechistas y socialistas. Entonces, por acuerdo unánime del Consejo Nacional de la CTCH, el día 4 de febrero se reanudó el paro. El Secretario General de la CTCH, Bernardo Ibáñez, que también había apoyado la reanudación del paro, llamó a romperlo desde los micrófonos de La Moneda, traicionando así a la clase obrera, llevando la división a la CTCH y a algunas federaciones, enarbolando la bandera fascista del anticomunismo y desenmascarándose como agente del imperialismo. La traición de Bernardo Ibáñez permitió a Duhalde desencadenar una violenta represión contra los trabajadores y especialmente contra los obreros de Cemento El Melón de La Calera y de Cristalerías Chile, que fueron lanzados por millares a la calle.

De esta manera se inició el gobierno del "tercer

frente”, el primer ensayo de postguerra de aplicar en Chile la política fascista del Departamento de Estado.

El surgimiento de este gobierno venía a confirmar la verdadera tesis marxista de que, como anotaba Victorio Codovilla, la marcha de la humanidad hacia la democracia y el socialismo no se desarrollaría, después de la guerra, en forma idílica, como antes tampoco se había desarrollado en esa forma, sino “a través de un continuo forcejeo” entre las fuerzas progresistas y los elementos reaccionarios. Venía a demostrar la justeza de la política que el Partido Comunista se había trazado en su Decimotercer Congreso.

Bajo el gobierno del “tercer frente”, el Partido Comunista se unió mucho más en torno a su línea política y a su dirección central. Ricardo era ya miembro del Secretariado del Comité Central, encargado de Educación, Prensa y Propaganda. Tuvo que dejar el trabajo ejecutivo en la dirección de “El Siglo”, pero siguió orientándolo día a día. Orientó también los diarios del norte, “El Despertar” de Iquique, “El Popular” de Antofagasta y “El Siglo” de Coquimbo. Impulsó la aparición del diario “La Región” de Valdivia, del periódico “La Mina” de Potrerillos, “La Senda” de Puerto Montt y una serie de periódicos de federaciones y fábricas. Al igual que Recabarren, tenía gran pasión por lograr que el Partido tuviera una vasta red de imprentas y periódicos de uno a otro extremo del territorio nacional.

En cuanto a la capacitación ideológica del Partido, no se conformó con destacar la importancia del estudio, sino que organizó e impulsó los medios materiales para que los dirigentes y militantes pudieran pertrecharse de la teoría del marxismo. Montó una escuela central de cuadros y varias escuelas regionales. Al mismo tiempo, impulsó la edición de valiosas obras marxistas y la importación de libros, ampliando la editorial del Partido. Era incansable en reco-

mendar, junto al estudio colectivo, la preparación individual.

En el campo específico de la propaganda dejó una valiosa experiencia. Fue un convencido de la importancia de la audacia, la novedad y la variedad en las formas de la propaganda, pero bajo un mismo y firme contenido, tras objetivos precisos en los cuales debía concentrarse. Considerando que el mejor propagandista es el Partido mismo, se esmeró especialmente por que cada dirección regional y local, cada comuna, cada célula tuviera su propio aparato de impresión aunque fuera un multígrafo a gelatina y, periódicamente, lanzara pequeños volantes y realizara algaradas públicas para llevar a la masa la línea del Partido. Cuando había un problema delicado que requería una movilización urgente de las masas, suprimía al mínimo los intermediarios y se reunía, directamente, con los propagandistas comunales y de base para armarlos políticamente e instarlos a llevar urgentemente al pueblo la voz del Partido.

Así ayudaba a impulsar las tareas. Así demostraba una vez más su permanente posición de irreconciliable enemigo de la rutina y el burocratismo.

CAPITULO XIV

SU BATALLA POR LA POLITICA INDEPENDIENTE DEL PROLETARIADO

El gran luchador defiende y aplica fielmente la línea independiente del Partido en sus relaciones con los aliados y principalmente con los radicales, que tratan de arrastrarlo a una política seguidista y de apoyo, sin condiciones, a la candidatura de González Videla. Bajo esta política independiente, el Partido logra forjar la victoria del 4 de septiembre, en la cual el pueblo hizo triunfar un programa de profundas transformaciones democrático-burguesas. Fonseca, que había sido uno de los más grandes constructores de la victoria, llama al pueblo a defenderla contra las maniobras de los adversarios de clase y las vacilaciones del Presidente electo.

El 12 de enero de 1946, la Comisión Política del Partido Comunista proclamó la candidatura presidencial de Elías Lafertte. El fallecimiento de don Juan A. Ríos era inminente y se hacía de suma urgencia levantar desde ya una candidatura popular decididamente antiimperialista y antioligárquica, que planteara el problema de la sucesión presidencial en su verdadero terreno, en el terreno de la lucha por los cambios de fondo en la estructura del país, por la solución de los problemas de la revolución democrático-burguesa. En las grandes masas populares no existía, todavía, clara conciencia acerca de la necesidad de esos cambios y era menester formar dicha conciencia. Además, era necesario afirmar en el pueblo la idea de que dichos cambios no podrían ser obra de un caudillo, de un mesías, sino del pueblo mismo, de la unidad y la lucha de la clase obrera y de todas las fuerzas democráticas y progresistas.

La candidatura de Elías Lafertte cumplía esta misión. Sin embargo, por razones obvias, ella no podía triunfar en las urnas. No podía sacar la mayoría absoluta y, en el caso de obtener la mayoría relativa, podía darse por descontado que el Parlamento no iba a consagrar su triunfo. Y la situación se presentaba favorable para conquistar una victoria popular con un candidato antiimperialista y abrir una amplia vía a la realización de la revolución democrático-burguesa. Además, en un vasto sector popular, en la pequeña burguesía especialmente, subsistían fuertes ilusiones en un caudillo radical, Gabriel González Videla, que había mantenido, desde los tiempos del Frente Popular, una actitud de permanente combate contra la reacción y de crítica hacia sus propios correligionarios que desde el gobierno no hacían nada o casi nada por cumplir los programas prometidos a la ciudadanía. González Videla se exhibía como un fervoroso amigo de los comunistas, como el más fiel personero de la izquierda radical que, en verdad, ja-

más había tenido en sus manos las riendas del gobierno.

La necesidad, pues, de unir a las fuerzas populares y antiimperialistas en torno a una candidatura que pudiera triunfar y el hecho de que en un fuerte sector popular existieran todavía ilusiones sobre el Partido Radical y especialmente sobre el personero de su ala izquierda —ilusiones que sólo podrían desaparecer a través de la experiencia viva de ese sector— determinaron el apoyo del Partido Comunista a la candidatura de González Videla, en la cuarta serie de votaciones de la Convención Democrática Popular convocada para elegir candidato único antiimperialista.

La Dirección del Partido Comunista no tenía ilusiones en González Videla y, por el contrario, existía hacia él una fuerte desconfianza, no sólo por su extracción de clase, sino también por su arribismo personal. En la reunión de la Comisión Política en que se resolvió apoyarlo, Ricardo Fonseca expresó al respecto: “Con González Videla vamos a tener mayores dificultades que con Juan Antonio Ríos. Pero, si sabemos trabajar, si sabemos aplicar la línea del Decimotercer Congreso, esas dificultades serán vencidas y, dadas las nuevas condiciones históricas en que vivimos, marcharemos más adelante que nunca”. Por lo demás, como lo dijera más de una vez el propio Ricardo, no había otro camino que elegir y, en esa circunstancia, no había otro candidato que designar. O más exactamente dicho, los otros caminos que se ofrecían no se podían seguir. Los dirigentes radicales —Rosende y Cuevas, entre otros— no tenían ninguna fe en la posibilidad de una nueva victoria popular. El propio González Videla, en los días de la Convención, no creía que pudiera vencer. Y el CEN y González Videla proponían al Partido levantar la candidatura de don Arturo Alessandri Palma, el cual dividiría a la derecha y, con el concurso de una parte de ella y de los partidos Radical y Comunista, triun-

faría ampliamente. El Partido rechazó esa proposición. “Lo que se nos propone —dijo Fonseca en reunión de la Comisión Política— es que demos un paso atrás y de lo que se trata es de dar un paso hacia adelante”.

Luego, los dirigentes radicales y González Videla, plantearon que la resolución comunista de apoyar al candidato radical fuera adoptada cuanto antes, “para ganar tiempo en la campaña electoral y sin que fuese necesario realizar una Convención. El Partido rechazó este planteamiento e insistió en la convención, donde, con la solemnidad correspondiente, debía elaborarse, en primer lugar, un programa común, y, en seguida, proclamarse un candidato único que allí mismo se comprometiera a cumplir el programa.

Ricardo Fonseca fue elegido Secretario General de la Convención. El tuvo a su cargo, además, la dirección de la fracción comunista en dicha asamblea popular. Desde el primer momento, Ricardo luchó por dejar muy claramente establecido el programa de las transformaciones económicas, sociales y políticas por el cual se debía luchar. Elaborado y aceptado el programa por unanimidad, se pasó a la elección del candidato. El PC, en las primeras series de las votaciones, siguió sufragando por Lafertte, como una clara reafirmación de sus principios y de su línea independiente. Y sólo cuando el reglamento de la Convención exigía llegar a un acuerdo en una cuarta y última serie de votaciones o dar por fracasado el torneo, los delegados comunistas votaron por González Videla. Previamente, en una de las salas del Senado, se efectuó una reunión entre dirigentes radicales y comunistas, convocada por estos últimos con el propósito de obtener el máximo de garantías para el pueblo antes de votar por González Videla. Este expresó que ni los comunistas ni el pueblo verían jamás en él un acto desleal, rindió homenaje a la personalidad de Lafertte, juró cumplir el programa y go-

bernar con todos los partidos representados en la Convención. Fonseca le dijo que esas palabras deberían ser conocidas por todo el país. González Videla ofreció repetirlas en el discurso que pronunciase cuando lo proclamara la Convención. Hecha la proclamación, González Videla tomó la palabra. Llevaba hablando diez minutos y sólo decía generalidades. Fonseca, que estaba a su lado en la mesa de la Presidencia, le pasó un papelito recordándole su reciente compromiso. Luego, como seguía hablando generalidades, Ricardo, ante la expectación de todos los asistentes, se acercó al candidato, lo sacudió de una manga y, al oído, le recordó una vez más su compromiso de reafirmar allí, públicamente, los conceptos que acababa de pronunciar en la reunión de dirigentes radicales y comunistas. Entonces, González Videla se refirió al programa y a su decisión de gobernar con los partidos que lo habían elegido. Rindió también homenaje al Partido Radical y al Partido Comunista, destacando el gesto de Lafertte, de renunciar a su candidatura para hacer posible la unidad de las fuerzas democráticas y una nueva victoria del pueblo.

Cuando terminó de hablar, Ricardo le pasó el programa del cual había hecho sacar diez copias, con la siguiente frase final:

“Juro ante vosotros, representantes auténticos del pueblo de Chile, que sabré conducirlos a la victoria y con el auxilio del pueblo cumpliré el programa de bien público que esta magna Convención nos ha dado para bien de Chile y la grandeza de nuestra democracia”. Firmada, por el candidato, cada una de las copias, en presencia de todos los convencionales, Ricardo impartió instrucciones inmediatas para que el programa se publicara en la prensa y se editara en medio millón de ejemplares.

En ese instante, el presidente del Partido Radical, don Luis Alberto Cuevas, exclamó:

—Parece que Ud., Fonseca, no nos considera alia-

dos, ya que manifiesta tantos temores de que no vayamos a cumplir los compromisos.

—Lo que yo quiero evitar —respondió Ricardo— es que dichos compromisos queden como un secreto entre nosotros. Lo justo es que sean conocidos por el pueblo, ya que son de interés para el pueblo. Al margen de la lealtad de ustedes, el programa será cumplido sólo si el pueblo lucha por él y, para esto, es preciso que lo conozca.

La candidatura de González Videla conquistó a la mayoría de la clase obrera, a decenas de miles de campesinos, a la intelectualidad progresista, a importantes núcleos de industriales, comerciantes y agricultores patriotas. Esta candidatura prendió en las masas porque contaba con el apoyo del Partido Comunista y porque ella tomaba la bandera de la revolución democrática burguesa, de la reforma agraria, de la nacionalización de las empresas imperialistas, de los cambios de fondo que era urgente introducir en el país, y, al mismo tiempo, de las reivindicaciones más apremiantes de todos los sectores populares.

La derrota del fascismo dio origen a un gran desarrollo de las fuerzas democráticas en todos los países. Este fenómeno, y la propia lucha de nuestro pueblo, impidieron a los sectores más reaccionarios del país presentarse a la elección con sus personeros más caracterizados. Estos se vieron obligados, tanto en el Partido Conservador como en el Liberal, a ceder temporalmente el paso a las corrientes y a los hombres menos resistidos por el pueblo. Además, bajo la presión de los elementos cristianos, para los cuales era evidente que después de la guerra no era posible mantenerse aferrados a las viejas posiciones y moldes reaccionarios, el frente único de los partidos Conservador y Liberal, que durante 25 años había dado muestras de solidez política, sufrió una ruptura de proporciones que electoralmente se expresó en la

proclamación de dos candidatos: uno conservador, el Dr. Cruz Coke y otro liberal, don Fernando Alessandri.

Los adláteres de González Videla, como Darío Poblete, quisieron convertir la campaña electoral en una cruzada mesiánica y caudillista, haciendo creer al país que todo dependía de la elección del candidato. Trataron, también, de transformar la elección en una lucha personal contra los otros candidatos. El Partido comprendió que tal juego estaba destinado a crear falsas ilusiones en el pueblo y a establecer y ahondar diferencias con otros sectores democráticos que por una u otra razón no estaban con la candidatura de González Videla. Era claro que eso conduciría al aislamiento del Partido Comunista, dejándole como único aliado al Partido Radical. Se rechazó la manobra y, con más fuerza que antes, el Partido puso el índice en las cuestiones de programa y de principios, en la necesidad de establecer y desarrollar una amplia coalición de fuerzas antiimperialistas y antioligárquicas, en la participación y el rol hegemónico de la clase obrera en esa coalición, en la creación de un gobierno con inclusión de representantes comunistas y en el desarrollo de las organizaciones y las luchas populares. La concepción del Partido en esta batalla electoral —concepción absolutamente desprovista de ilusiones caudillescas— estaba contenida en las siguientes palabras del manifiesto con que se proclamó a González Videla y en cuya elaboración Ricardo tuvo una participación descollante: “Nuestra lucha no terminará el 4 de septiembre. Continuará para hacer respetar el voto de la soberanía popular. No terminará siquiera el día en que González Videla asuma la Presidencia de Chile. Los trabajadores impulsarán cotidianamente la realización del programa, aplastando a los conciliadores y complotistas y cumpliendo una política que dé efectiva solución a los problemas de la alimentación, de la vivienda y del vestuario, y ponga en libre movimiento

a las fuerzas del campo chileno, empuje al país por la ruta de la industrialización y convierta a Chile en una nación avanzada y progresista en un mundo que marcha afianzando la democracia hacia el socialismo”.

Conquistada la victoria en las urnas, la oligarquía amenazó con oponerse al reconocimiento del triunfo en el Congreso Pleno. Ante una situación tal, sólo había un camino a seguir: imponer el reconocimiento de la victoria, de acuerdo al lema de nuestro escudo nacional, “por la razón o la fuerza”, como dijo Fonseca en una gran concentración pública realizada el 15 de septiembre. La situación era favorable para imponer la victoria y aplastar la resistencia oligárquica. La ciudadanía reconocía el triunfo. También la prensa nacional y extranjera. Además, el Vicepresidente de la República, don Alfredo Duhalde, propúsole a González Videla designarlo Ministro del Interior y luego renunciar, o sea, entregarle el mando inmediatamente. La proposición la hizo a través del canciller Joaquín Fernández. Consultado, el Partido Comunista aceptó esta salida siempre y cuando, también de inmediato, se constituyera un Gabinete con inclusión de comunistas, el cual se lanzara resueltamente a cumplir el programa. Pero el CEN radical rechazó este camino y sólo aceptó que tras los formalismos legales de rigor, la Vicepresidencia fuera entregada a uno de sus miembros, al señor Juan Antonio Iribarren, que había sido y era partidario del señor González Videla.

Entonces, el Presidente electo se lanzó por el camino de la conciliación. Se reunió una y otra vez con la directiva liberal, a pretexto de obtener de ella el reconocimiento de su triunfo en el Congreso Pleno. El Partido le manifestó a González Videla su desacuerdo con estas andanzas. El juró y rejuró que ningún compromiso había contraído ni contraería en contra del programa y las fuerzas que le habían dado la victoria. Pero, según lo reveló posteriormente

el senador Raúl Marín Balmaceda, en una entrevista que concedió al diario "El Sur" de Concepción, González Videla recibió la promesa del apoyo liberal en el Congreso Pleno, a cambio del compromiso que contrajo de sacar a los comunistas del gobierno antes de seis meses y de no permitir la sindicalización de los trabajadores agrícolas. Según se supo, también posteriormente, antes de asumir el mando se comprometió a gobernar siempre de acuerdo con el gobierno de los EE. UU. y, para ello, a expulsar a los comunistas del gobierno. Dicho compromiso lo contrajo ante el Almirante Leigh, que llegó al país al mando de una flota yanqui, a pretexto de representar a su gobierno en el acto de la asunción del poder por parte del nuevo Presidente. Leigh y González Videla se habían hecho amigos en la Francia de Vichy, como representantes diplomáticos ante el gobierno de Petain.

El Partido ignoraba los compromisos que González Videla contraía contra el pueblo, pero desconfiaba de él y de los dirigentes radicales. Y denunciaba al país las maniobras de los enemigos, llamando al pueblo a desbaratarlas. Al respecto, Fonseca decía el 12 de octubre, en la sesión inaugural de la Conferencia Nacional del Partido Comunista: "Apenas el pueblo triunfa, haciendo morder el polvo de la derrota a los reaccionarios, estos empiezan a reagruparse, halagan, corrompen, amenazan, sobornan, engañan, cercan, apaciguan, ofrecen concesiones que jamás cumplen, intrigan para dividir las fuerzas de la victoria. Le exigieron y aún le exigen al señor González Videla el rompimiento de sus compromisos con el pueblo, quebrantar sus juramentos solemnes, destrozar el programa". Y luego añadió: "quieren crear así las condiciones para impedirle (a González Videla) su llegada al poder o bien convertirlo en un instrumento de su política de casta".

González Videla y su equipo estaban interesados en borrar estas sospechas. Surgió entonces un plan,

que fue puesto en conocimiento del Partido Comunista, según el cual, el 24 de octubre, día en que se reuniría el Congreso Pleno, el Ejército actuaría junto al pueblo si el triunfo era desconocido. En tal eventualidad, "el Buin rompería la marcha". Como puede verse, la comedia era perfecta.

Más aún, el Presidente electo se dirigió oficialmente a la segunda Conferencia Nacional del Partido Comunista, recabándole resolviera la participación de los comunistas en el Ministerio. Como dijo González Videla, en carta dirigida al Presidente del Partido: "Sólo la presencia de Ministros del Partido Comunista daría al pueblo, en especial, la seguridad de que el programa aprobado por la convención de izquierda será irrefragablemente cumplido y que las soluciones serán las que más convengan al país". La incorporación del Partido Comunista a las tareas de gobierno era, pues, una exigencia ciudadana que entonces no era posible burlar, a menos de concitar el odio de las masas y de exhibirse como un facineroso ante la ciudadanía. Por lo visto, el señor González Videla quiso mantenerse, durante un tiempo, sin descubrir su verdadera faz.

CAPITULO XV

SECRETARIO GENERAL DEL PARTIDO

Ricardo llega al más alto cargo en el Partido: la Secretaría General. Sus métodos colectivos de dirección, el estudio permanente, su estrecha vinculación con las masas, su profundo conocimiento de los problemas nacionales, le permiten dirigir ejemplarmente al Partido en una nueva y desconocida etapa de su vida: la de partido de gobierno. Organiza la lucha de las masas por el cumplimiento del programa. Bajo su dirección, el Partido Comunista se transforma en el más grande partido político de Chile.

El 31 de octubre de 1946, Ricardo fue promovido al más elevado cargo en el Partido, a la Secretaría General. A Carlos Contreras Labarca, su antecesor, se le designó para integrar el Gabinete. El Comité Central, por unanimidad, coincidió en indicar a Fonseca como el cuadro que venía aportando más a las tareas de la Comisión Política y del Secretariado y que se caracterizaba por su lucha firme y constante por la aplicación de la línea independiente del Partido, virtud que tenía especial importancia en las nuevas condiciones en que el Partido Comunista pasaba a formar parte del gobierno por primera vez en la Historia de Chile.

Durante 18 años, Ricardo había actuado en el Partido sin desmayos, sin flaquezas, sin intermitencias, con iniciativa y coraje, con ímpetu revolucionario. En el trabajo celular, en las grandes y pequeñas tareas de su base, como el rayado mural y el comicio relámpago; en las reuniones y actividades de la fracción de maestros; en la relegación y en la cárcel, en todos los cargos y las actividades del Partido por las cuales pasó sin excepción alguna, se había forjado como un gran cuadro. Su perseverancia revolucionaria y su amor al estudio, su capacitación permanente en los principios del marxismo y en las enseñanzas de Lenin y Stalin, completaban su formación de gran dirigente revolucionario.

El sabía perfectamente que los cuadros no se forman de la noche a la mañana; que formarse como comunista y actuar como tal en todos los órdenes de la vida, en el público como en el privado, representa un cambio serio y una lucha contra el capitalismo en el terreno de la propia conciencia. Conocía el valor del estudio, de la crítica fraternal y constructiva, en la formación de los cuadros, y lo pernicioso de la crítica destructiva, sin ton ni son, que a veces se lanza sin reparar en el daño que puede hacerse al militante. Por todo esto, su trato era fraternal y

cordial con todos los compañeros y muy especialmente con los jóvenes militantes y con mayor razón aún si eran obreros, campesinos o mujeres. Pero cambiaba por completo en la tribuna para atacar a los enemigos del pueblo, o en la reunión del Partido en que había que criticar con energía a quienes se deslizaban por la pendiente del oportunismo o de la corrupción privada.

Poseía, además, en alto grado, el don de los grandes conductores de pueblos, el de saber escuchar, el de palpar el sentimiento de las masas. En el mitin o simplemente en la calle, era detenido con frecuencia por los militantes del Partido para hacerle alguna pregunta, para pedirle que aclarase alguna duda o simplemente para saludarle. Ricardo se daba tiempo para conversar con todos. Aún más, consideraba que este era un tiempo altamente aprovechado. Aunque fuera un minuto, respondía pues a los interrogantes o a las dudas de cuantos a él se acercaban y, al mismo tiempo, les pedía sus opiniones sobre tal o cual problema político del momento. A la Comisión Política y al diario siempre llegaba con la opinión del pueblo, con el sentir de la calle, relatando lo que le había dicho el obrero de la construcción con el cual se había venido en el tranvía, o el carnicero de la esquina o el suplementero de su barrio. Siempre mantuvo un estrecho contacto con el pueblo en su propio barrio, en la calle, en la asamblea del sindicato, en la concentración pública. Jamás dejó de ir a un acto de masas por cansancio o comodidad personal. No conoció estas debilidades. El mitin lo atraía. Ir a un mitin, estar en contacto directo con las masas, sentirse parte de ellas, palpar sus reacciones, es —decía— “como irse a dar un baño de optimismo, a recibir nuevas energías revolucionarias y más fe en nuestra causa”.

Aún en los días más inciertos y adversos, demostró siempre seguridad en la victoria de su pueblo y en la causa del progreso. Ello era resultado de su in-

extinguible fe en las masas y de su conocimiento del marxismo. Consideraba que la primera condición para llevar a la clase obrera a la victoria era la de tener un partido comunista marxista, con una sola línea revolucionaria, unido orgánica e ideológicamente no alrededor de hombres determinados, sino alrededor de su línea política y de su Dirección Central. A esta tarea había dedicado y dedicaba sus mayores esfuerzos.

Al asumir la Secretaría General del Partido, de Ricardo podía decirse lo que Maiakowsky dijo de Lenin: "Decir Lenin es decir Partido; decir Partido es decir Lenin". Como nunca, el pensamiento y la acción de Fonseca fue el pensamiento y la acción del Partido. Se identificaban plenamente. Su método colectivo de dirigir el Partido le permitió representarlo con fidelidad absoluta en cada uno de sus actos, al mismo tiempo que desarrollar más a los cuadros y hacer pesar más la responsabilidad individual y colectiva de la Comisión Política y del Comité Central. El compartió la totalidad de las preocupaciones políticas con los demás miembros del Secretariado, haciendo que cada uno de ellos fuera, igual que él, un Secretario del Partido.

Con clara visión de todas las responsabilidades y tareas del Partido, Ricardo se preocupó de todos y cada uno de los frentes de trabajo, atendiéndolos personalmente, haciendo que la Comisión Política revisara con frecuencia la labor que en ellos realizaban los cuadros más responsables. Una preocupación especial tuvo por el problema de organización, impulsando diversas medidas para lograr el funcionamiento regular de las células, de las fracciones, de los organismos dirigentes celulares, locales y regionales, fortaleciéndolos ideológicamente y enseñándoles a actuar con métodos operativos.

Ricardo tuvo siempre presente que las mujeres constituyen la mitad de la población y que ellas, bajo el capitalismo, se hallan en una condición doble-

mente opresiva —víctimas de las injusticias sociales comunes al ser humano, y además, víctimas de la desigualdad, sólo en razón del sexo, en la vida civil y el matrimonio— lo cual crea condiciones especiales para el desarrollo de un amplísimo movimiento femenino que, en lucha por sus propias reivindicaciones y problemas, constituya un esfuerzo del movimiento general de liberación social del pueblo.

Tuvo también una preocupación particular por las Fuerzas Armadas. Conocía y apreciaba en alto grado el origen revolucionario de nuestro Ejército y su misión libertadora bajo el mando de O'Higgins; pero comprendía, al mismo tiempo, que ese ejército había sido modelado posteriormente por la oligarquía de acuerdo al patrón prusiano y puesto, muchas veces, al servicio de su dominación de casta y de los intereses imperialistas. Por eso consideraba como una necesidad importantísima la democratización del Ejército chileno y el establecimiento de vínculos sólidos entre el pueblo y los cuerpos militares en el espíritu de la defensa de la soberanía nacional, de la libertad, del bienestar común y de la justicia social.

Como Secretario General le correspondió tratar directamente con el Presidente y los jefes de los demás partidos que iban a integrar el Gabinete todos los problemas relativos a la constitución del nuevo Gobierno. En estas diligencias estuvo siempre asesorado por otros miembros de la Dirección y muy especialmente por los nuevos cuadros del Comité Central, a los cuales tenía especial interés en enseñarles a trabajar con los aliados, a conocerles sus mañas, a descubrir a tiempo sus maniobras, a aprovechar las contradicciones que surgen entre ellos y a utilizar hasta la más pequeña posibilidad que permitiera impulsar las cosas hacia adelante.

En estos ajetreos tuvo que enfrentar nuevamente las maniobras de González Videla, el cual quiso darle al Partido ministerios de tercera importancia y empantanarlo en la discusión de qué intendencias, go-

bernaciones y altos cargos administrativos, corresponderían a tal o cual colectividad política. Interesado en ir al Gobierno sólo para cumplir el programa, el Partido pidió a González Videla dos ministerios, uno de los cuales debía ser Economía y Comercio. Pero González Videla se negó a acceder a este pedido, prefiriendo entregarle tres ministerios de menor importancia y dejando tres para los radicales y tres para los liberales. Al Partido le correspondieron los ministerios de Vías y Obras, Agricultura y Tierras y Colonización.

El Partido Comunista presentó al país y al Gobierno medidas eficaces y realistas para resolver los problemas nacionales de acuerdo al espíritu y a la letra del programa del 4 de septiembre. Dichas medidas fueron luego ratificadas en el Plan de Aumento de la Producción que elaboró el Partido, en el cual, con un criterio realista, se planteaban soluciones precisas para el conjunto de los problemas nacionales. Estas soluciones tendían a poner en práctica la reforma agraria, a echar las bases sólidas de una industria pesada independiente, a romper el monopolio comercial yanqui, haciendo efectivas las relaciones con la URSS y extendiendo estas relaciones a los países que recién se liberaban del imperialismo, a suprimir los grandes intermediarios que encarecen artificialmente los alimentos, a resolver el angustioso problema de la vivienda, a mejorar las condiciones de vida de las masas y a hacer efectivos sus derechos democráticos.

En el Consejo de Gabinete se perfilaban claramente tres posiciones: una, la de los comunistas, que luchaban enérgicamente por la realización del programa del 4 de septiembre y que, para tal efecto, hacían proposiciones concretas; dos, la de los liberales, que se oponían invariablemente a toda medida seria que condujese a la aplicación de ese programa y, tres, la de los radicales, que era de conciliación y, por consiguiente, de indecisión en cuanto al compro-

miso contraído ante la ciudadanía: el cumplimiento del programa. González Videla compartía la posición de los ministros radicales y, además, rehuía el estudio a fondo de los problemas y se esmeraba en esterilizar las reuniones del Consejo de Gabinete con chistes y otras frivolidades fuera de tono y de tiempo.

El Partido estableció un procedimiento verdaderamente nuevo y democrático de gobierno: dar cuenta detallada y franca a todo el país de cómo marchaba el cumplimiento del programa, de lo que hacían los ministros cada día, de los obstáculos que encontraban y de la forma cómo las masas podían ayudar a vencerlos. Quince días después de ingresar al gabinete, el Partido rindió cuenta al pueblo en un gran acto realizado en el Teatro Caupolicán. En este acto habló Ricardo Fonseca. El procedimiento no gustó a González Videla, quien pidió al Partido otra clase de apoyo, un apoyo incondicional a su gobierno y a su gestión de Presidente en forma tal que el Partido se hiciera solidario con todos los actos del Ejecutivo, incluyendo, por cierto, aquellos que los ministros comunistas hubieren objetado en el Consejo de Gabinete. Le tocó, precisamente, a Ricardo, discutir este problema con González Videla.

—Ud. nos pide un apoyo incondicional, le dijo Ricardo. Pero yo debo decirle, Presidente, que los comunistas no somos incondicionales de nadie, de ningún hombre, ni siquiera del Secretario General del Partido. Sólo somos incondicionales del pueblo, del programa que juramos cumplir, y sólo en la medida en que Ud. cumpla con este programa, lo apoyaremos resueltamente”.

El gobierno recién se iniciaba y González Videla tuvo que resignarse, al menos temporalmente, a aceptar de hecho el método de gobernar de los comunistas.

Gracias a este método, a la lucha y a la movilización de las masas, a la iniciativa y al empuje de los ministros y funcionarios comunistas en el Gobierno

y a la ayuda personal que diariamente recibían de Fonseca, el Partido logró, a pesar de todas las dificultades, realizar una labor positiva durante los cinco meses que permaneció en el Gobierno. A proposición de sus ministros, se decretó la expropiación de 7 fundos en el Valle del Choapa y de Las Vegas de La Serena; de la gran hacienda Ñanco de Malleco y de 35 mil hectáreas más en diversos otros puntos, para entregarlas a los campesinos y aumentar la producción agropecuaria. Se decretó la expropiación del Ferrocarril Salitrero de Tarapacá y del Ferrocarril de Concepción a Curanilahue, pertenecientes a compañías particulares. Se estableció el corte único del pan, para evitar la especulación con los panes de "tipo especial". Se creó el Consejo de Economía Nacional. Se decretó el libre tránsito en los ferrocarriles particulares, prohibiéndose a las empresas yanquis discriminar cuáles pasajeros pueden ir a sus minerales. Se decretó el estanco del trigo y de la harina. Se adoptaron numerosas otras medidas prácticas de positivo interés. Y se derogó la arbitraria circular que suspendía la sindicalización de los obreros agrícolas.

Todas las medidas resueltas por el Gobierno a proposición de los ministros comunistas fueron saboteadas en su realización práctica. Por ejemplo, el decreto que establecía el estanco del trigo fue retirado por González Videla de la Contraloría y, por lo tanto, no se llevó a cabo. El decreto que establecía el "corte único del pan", para evitar la especulación con el llamado "pan especial", fue vetado por el Presidente momentos después de conversar con los industriales panaderos. El decreto de expropiación de la Hacienda Ñanco fue aprobado y cursado, pero no se aplicó jamás alegándose "falta de dinero". El Consejo de Economía Nacional se constituyó, pero desvirtuándose sus fines, transformándose en una asamblea académica sin atribuciones ejecutivas y copada por los representantes patronales. El Presidente Gonzá-

lez Videla no quería pelear con la Derecha; no quería enfrentar siquiera a la oligarquía terrateniente ni al imperialismo; no quería cumplir el programa.

El Partido Comunista, con el apoyo del pueblo, exigía más y más el cumplimiento del programa. Los liberales, en el gabinete, exigían su abandono. Por una parte estaba el pueblo de Chile; por la otra, la oligarquía criolla y el imperialismo norteamericano. Y los días transcurrían, acercándose el plazo fatal de los seis meses, plazo máximo en que González Videla se había comprometido a hacer salir a los ministros comunistas. La situación comenzó a agudizarse en el seno del Gobierno. Vino el primer choque violento, en torno al Banco del Estado que el Ministro de Hacienda, don Roberto Wachholtz y los ministros comunistas exigían fuera creado de inmediato. Vino el segundo choque, en torno al precio del pan, que González Videla alzó en contra de la voluntad, públicamente manifestada, del ministro comunista de Agricultura. Vino el tercer choque, en torno a la sindicalización campesina, cuando González Videla, transgrediendo el programa del 4 de septiembre, promulgó una ley patrocinada por la oligarquía que suprimió el derecho legal a la organización sindical de los trabajadores del campo.

Hasta ese instante, González Videla aparecía, para la opinión pública, como un decidido partidario del cumplimiento del programa y un sincero amigo de los comunistas. El sabía mantener estas apariencias. En efecto, mientras en el seno del Gobierno sabotaba la labor de los ministros comunistas y tenía con estos y con la Dirección del Partido serias discrepancias, para afuera, para la exportación, hacía declaraciones de furioso izquierdismo. "El movimiento anti-comunista es, en el fondo, la persecución, la liquidación de la clase obrera", gritaba desde los balcones de La Moneda al regreso de una gira al norte chico. Y agregaba, refiriéndose a la campaña reaccionaria contra el Partido Comunista: "Estos caballeros que

predican el anticomunismo —vosotros lo sabéis y recientemente lo habéis visto— terminan siempre pidiendo gobiernos de fuerza, gobiernos de dictadura que, como Uds. saben, siempre terminan con manifestaciones sangrientas disputándole y arrebatándole los derechos al pueblo. Quiero que lo sepan mis enemigos y que lo sepan también mis amigos productores y agricultores a quienes les tiendo generosamente mi mano, que no habrá fuerza humana ni divina que pueda jamás divorciarme del pueblo, que haga que yo le dé vueltas las espaldas...”

Por cierto que en este juego, el Presidente no actuaba solo. Por la misma cadena radial que se transmitieron estas sus palabras, se escuchó inmediatamente después una charla política de un orador anónimo, que demostraba conocer mucho los entretelones del Gobierno y sembraba las más infames calumnias contra el Partido Comunista. ¿Quién era ese personaje que aparecía desde la sombra como el campeón del anticomunismo? Según se comprobó, no era otro que el propio Ministro del Interior, don Luis Alberto Cuevas, que preparaba sus charlas radiales de acuerdo con el propio Presidente de la República... Ellos se consideraban muy hábiles. Pero esta “habilidad” no les podía durar mucho tiempo. A fines de abril ya no se podía mantener esta doblez política. Ya era tiempo de expulsar del Gobierno a los ministros comunistas. Ellos no daban motivo alguno. En el Gobierno, no hacían otra cosa que defender los intereses del pueblo y luchar denodadamente por el cumplimiento del programa. Pero la reacción criolla y el imperialismo yanqui insistían: “los comunistas deben salir del ministerio”.

En abril de 1947 se realizaron en todo el país elecciones municipales. En dichas elecciones —según los datos oficiales— el Partido Comunista sacó 91 mil 282 votos contra 32 mil 219 que había sacado en 1944 en elecciones similares. A esos 91 mil y tantos votos había que agregar unos 15 mil más, correspondien-

tes a diversos otros candidatos comunistas que fueron inscritos en las listas del Partido Radical. El Partido de Ricardo Fonseca pasaba a ser el más fuerte partido del país. Después de comprobarse este hecho —si la democracia burguesa fuera efectivamente una democracia— debió haberse aumentado la representación de los comunistas en el Gobierno. Pero sucedió lo contrario; el Presidente pidió la dimisión de los ministros comunistas, porque —según lo expresó y consta en los diarios de la fecha— la oligarquía estaba asustada con el triunfo electoral de los comunistas.

Los comunistas salían del Gobierno con la frente alta y las manos limpias. En el Gabinete habían logrado obtener algunas medidas en favor del pueblo. La resistencia liberal y la obstrucción presidencial al cumplimiento del programa habían impedido una labor más fructífera del Gobierno. De los comunistas no se podía decir nada malo. No habían aprobado una sola alza; no habían autorizado ni un solo lanzamiento de arrendatarios; no habían servido de gestores de nadie. Salían del gobierno tan pobres y tan limpios como habían entrado. Su único “delito” había sido el de luchar por el cumplimiento del programa, el de ser leales con el pueblo y con la nación chilena. El pueblo veía esto y premiaba al Partido votando por él en las elecciones municipales. Era la primera vez en Chile que un partido crecía en forma tan extraordinaria, estando en el Gobierno.

CAPITULO XVI

FRENTE A LA REPRESION

Bajo la dirección de Ricardo, el Partido es impermeable a las tentativas del enemigo que pretende arrastrarlo a una política conciliacionista. Fonseca rechaza terminantemente las proposiciones de González Videla, orientadas a hacer perder al Partido su misión de vanguardia de la clase obrera. Afronta con valentía y mano firme la represión desencadenada por el gobierno, que ya responde a los intereses y dictados del imperialismo yanqui y de la oligarquía latifundista.

Con ojo penetrante, Ricardo vio el fondo de lo que estaba ocurriendo en el país. En tanto salieron los ministros comunistas y se constituyó un "Gabinete de Administración" con inclusión de miembros de las Fuerzas Armadas, el Partido llamó a una asamblea a todos sus militantes, la que se efectuó en el Teatro "Sicchel". En ella informó Fonseca y dijo: "Estos acontecimientos no pueden considerarse en forma aislada o como episodios que se deberían sólo a la debilidad de determinados hombres. Detrás de ellos está el agudizamiento de la crisis económica y política de Chile, que se produce, justamente, cuando el imperialismo yanqui adopta toda clase de medidas para reducir a nuestros países a la condición de colonias y poner a los Partidos Comunistas fuera de la ley, porque son las fuerzas nacionales más sólidas de resistencia a sus planes de colonización económica, política y militar". Y luego agregó: "Es evidente e indiscutible que desean (Gabriel González y el CEN) aceptar sin condiciones las imposiciones imperialistas, estabilizar la dominación de la burguesía, llegar a un entendimiento con la vieja oligarquía terrateniente y bancaria y atacar al movimiento obrero, llegando a poner fuera de la ley al Partido Comunista, si éste resiste, como es natural, esa política".

Lo que sucedió entonces fue precisamente eso: el restablecimiento de una alianza entre la burguesía y la oligarquía, para oponerse al movimiento obrero, servir sus intereses de clase y atender las exigencias del imperialismo. Ante el desarrollo de las fuerzas del proletariado, la burguesía, para emplear las palabras de Lenin, "volvió la vista hacia atrás" y se entendió con la oligarquía y el imperialismo. De tal manera traicionó a la clase obrera y al país. Y se traicionó ella misma, puesto que —como los acontecimientos posteriores lo demostrarían— la política de subordinación al imperialismo yanqui y de concesiones a la oligarquía, frenarían y desviarían el desarrollo

industrial de Chile, o sea, irían en contra de los intereses de la propia burguesía.

González Videla intentó varios caminos para cumplir los objetivos del imperialismo y la oligarquía. Primero se esforzó por llevar la intriga y la división al seno del Partido Comunista, hablando, en sus declaraciones públicas, de la "actual dirección del Partido Comunista", con la cual no podía entenderse, y haciendo que algunos periodistas palaciegos tejieran una novela sobre supuestos choques en el seno del Partido entre "una corriente obrerista dirigida por Fonseca y Galo González" y "una corriente intelectual encabezada por Contreras Labarca". Los resultados fueron absolutamente todo lo contrario de lo que esperaba González Videla. El Partido, cuya composición social e ideológica lo hacían y hacen impermeable al fraccionalismo, se unió más que nunca alrededor de su línea revolucionaria y de su Dirección Central. En seguida, González Videla quiso ablandar a la propia dirección.

En los primeros días de agosto se reunió el Presidente con una delegación del Partido, formada por Ricardo Fonseca, Galo González y Volodia Teitelboim. El señor González Videla insistió en sus promesas de cumplir el programa. Se esforzó por convencerlos que seguía un buen camino y que entre él y los comunistas sólo existían diferencias de táctica. Dijo que la salida de los ministros comunistas era sólo una maniobra, porque no convenía que los comunistas aparecieran en el primer plano de la vida nacional. Les dijo que debían estar seguros de él, que él los representaría en el Gobierno y que, además, si les parecía, podían indicarle nombres de comunistas no conocidos como tales, que guardasen su filiación como un estricto secreto, y a los cuales él podría designar como ministros en calidad de amigos personales. Luego propuso que se le respaldara para disolver el Congreso Nacional y designar un gabinete militar que, caminando en línea recta, sabría cum-

plir el programa... Por último, textualmente expresó: “Déjenme hacer lo que tengo pensado. Así desorientaré a los yanquis, me libraré del Congreso y cumpliré el programa. Uds., mientras tanto, háganse un poco a un lado, submarínen por un tiempo. Después, yo mismo los invitaré a volver al Gobierno. Esto les conviene, porque, en todo caso —dijo en tono sentencioso— yo seguiré mi ruta con la aprobación o el rechazo de ustedes”.

En el mes de febrero, cuando todavía estaban en el gabinetismo los ministros comunistas, González Videla había hecho leer, en Consejo de Gabinete, un documento oficial del Departamento de Estado del Gobierno norteamericano, en el cual se planteaba que, en el futuro, Estados Unidos sólo proporcionaría ayuda económica a aquellos países cuya política exterior estuviera de acuerdo con la de Estados Unidos. El Presidente invocó la palabra de honor de sus Secretarios de Estado, antes de la lectura del documento, para que no fuese revelado. Es esta la primera vez que se denuncia este documento de presión del Gobierno de EE. UU. sobre el Gobierno de Chile. Poco después llegaron al país los magnates del cobre, Mr. Stannerd y Mr. Hobbins, quienes presentaron un nuevo memorándum al Gobierno con las exigencias que en el orden interno le hacían los imperialistas yanquis: rebajas de impuestos a las compañías cupríferas, represión de las organizaciones sindicales y de las luchas de los trabajadores chilenos en las empresas norteamericanas, abandono del proyecto de crear la Corporación del Cobre. Este memorándum también fue mantenido en secreto, conociéndose de él tan sólo versiones extraoficiales. Pero, en el mes de agosto, cuando se realizó la entrevista que acabamos de relatar, ya no era posible seguir la comedia, sobre todo porque el Partido Comunista rechazó de plano las propuestas presidenciales.

“Los comunistas —dijo Fonseca— somos la vanguardia de la clase obrera y del pueblo. Nos man-

tendremos en este puesto pase lo que pase. El Presidente nos ha llamado a submarinear, a capear el temporal. Pero no le daremos en el gusto. En medio del temporal seguiremos a la cabeza de las masas, dirigiendo las luchas del pueblo. Nosotros —agregó— empleando un adagio popular, no hacemos ni vamos a hacer lo del **Capitán Araya, que embarca a su gente y se queda en la playa**”.

Entonces, González Videla buscó otro camino. Pidió y obtuvo del Parlamento Facultades Extraordinarias para detener y relegar, sin proceso y sin más razón que la voluntad omnímoda del Presidente a todos los ciudadanos que él señalara. Por cierto que estas Facultades no las pidió, entonces, para reprimir a los comunistas. Las pidió para “reprimir” a los especuladores. No fueron pocos los que se tragaron la rueda de carreta con que el Presidente quiso hacer comulgar a todos los chilenos. Pero los comunistas comprendieron el juego. En la Cámara, Fonseca denunció las Facultades Extraordinarias como el comienzo de la represión contra el pueblo y de un proceso de fascistización del país. Pocos días después, en declaraciones al diario “El Siglo”, expresó textualmente:

“Significa agravar la crisis, seguir el camino que propician los reaccionarios, consistente en hacer pagar al pueblo, los errores, en hacer que recaiga la situación del país exclusivamente sobre el estómago de las masas subalimentadas, que ya no pueden soportar más. La natural resistencia de los trabajadores a esa ignominia ha sido prevista por los reaccionarios. Esta es la razón por la cual han concedido con tanto júbilo las Facultades Extraordinarias y se aprestan a arrastrar al Gobierno a medidas represivas y de violenta persecución antidemocrática. El Partido Comunista y la clase obrera no se amedrentan ante estos peligros. Hemos demostrado, en mil batallas, no temer a las amenazas ni a las violencias, por fuertes que ellas sean. Nos mantendremos, al

igual que siempre, como carne y sangre del pueblo, al frente de las masas. Continuaremos, cualesquiera que sean las dificultades, avanzando con nuestro pueblo”.

La ofensiva a fondo contra el pueblo comenzó en el mes de octubre. Se hallaban en huelga los 17 mil mineros del carbón. El 7 de agosto, estos habían presentado un pliego de peticiones. Después de fracasar las gestiones para solucionar el conflicto por medio del avenimiento directo y cumplidos todos los trámites legales, la huelga comenzó el 4 de octubre. Ese mismo día, sin aviso previo, respondiendo a un plan preparado de antemano, toda la zona del carbón fue ocupada por las Fuerzas Armadas de tierra, aire y mar.

El 18 de julio, González Videla declaró a un corresponsal de “News Chronicle” de Londres, que no tenía ninguna divergencia sobre asuntos nacionales con el Partido Comunista, pero que le era indispensable amoldar su política al hecho de que la guerra ruso-norteamericana estallaría antes de tres meses. Los círculos dirigentes de Estados Unidos lo habían puesto al corriente de sus propósitos de desencadenar la tercera guerra mundial en la primavera de 1947 y él, no queriendo ser el furgón de cola del tren bélico, se apresuraba a participar en ella. En esos días hizo confidencias a numerosos dirigentes políticos radicales, conservadores, socialistas, democráticos y falangistas en el sentido de que había recibido antecedentes fidedignos y secretos del inminente estallido de la tercera guerra.

La agresión contra los mineros del carbón fue, según sus propias palabras, la primera batalla de la tercera guerra mundial. Por lo menos fue el primer ensayo de represión violenta del movimiento obrero, ordenado por los grandes monopolios norteamericanos que, para llevar adelante sus planes guerreristas, consideraban necesario, como primer paso, dividir a los trabajadores en escala mundial y nacional, des-

truir sus organizaciones, dispersar las fuerzas del proletariado y aplastar a los partidos comunistas. Después de ese primer ensayo, los mismos métodos, los mismos procedimientos brutales se aplicaron contra los trabajadores de Francia, de Australia, de Bélgica y otros países.

“La causa de estos atentados —expresó Fonseca desde la tribuna de la Cámara de Diputados, en sesión del 12 de octubre— es el carácter expansivo, atrabiliario y brutal del capital imperialista, que en Estados Unidos se burla de la libertad de prensa, que priva de sus derechos a más de diez millones de negros, que levanta sin pudor la propaganda y los hechos vergonzosos de la discriminación racial y la aplicación de la ley de Lynch contra los negros, que organiza la esclavitud del movimiento obrero por medio de la ley Tatt-Hartley, que explota brutalmente a los países coloniales y semicoloniales y que ahora, después que los fabricantes de armamentos se enriquecieron con la guerra, busca el control mundial y el sometimiento de todos los países a las necesidades de sus industrias, de sus negocios, de sus Bancos, de sus beneficios, arruinando a los países que se someten, reduciendo a sus pueblos a la mayor miseria y tratando de desencadenar una nueva guerra mundial”.

Los obreros del carbón resistían heroicamente. Llevaban ya varios días de huelga sin demostrar flaquezas. Entonces el Gobierno, para quebrar el movimiento, aisló la zona, impidió que llegaran los carros y camiones con víveres que se despachaban por Concepción y que eran enviados por las organizaciones sindicales de todo el país. Prohibió al comercio de Lota, Coronel, Curanilahue y Lirquén, venderles alimentos a los mineros que no presentaran una tarjeta comprobando que estaban trabajando. O sea, los cercó por el hambre. Pasaban los días y los mineros seguían resistiendo. Como es ya tradicional entre ellos, en vísperas de un conflicto, por si hay

huelga y "huelga grande", como la de 56 días en 1924, acostumbran aprovisionarse de harina y otros alimentos. Ahora, ya les quedaban pocas provisiones, pero, racionándolas, seguían el combate sin bajar a la mina. Entonces, el Gobierno ordenó que las Fuerzas Armadas entraran a las casas y requisaran hasta el kilo de harina, porotos o azúcar que allí encontraran. Ni ese día, ni el siguiente, los obreros volvieron al trabajo. En las playas de la zona, se había producido un fenómeno que de tarde en tarde se conoce en la región: la pescada se había varado. Los huelguistas tuvieron alimentos para unos días más. Entonces, desesperado, el Gobierno dispuso que las Fuerzas Armadas irrumpieran nuevamente en las casas de los mineros, esta vez para sacarlos, picaneados por las bayonetas, hacia los sitios de trabajo. Muchos lograron resistir. Otros, bajo la fuerza bruta, bajaron al fondo de la mina, pero allí en los piques, a miles de metros bajo el mar, prosiguieron la huelga, negándose a trabajar.

El movimiento fue, finalmente, quebrado. Algunos cientos de obreros eran obligados a trabajos forzados, bajo custodia armada. Mil obreros más fueron reclutados en el sur, entre los campesinos, a los cuales se les engañó ofreciéndoles altos salarios y ocultándoles la monstruosidad del crimen que tenía por escenario la región del carbón. Entretanto, más de dos mil mineros fueron expulsados de Lota, Coronel, Curanilahue y Lirquén, cientos de ellos encerrados en la Isla Quiriquina; cientos lanzados a la Estación de Chepe con sus mujeres y sus niños; cientos aventados por todo el país.

El día 21 de octubre, el Consejo de Gabinete dispuso la detención del Comité Central del Partido Comunista y de los dirigentes comunistas y obreros de provincia. En la madrugada del día 22, más de mil combatientes revolucionarios fueron detenidos. Quiientos marcharon; en una primera partida, hacia la abandonada y lejana caleta de Pisagua, donde Gon-

zález Videla inauguraba un campo de concentración, copiando los métodos de Hitler. De los ferrocarriles, de las principales industrias, de los grandes centros imperialistas —María Elena, Pedro de Valdivia, Chuquicamata, El Teniente y Potrerillos— fueron arrojados en masa, violentamente, rápidamente, como animales, miles de trabajadores con sus mujeres y sus hijos.

Era, al decir de González Videla, “la primera batalla de la tercera guerra mundial”. Una batalla y una guerra contra el pueblo de Chile. Y como en cada ocasión en que se fragua o comete un crimen contra nuestro pueblo, se puso en marcha una provocación antisoviética. La sede de la Embajada soviética fue ametrallada y pocos días después el Gobierno de La Moneda rompió relaciones con el país del socialismo. Cortó también las relaciones con Checoslovaquia y Yugoslavia, pretextando que los gobiernos de esos países, al igual que el de la URSS, fraguaban una revolución en Chile.

La voz pura y combativa de Fonseca se alzó en la Cámara otra vez para condenar los crímenes y advertir que se estaban causando irreparables daños al país. “Los daños al país —dijo— nos preocupan más que las pretensiones de destruir al Partido Comunista y a los sindicatos obreros, cosa que no lograrán jamás”. Y luego agregó: “Se romperán los dientes los que sueñan con destrozarse a la vanguardia combatiente del proletariado. Ninguna persecución o intriga ha hecho otra cosa que fortalecernos, y en el presente y en el futuro, no lograrán otra cosa que hacer más grande y poderoso al Partido Comunista de Chile”.

CAPITULO XVII

COMBATIENTE CLANDESTINO

Fonseca asegura el paso del Partido a la ilegalidad y le enseña a luchar en las nuevas condiciones, haciendo de él el centro y el motor de la resistencia popular y nacional a los planes antichilenos del imperialismo norteamericano. Defiende palmo a palmo las libertades públicas, denuncia el carácter fascista y antidemocrático de la Ley de Defensa de la Democracia y hace en la Cámara un histórico alegato en defensa del marxismo.

La victoria popular del 4 de septiembre de 1946 abrió la posibilidad de que el país marchara por la vía de la revolución democrático-burguesa. El programa con el cual había triunfado González Videla era apoyado por la mayoría abrumadora de la ciudadanía y no sólo por los que habían votado por él. El Partido Comunista había logrado hacer conciencia nacional en el sentido de que Chile, para progresar y forjar el bienestar de sus hijos, debía ir a la realización de transformaciones profundas en su estructura económica, social y política, llevando a cabo una vasta reforma agraria, nacionalizando las industrias fundamentales, creando una industria pesada independiente, haciendo efectivas las relaciones con la Unión Soviética y países de Europa Oriental que recién se liberaban del yugo imperialista y, al mismo tiempo, modificando substancialmente el régimen político, en orden a hacerlo mucho más democrático, dentro, por cierto, de las limitaciones inherentes al sistema burgués.

Para el grueso de los trabajadores era claro que estas transformaciones económicas, sociales y políticas, no habían sido realizadas durante los gobiernos de Aguirre Cerda y Juan Antonio Ríos por la sencilla razón de que, bajo tales gobiernos, dentro y fuera del poder, la burguesía había tenido una influencia dominante, imprimiendo a ambas administraciones un ritmo lento, debido a la conciliación con la oligarquía semifeudal y el imperialismo. Por eso, la clase obrera trataba de conquistar su hegemonía en el movimiento democrático de liberación nacional y hacía importantes avances hacia el establecimiento de una alianza con el campesinado, ayudando a los obreros agrícolas a constituir más de 200 sindicatos en otros tantos fundos y cooperando a la organización de centenares de Comités de la Asociación Nacional de Agricultores. Por primera vez en la historia de Chile, el campesinado se incorporaba a la

lucha organizada por sus reivindicaciones más sentidas y por la reforma agraria.

Este hecho tenía una excepcional importancia. Desde hacía varios años, el Partido Comunista, de acuerdo a las sabias enseñanzas del leninismo, venía planteando la conquista de la hegemonía del proletariado y su alianza con el campesinado, como dos requisitos esenciales para llevar a cabo la revolución democrático-burguesa. Pero dichos planteamientos no se habían traducido en realidades. Ahora, bajo la orientación del 13º Congreso del Partido, a través de una política independiente en las palabras y en los hechos, la clase obrera marchaba resueltamente por el camino de la victoria, agrupando a su alrededor al campesinado, a la pequeña burguesía y a otros sectores populares antiimperialistas y antifeuales, e impulsando activamente sus luchas.

En tal momento de la historia de Chile, lleno de grandes perspectivas progresistas, el grueso de la burguesía chilena traicionó una vez más al movimiento popular, aliándose con la oligarquía y el imperialismo. La voltereta de González Videla no fue, en estas circunstancias, un hecho aislado e individual, ni de exclusiva responsabilidad personal, si bien esta responsabilidad pesa y pesará sobre él hasta el fin de sus días, toda vez que en la historia nacional no se conoce otro caso tan indigno de deslealtad al pueblo y de perjurio a los compromisos tan solemnes y reiteradamente contraídos por un gobernante ante el país entero.

El pueblo de Chile habría podido pasar adelante por sobre la traición de la burguesía a no mediar el hecho de que en las filas del proletariado se había producido una escisión desde la masacre de la Plaza Bulnes; de que un fuerte sector del Partido Socialista, bajo la dirección de elementos proyanquis como Bernardo Ibáñez, entraba a colaborar con la tiranía que se entronizaba en el poder y de que importantes grupos de la pequeña burguesía siguieron, por algún

tiempo, conservando ilusiones en González Videla y creyeron lo que éste les decía: que el país no podía enfrentar la avalancha imperialista, quedándole, como única posibilidad, la de entenderse con Estados Unidos para obtener una ilusoria ayuda financiera con qué impulsar los planes de industrialización en Chile a cambio de la represión al Partido Comunista y al movimiento obrero.

Los acontecimientos ulteriores demostrarían cuán errados estaban quienes creyeron estos cuentos del tío Sam. Demostrarían también que Chile no estaba ni está condenado a vivir de acuerdo a los dictados de Wall Street y de la Casa Blanca. Desde luego, debe tenerse presente que en tanto se constituyó el primer Gabinete de González Videla, al país se le ofrecieron magníficas oportunidades para establecer un beneficioso y amplio intercambio comercial con la Unión Soviética y las naciones democráticas de Europa Oriental. Dicho intercambio nos habría permitido entonces —y nos permitiría ahora— no sólo obtener un precio justo por nuestros productos de exportación y traer, a mejores precios, materias primas y artículos de consumo que necesitamos, sino al mismo tiempo, recibir, sin ninguna condición humillante para la soberanía nacional, las maquinarias que se necesitan para forjar nuestra industrialización. El Ministro de Checoslovaquia, Sr. Havlasa, por instrucciones de su gobierno, ofreció la traída de maquinarias para explotar y refinar nuestro petróleo por cuenta del país, el envío de los técnicos que se precisaran para tal objeto y, asimismo, la venta, a precios convenientes, de dos o tres fábricas completas para producir azúcar a base de betarraga sacarina. Y entre la Unión Soviética y Chile se habían ya adelantado conversaciones para firmar un amplio convenio comercial que contemplaba, entre otras cosas, el establecimiento de una línea de vapores soviéticos entre Vladivostok y Valparaíso y el trueque de salitre y otras materias primas chilenas por maqui-

narias y materias primas soviéticas que necesitaba y necesita el país. Todo esto estaba en marcha. Un proyecto de tratado comercial chileno-soviético llevaba en carpeta don Angel Faivovich, designado primer embajador de Chile ante el gobierno de la URSS, cuando, poco después de pisar tierra en Nueva York en camino a hacerse cargo de su misión, fue instruido para regresar inmediatamente al país. La interferencia de los monopolios yanquis y la capitulación de la burguesía ante el imperialismo norteamericano echaron por tierra estos proyectos de tanto beneficio para la nación.

Los comunistas —y antes que nadie Ricardo— comprendieron que para luchar en bien de Chile y del pueblo chileno había que resistir los planes de completa dominación del imperialismo yanqui y hacer frente a la represión.

Pero, ¿cómo hacer, entonces, frente a la traición y la represión? ¿Pasando a la ofensiva, lanzándose a la lucha armada por el derrocamiento del Gobierno? ¿O había que pelear pero retirándose organizadamente?

Como queda dicho, gran parte de las masas populares, sobre las que gravitan los partidos Radical, Socialista, Democrático y Falange Nacional, cayeron en la pasividad frente a la represión. Además, entre ellos, especialmente entre los radicales, había no pocos incautos que entonces creían de buena fe en las patrañas de González Videla, en que efectivamente, este camino, que a ellos les chocaba un tanto, tenía por lo menos la virtud de obtener el apoyo de EE. UU. para resolver los problemas del país, apoyo sin el cual esos problemas no tendrían solución. En esas circunstancias, sólo una parte de la clase obrera habría apoyado al Partido en un movimiento de tipo insurreccional. Y, como dice Lenin: "Con la vanguardia sola es imposible triunfar. Lanzar sólo a la vanguardia a la batalla decisiva, cuando toda la clase, cuando las grandes masas no han adoptado aún una

posición de apoyo directo a esta vanguardia, o al menos de neutralidad benévola con respecto a ella... sería no sólo una estupidez, sino además un crimen. Y para que en realidad toda la clase, las grandes masas de los trabajadores y de los oprimidos por el capital lleguen a ocupar semejante posición, son suficientes la propaganda y la agitación. Para ello es necesaria la propia experiencia política de estas masas. Tal es la ley fundamental de todas las grandes revoluciones, confirmada hoy, con una fuerza y un relieve sorprendentes, no sólo en Rusia, sino también en Alemania". ("La enfermedad infantil del 'izquierdismo' en el comunismo").

Había, pues, que retirarse organizadamente y combatiendo, resistir y resistir, salvando la organización y los cuadros. "Los partidos revolucionarios —dice también Lenin en la obra ya citada— deben completar su instrucción. Han aprendido a atacar. Ahora, deben comprender que esta ciencia tiene que estar completada por la de saber replegarse con el mayor acierto. Hay que comprender —y la clase obrera aprende a comprenderlo por su propia y amarga experiencia— que sólo puede triunfar quien aprenda a tomar la ofensiva y a emprender la retirada con acierto".

La retirada se hizo peleando. En solidaridad con los trabajadores carboníferos y en protesta por las medidas represivas del Gobierno, se realizaron combativos paros en las principales industrias del país. En el Parlamento, en la prensa, en cuanto tribuna pública era aún posible utilizar, se denunciaron enérgicamente los planes en marcha contra el pueblo y la nación chilena.

En esos días, la preocupación mayor de Fonseca era asegurar el paso del Partido a la ilegalidad, con su organización y sus cuadros sin mayores blancos que los que había producido la razzia del 21 de octubre. Se preocupó, personalmente, de ubicar rápidamente y lo mejor posible a los cuadros de la Direc-

ción Central. Montó un Secretariado ilegal, relacionando y combinando la lucha legal con la ilegal. Se preocupó de enviar al país los viejos cuadros revolucionarios, que habían luchado bajo la dictadura de Ibáñez, para enseñar a los dirigentes inexpertos cómo debía montarse el trabajo ilegal. Con su espíritu animoso, alentaba las luchas y las acciones de cuantos miembros del Partido podía ver. Pero, comprendiendo el momento que se estaba viviendo, les decía: "Hay que prepararse para lo peor. Vivimos una época en que sin reparar en medios, el imperialismo yanqui y sus sirvientes se lanzan a la conquista del mundo y a la represión de las luchas de los pueblos que gimen bajo su dominio". Y luego les agregaba: "Entramos a una etapa nueva en que el pueblo ha de curarse completamente de ilusiones. Se acabaron los mesías. En adelante las masas deberán tener confianza tan sólo en su propia organización, en su unidad, en su lucha y en su partido de vanguardia".

En aquellos días desplegó una actividad sobrehumana. No conocía la fatiga. Apenas dormía un par de horas, velando por el Partido.

Pero las medidas adoptadas para pasar el Partido íntegramente a la ilegalidad, no eran para esconderlo, sino para seguir su lucha en nuevas condiciones. De ahí que, en tanto se tomaban esas medidas, la preocupación de Fonseca era la de cómo el Partido ponía en acción a los obreros de cada fábrica, mina, taller, sección de trabajo, en lucha por aumentos de salarios y otras reivindicaciones, por pequeñas que fueran; cómo impulsaba en cada barrio el movimiento por la baja de las subsistencias y de los arriendos; cómo sumaba nuevas fuerzas a la resistencia contra la dictadura y los planes imperialistas.

Mientras tanto, la persecución seguía adelante. Día tras día, o nuevos dirigentes obreros marchaban a Pisagua, o a Melinka, o a Codpa, en virtud de la ley de facultades extraordinarias que había sido dictada para "reprimir a los especuladores", los cuales,

por cierto, a la sombra del anticomunismo, seguían hambreado al pueblo. Como una jauría, 500 policías se lanzaron a la caza del gran poeta Pablo Neruda que, usando la palabra como látigo, había denunciado el verdadero origen de la política que ponía en práctica González Videla.

No conforme todavía con los miles de relegados y su expulsión en masa de las grandes industrias, el Presidente González Videla, siguiendo las inspiraciones ya referidas, se dispuso a dictar una ley para terminar con el comunismo en Chile y con el movimiento obrero.

El ambiente fue preparado a través de una larga serie de burdas falsificaciones, mediante una propaganda sistemática destinada a demostrar que el Partido Comunista de Chile, el más nacional de los partidos, está al servicio de la Unión Soviética, de donde recibe instrucciones. Simultáneamente, empezaron a publicarse truculentas novelas por entregas, en las cuales se acusaba al Partido Comunista de sabotaje en los ferrocarriles, en las aduanas, en las plantas captoras de agua potable y se le presentaba empeñado en llevar a cabo “un Primero de Mayo rojo”, con asesinatos a destajo, asaltos a iglesias, raptos de mujeres de la oligarquía, etc.

En una declaración pública firmada por Laferte y Fonseca, el Partido decía entonces: “En el terreno de los principios, en el plano jurídico de la legalidad y con las garantías inherentes a todo régimen que aspire a llamarse democrático, el Partido Comunista está dispuesto a discutir todo, desde sus principios hasta sus métodos y su propia razón de existir”. Más aún, el Partido propuso se designara una Comisión de destacadas personalidades para investigar los cargos hechos contra él. Gabriel González Videla rechazó dicha proposición. La burguesía había lanzado por la borda los principios de la propia democracia burguesa. Y los gobernantes preferían la mentira a la verdad, para combatir a los comunistas.

Pero la mentira quedaba al descubierto. Un acto de sabotaje en la Aduana de Valparaíso, por ejemplo, del que se acusaba al Partido Comunista, había sido un incendio provocado por elementos radicales para ocultar un desfalco en la Sociedad Mariano Valenzuela, cuyo local funcionaba contiguo al puerto. Los tales atentados a los ferrocarriles, consistían en durmientes puestos sobre la línea férrea por la policía que avisaba de ello al maquinista, elegido de antemano, del tren que debía aparecer como siendo víctima de sabotaje; y el maquinista decía que aún en la obscuridad de la noche había avistado el durmiente y detenía el tren evitando se consumaran los crímenes organizados por el Partido Comunista...

Las directivas de todos los partidos políticos, los parlamentarios de ambas Cámaras sabían, perfectamente, que las historietas anticomunistas eran meras historietas. Y sin embargo, con honrosas excepciones —los parlamentarios falangistas y socialistas, Cruz Coke, Horacio Walker, Rudecindo Ortega, Gustavo Girón y Armando Holzapfel— entraron a aprobar a rardo cerrado la más draconiana y monstruosa ley que haya dictado el Parlamento: la “Ley de Defensa Permanente de la Democracia”.

Las disposiciones de esta ley, típicamente fascista, asignan el calificativo de “delito” a un sinnúmero de acciones indicadas con la máxima amplitud y sin definición jurídica. Mediante un procedimiento excepcional, sin garantías de ninguna especie para los acusados, ordena condenas verdaderamente extravagantes de largos años de cárcel, relegación y multa; hace borrar de los registros electorales, por simple resolución administrativa, a todos los ciudadanos que el Gobierno considere comunistas; a los comunistas o presuntos comunistas los pone al margen de los sindicatos y de los empleos públicos; prohíbe de hecho las huelgas; elimina de las directivas sindicales a los miembros, reales o supuestos, del Partido Comunista; en pocas palabras, trastorna completamen-

te el régimen constitucional, pasa por encima del principio "de la igualdad ante la ley", arrasa con las garantías individuales, etc. O sea, en nombre de la defensa de la democracia, asesina la democracia burguesa.

El Presidente de la República juró y rejuró que esta ley iba dictada sólo contra los comunistas y que sólo contra ellos se aplicaría. Fonseca, en el Congreso, advirtió lo contrario. En uno de los más brillantes discursos que se hayan pronunciado en el Parlamento chileno, Fonseca demostró que esa ley representaba el término del régimen democrático y el establecimiento de un Estado policial. Comenzó demostrando que era la síntesis de un plan antichileno dictado desde Washington. Refutó las calumnias de quienes presentaban al Partido Comunista como un partido antinacional, sujeto a intereses extranjeros. "Lo fundaron —dijo— obreros chilenos y siempre han militado en él los mejores hijos de la clase obrera. Recogimos la bandera de la Patria y de la justicia, levantada por O'Higgins en 1810. Nuestras ideas germinaron en Chile, en la conciencia de los trabajadores, a medida que fue surgiendo el proletariado, y el hecho de que el comunismo sea una ideología universal no le resta carácter nacional a nuestro Partido. Al contrario, lo hace fiel a la tradición de todos los hombres preclaros de nuestra tierra, los que en beneficio de Chile recogieron siempre el pensamiento avanzado que a su hora surgía en toda la Humanidad". Luego, Ricardo demostró que, ineluctablemente, esa ley no caería solamente sobre los comunistas, sino sobre toda la clase obrera, sobre todo el pueblo, sobre todos los hombres y mujeres que resistieran al imperialismo y a la guerra. Y tras de recordar las palabras de Sarmiento: "Bárbaros, las ideas no se degüellan", pronunció estas frases de fuego y esperanzas: "Hoy se trata de fusilar la idea del marxismo, como un prólogo al descuartizamiento de todas las ideas de justicia y de progreso social, de libertad

y de democracia. Pero se equivocan. El marxismo, en este año, ha cumplido un siglo. Ha conocido todas las persecuciones, todo el rigor de las ilegalidades, de los pelotones de ejecución y, sin embargo, ha emergido de la cárcel, más fuerte, más joven y luminoso que nunca. Su permanente lozanía estriba en que no es precisamente un discurso de fraseología hueca, llena de promesas que nunca se cumplen, de bravatas, de degradación y cobardía, de amenazas y delirios paranoicos, de morbosas incitaciones al odio y al delito, tan de moda en este país. Constituye una integral concepción científica de la realidad del mundo y de la sociedad. Esa realidad y esa doctrina que la interpreta no son vulnerables a los tiros. No se las puede matar a cañonazos, así como es utópico derogar la ley de la gravedad por un decreto. No la pudieron detener Hitler y la Gestapo. Todo, entonces, comenzó muy alegremente, con desfiles y fanfarrias, ¡y terminó muy lúgubrementemente en las horcas de Nüremberg! A estas alturas, el marxismo que se pretende proscribir, ha entrado a su mayoría de edad. El marxismo es la concepción científica de la naturaleza, de la sociedad y de las leyes que regulan sus transformaciones. Con el apareamiento del marxismo como concepción científica del mundo, se produce, además, toda una revolución en la historia del conocimiento. Se pone término a un período en que la ciencia y la filosofía eran ocupación de algunos individuos, de algunas escuelas científicas o filosóficas, compuestas de un pequeño número de hombres aislados de la vida del pueblo y frecuentemente extraños al pueblo.

“El marxismo inicia un período completamente nuevo en la historia de la filosofía y del conocimiento, porque se torna arma científica en las manos de las masas proletarias, para luchar por su liberación de la explotación del capitalismo. Al mismo tiempo que una concepción científica, el marxismo es un instrumento de investigaciones científicas sobre la

naturaleza, la sociedad y sus transformaciones, en perpetuo enriquecimiento. Durante más de un siglo, el marxismo ha sufrido todas las pruebas y ha salido victorioso.

“Con la orientación del marxismo, el pueblo dirigido por Lenin y Stalin ha construido, por primera vez en la historia de la humanidad, una sociedad conscientemente ajustada a las normas científicas: la sociedad socialista de la Unión Soviética. Por este mismo camino marchan las nuevas democracias de Europa y las luchas de liberación de los trabajadores y de los pueblos coloniales y dependientes.

“Ha sido el marxismo la fuente inagotable de energía, de orientación, que ha alentado a los millones de hombres del ejército rojo y del pueblo soviético, para alcanzar la victoria en la última guerra contra el imperialismo germanofascista, es decir, contra lo más sanguinario, obscurantista y bárbaro del capitalismo.

“Y es a esta doctrina victoriosa y triunfante, que ilumina la mente y la voluntad a millones de millones de seres humanos, a la que, en forma monstruosa pero a la vez ridícula, queréis poner fuera de la ley. Esto recuerda a los que pretendían detener el movimiento de la Tierra condenando a Galileo o a aquellos hipócritas puritanos que en la universidad feudal de Estados Unidos expulsaron a los profesores para negar la teoría de Darwin sobre la evolución de las especies. Este proyecto demuestra la ceguera y la hipocresía de la democracia burguesa, la corrupción, el fascismo y el miedo a la verdad de sus sostenedores. Esto mismo demuestra su debilidad y pone de manifiesto que sus días están contados.

“El Partido de Recabarren, que nació de la entraña misma de la auténtica chilenidad, permanecerá invariablemente fiel a sus orígenes, a su pasado de lucha, a la causa de la libertad humana y de los valores de la civilización. Sabe que el pueblo lo acompaña y que nadie podrá legítimamente poner fuera de la ley al pueblo chileno”.

CAPITULO XVIII

SUS POSTRERAS ENSEÑANZAS

Ricardo cae enfermo. Deja la Secretaría General en manos de Galo González. Pero sigue pensando y viviendo para el Partido. Su último combate es su intervención en la contienda electoral de 1949, llamando al pueblo a movilizarse resueltamente en lucha contra la tiranía, el imperialismo y la guerra. Agravada su enfermedad, presiente su muerte. Ante esta perspectiva asume una actitud de serenidad absoluta, propia de un combatiente que ha sabido, en todo momento, cumplir sus deberes revolucionarios con su clase y con su pueblo.

A fines de diciembre, Ricardo comenzó a enflaquecer y a sufrir graves dolencias intestinales. Por recomendación médica y resolución del Partido, fue sometido a una intervención quirúrgica. Los médicos comprobaron un hecho doloroso: un cáncer al estómago estaba corroyendo su organismo. No tenía remedio. Se le cosió la herida y se le sometió a un procedimiento adecuado para prolongarle lo más posible sus días. En el verano de 1949 planteó la necesidad de que la Dirección designara un nuevo Secretario General. El mismo propuso a su reemplazante, Galo González. Bajo la dictadura de Ibáñez, Galo González había sido, junto a Lafertte, uno de los más firmes dirigentes del Partido. En 1941, en el Noveno Pleno, había encabezado el combate contra las influencias extrañas. En 1945, junto a Ricardo había luchado sin cuartel contra las desviaciones oportunistas de derecha y por la línea independiente del Partido. En sus manos éste estaría bien dirigido.

El mal avanzó rápidamente. El fin era inevitable. La ciencia se declaró impotente. La muerte tendía sus garras hacia esa vida tan preciosa para los trabajadores de Chile. Su poderosa voluntad de servir al pueblo y a la clase obrera hacía reaccionar a su organismo como a una llama bajo una corriente de oxígeno. Para su espíritu batallador, el oxígeno lo constituía la vida del Partido, la organización y el desarrollo del movimiento popular, el avance incontenible de la humanidad hacia el socialismo, bajo el ejemplo luminoso de la Unión Soviética. Cada noticia que llegaba hasta él, indicándole los éxitos del Partido y la marcha victoriosa de los pueblos, eran como un nuevo soplo de vida.

En marzo de 1949 se realizaron las más fraudulentas elecciones que conoce la Historia de Chile. Treinta y cinco mil ciudadanos habían sido borrados de los registros electorales. Más de veinte mil estaban lanzados lejos de sus antiguos sitios de inscripción. El Partido Comunista no tenía derecho a presentar

candidatos. La censura de prensa arreciaba. Fabulosas cajas electorales se habían formado en favor de los candidatos antipopulares. Los resultados podían conocerse de antemano. Sin embargo, el deber del Partido del proletariado consistía en no dejarle libre el campo al adversario y en participar en las elecciones para denunciar su carácter fraudulento, hacer que el pueblo viera claramente la falacia de la “democracia” de González Videla y tratar de conquistar uno que otro cargo parlamentario que le permitiera al proletariado combatir a sus enemigos en su propia trinchera. La circunstancia de que ya estuviese en vigencia la Ley de Defensa de la Democracia y, por tanto, que se prohibiera al Partido Comunista optar a cargos representativos, hacía más difícil la lucha en el terreno electoral, pero no podía modificar su deber de participar en las elecciones. Ricardo planteó claramente la forma en que el Partido debía actuar, aprovechando la coyuntura electoral para denunciar a la dictadura y la propia mascarada electoral sin crear ilusiones de ninguna especie en los resultados que el pueblo pudiera obtener en ellas. En torno a este problema, Ricardo tuvo una violenta discusión con Luis Reinoso, entonces Secretario de Organización del Comité Central, y cuya expulsión de las filas del comunismo se produjo poco tiempo después a causa de su labor fraccionista y putchista. Reinoso pretendió en esa época llevar al Partido al aislamiento, a la pérdida de su papel de vanguardia, planteando que debía abstenerse de participar en las elecciones. Ricardo, y junto a él la Dirección del Partido, sostuvo que la abstención no es política de los comunistas, que en determinadas condiciones, en un período de ofensiva del movimiento popular y de descomposición del adversario, cuando están planteados objetivos que inciden directamente en la toma del poder, el partido del proletariado podía propiciar y encabezar el boicot electoral, que es distinto de la abstención, porque es forma de lucha activa, ade-

más, una forma más elevada de lucha, una forma de lucha directa por el poder. Pero éstas no eran las condiciones que se presentaban entonces.

Nada hubiera tenido de particular que un miembro de la Dirección Central mantuviese una posición equivocada y divergente. En todos los organismos del Partido, desde la base a la dirección, existe amplia libertad de opiniones. Más aún, el Partido estimula la lucha de opiniones en su seno. Pero, una vez adoptada una resolución, todo el Partido, incluyendo los miembros cuya opinión no hubiese sido aceptada, tienen el deber de luchar por esa resolución. Así se asegura una de las más importantes características de un Partido Comunista que sea realmente vanguardia de la clase obrera: su unidad de pensamiento y de acción. Pero, en el caso al cual nos referimos, ocurrió algo distinto. Reinoso acató sólo formalmente la resolución del Partido de participar en las elecciones, pues, durante el proceso electoral y después de él, siguió sosteniendo sus opiniones en conversaciones con diversos compañeros, a quienes instaba a no participar en ninguna tarea relacionada con la elección, lo cual tendía a minar la seguridad, la firmeza y la decisión con que los comunistas debían actuar. Ricardo, percatado de esta situación, se entrevistó con Galo González para hacerle presente su opinión en el sentido de que tales hechos no se podían permitir. Y luego, a manera de recomendación personal, le dijo estas palabras: "Tengan cuidado con Reinoso. No tengo otros antecedentes sobre él para darle una opinión definitiva. Pero no veo que vaya bien".

La enfermedad seguía minando el organismo de Ricardo. No obstante, sus deseos de participar en la lucha eran tan intensos que, sobreponiéndose a su enfermedad, pidió a la Dirección del Partido se le permitiera realizar algún trabajo. La Dirección lo autorizó para que elaborase un discurso que, grabado previamente, se transmitiera por radio. Así lo hizo.

Fue ésta su última actuación pública. En ese discurso denunció la mascarada electoral, llamó a todos los patriotas a crear un solo frente contra la tiranía y, en ese instante en que el imperialismo apresuraba sus preparativos de guerra contra la Unión Soviética, advirtió a sus agentes en Chile que, en caso de una guerra contra la patria del socialismo, los trabajadores de Chile no tomarían las armas del lado de sus opresores.

Desde su lecho de enfermo, continuó participando en la dirección del Partido, en la dirección de las luchas de las masas. Seguía estudiando cada situación, cada acontecimiento; analizándolos, sacando conclusiones de ellos y comunicándolas a la dirección del Partido. Dirigentes de todos los frentes de trabajo —del frente sindical, del frente juvenil, del agrario, del campo de los intelectuales, de las mujeres, etc.— pasaban a visitarlo. Alternaba cordialmente con ellos. “La visita de un compañero —le decía a los médicos— me hace más bien que una transfusión de sangre”. El había vivido 20 años en el Partido y para el Partido. Y era el Partido el que llegaba a su casa a través de numerosos de sus compañeros.

Con cada uno de ellos conversaba ampliamente sobre los problemas políticos del momento y los de su propio frente de trabajo. Les daba consejos prácticos. Y luego pasaba revista a los acontecimientos últimos y a los problemas generales del Partido.

Los informes que recibía de algunas deserciones sabía comentarlos sacando de ellos estas enseñanzas precisas: “La traición de Guerra y Albornoz, y luego de Icaza —decía— no significan ninguna pérdida importante para nosotros. Con ello ganamos, puesto que, como dice Stalin, “el Partido se fortalece depurándose de los elementos oportunistas”. Ganamos porque esas deserciones arrojan plena luz sobre el refinamiento del trabajo del imperialismo y, concretamente, de los agentes, de los gerentes, ingenieros y abogados de las empresas yanquis. Estos los fueron

comprometiendo poco a poco, al principio en forma sutil, haciéndolos caer inocentemente en sus redes y, en seguida, chantajeándolos, amenazándolos con hacer públicas sus debilidades, sobornándolos y alquilándolos a su servicio.

“Nuestra clase obrera y nuestro pueblo —agregaba— necesitan un partido muy sólido, invulnerable, incorruptible. Creo que lo estamos forjando. Impulsar la formación de este partido es nuestra más grande tarea”.

Con el oído pegado al receptor, seguía atentamente la marcha de los acontecimientos mundiales y especialmente la revolución china. Y luego comentaba con su compañera y los miembros del Partido que iban a visitarlo: —“Hay que tener presente que el mundo vive una nueva era, la era del socialismo científico. Desde la revolución rusa, el acontecimiento más importante, desde el punto de vista histórico, es la revolución china. El mundo capitalista pisa tierra movediza. Su subsuelo es volcánico. Un día aquí, otro día allá, estallan los pueblos. Esto hay que tenerlo muy presente, porque el mayor peligro, al trazarnos las tareas, es que podamos quedar cortos en las perspectivas y vernos, de repente, frente a acontecimientos que no hubiéramos previsto”.

Otro día, con algunos cuadros de Dirección, comentaba los errores del Partido en su reciente paso por el Gobierno:

—El principal error —decía— error que viene de lejos, consiste en no haber luchado suficientemente contra las concepciones legalistas en el movimiento obrero y en el pueblo. Hubo sectores de la clase obrera que confiaban que era el Parlamento o los ministros los que iban a solucionar sus problemas. El parlamentarismo ha estado metido en los propios militantes del Partido, que estaban a la perspectiva del “gran discurso” del diputado tal o cual, y despreocupados del trabajo de las masas, de la organización y dirección de las luchas de los trabajadores. Otro

error fue el de no haber puesto el acento, con suficiente claridad, en la comprensión por el Partido y las masas de que sólo es posible la transformación progresista del país si el proletariado tiene la hegemonía del movimiento de liberación nacional y social. Abordamos este tema, en su aspecto teórico. Hay tesis y documentos muy buenos al respecto. Pero lo cierto es que esas tesis no fueron acompañadas por métodos de trabajo práctico que las aplicarían consecuentemente en toda su integridad, y así, una parte del pueblo creía que González Videla iba a sacar al país de su estado semicolonial y semifeudal. Algunos compañeros llegaron a creer hasta que la pequeña burguesía podía ser una fuerza directriz dentro del gobierno. Todas estas desviaciones tendían a apartarnos de las luchas del pueblo y a no desempeñar nuestro rol de vanguardia. Pero todo esto —repetía incansablemente— debe servirnos de experiencia para educar al Partido y forjar un nuevo y gran Partido.

A fines de junio tuvo una larga conversación con César Godoy Urrutia, que fue a despedirse de él en vísperas de partir a México a integrar la Comisión Organizadora del Congreso Continental de la Paz.

En las lides del magisterio Ricardo había mantenido fuertes luchas ideológicas con César Godoy que, igual que él, aunque en mayor grado, tuvo una primera formación anarquista. En la época del Frente Popular los separaban también serias discrepancias. Pero Fonseca siempre reconocía la honradez intachable de Godoy, su honestidad y su sensibilidad política que le permitieron, con el tiempo, evolucionar ideológicamente hasta ingresar al Partido Comunista, junto a los demás dirigentes y militantes del Partido Socialista de Trabajadores, el cual en 1943 se incorporó a las filas del comunismo.

En esta última conversación que tuvo con César Godoy, Ricardo destacó especialmente la importancia

de la lucha por la paz. Le habló de las debilidades del Partido en esta lucha, que tenían su origen en una insuficiente comprensión de la relación que la política represiva de González Videla tenía con el plan mundial del imperialismo yanqui para desencadenar una nueva guerra. Le señaló la necesidad de corregir esas debilidades y de los esfuerzos que él debía realizar para ayudar a que el Congreso de México agrupara a los pueblos y a los más amplios sectores de América Latina en defensa de la paz.

Luégo, comentando la represión, le dijo: “Esta mala hora ha de pasar, y muy pronto. La traición y la infamia descargada sobre el valeroso pueblo de Chile no han de prevalecer por mucho tiempo. Será la lucha de las masas y su unidad lo que dará por tierra con las leyes represivas y devolverá al Partido su legalidad. Los que se hundirán son los que han traicionado de un modo tan vil al pueblo que los levantó. Nuestro Partido, en cambio, saldrá de estos años, más fortalecido, más grande, más querido por las masas”.

La Dirección, para evitarle una preocupación inútil, resolvió ocultarle el verdadero carácter de su enfermedad. El secreto se mantuvo rigurosamente. Pero después de algunos meses, pocos días antes de su muerte, Ricardo se dio cuenta de que no tenía remedio. Esto no lo desesperó. Decidió hacer sus últimas recomendaciones al Partido y a su hogar. Llamó uno por uno a los cuadros de dirección, los cuales, burlando la vigilancia policial, llegaron a hablar con él. Llamó a su compañera y le dijo:

—Nena, hemos llegado a la etapa final de mi enfermedad. Los esfuerzos del Partido, tuyos y míos, ya son inútiles. Me voy a morir. Tú no vas a quedar sola. Hay una gran familia, el Partido, que te ayudará a ti y a mis hijos, siempre y cuando ustedes sean dignos de él, como creo que serán. Has sido una compañera admirable. A ti te debo el hecho de que me haya podido dedicar por entero al trabajo del

Partido, Pobres, pobrísimos, sufrimos el peso de la persecución. El hambre entró a nuestro hogar. Pero, por encima de todo esto, el amor al pueblo, nuestra conciencia comunista, venció.

En seguida pasó a hablarle de sus hijos. Y le dijo: "Los hijos de los comunistas deben continuar la labor que sus padres no alcanzan a terminar. Eso quiero de los míos". Y añadió: "Espero que la casa siga igual, siempre abierta y acogedora para los compañeros. A la "mamita" (una ex empleada de la casa), llámala para que venga a pasar el invierno aquí. A la Anita (la empleada en servicio, una honesta muchacha campesina que había sido ordeñadora del Fundo Santa Inés y a la cual Ricardo había dado toda clase de facilidades para que asistiera a clases vespertinas, a fin de que aprendiera a leer, escribir y bordar), no te olvides de regalarle la máquina de coser que le prometí".

Llamó a su hija Mireya, que vivía en Temuco, para darle sus últimos consejos. Llamó a su hijo Leo, de 13 años de edad, y con su actitud cariñosa y su entereza de siempre, le habló así:

—He seguido el camino del comunismo porque esta doctrina es la causa justa, noble y honrada del pueblo. Conocí y soporté sin quebrantamientos los sacrificios que significa abrazar esta idea. Cuando me encarcelaron o relegaron, no tuve miedo a las torturas ni a la muerte. Lo único que temía era poder morir sin haberle hecho gran daño a los enemigos. Ahora que los he combatido sin descanso, no le temo a la muerte; ahora que hemos formado buenos dirigentes que sabrán ajustar cuentas a los enemigos del pueblo, muero tranquilo. ¡Cuántos han perecido luchando! Ramona Parra, Manuel Anabalón, Félix Morales, Angel Veas, Isaías Fuentes, Margarita Naranjo, y antes de ellos, Garrido, Casimiro Barrios, Bascuñán Zurita y tantos otros! Hay que ser fuertes y no temer al enemigo. No vacilar jamás. Tú tienes una gran responsabilidad hacia tu madre y tus her-

manas, Margarita y Eugenia. El Partido acoge a los hijos de sus militantes y les enseña siempre a ser dignos y honrados. Tú debes seguir mi camino de lucha, de esfuerzo y de estudio. ¿Qué dices?.

Leonardo le respondió que sabría hacer honor a su memoria. Y entonces lo abrazó efusivamente, lo cogió de una mano y le hizo jurarle, solemnemente, que sería fiel a esa promesa.

Pidió también hablar con la Dirección del Partido. Burlando la vigilancia policial, el Secretariado llegó hasta su casa. Fue el viernes 15 de julio. A Ricardo ya le costaba hablar. Pero mantenía, como siempre, el pensamiento lúcido. Habló con calma, con imperturbable serenidad, deteniéndose a veces sólo por la fatiga o por la emoción.

—Voy a morir, compañeros. Pero me voy contento, porque el Partido es grande y está unido. Nada ha podido el terror. Y esto es lo principal, porque el Partido es la columna vertebral de la clase obrera y del pueblo y es indispensable su existencia para la liberación de Chile. Me voy contento porque el Partido ha cumplido con su deber. El camino de la traición y la entrega era fácil y cómodo. Pero el Partido prefirió el camino del combate, que era el de mayor sacrificio, antes de volver las espaldas al pueblo, porque es parte de él, es su corazón combatiente, su cabeza directiva. El Partido no negó al pueblo y el pueblo no negó al Partido.

—Me voy contento porque el Partido cuenta con una dirección política firme, de raíz proletaria, intransigente en los principios y flexible en su aplicación, forjada en la dura escuela del comunismo. Me voy contento porque entreveo el amanecer de un nuevo día, en que el pueblo reconquistará con sus propias manos su libertad y sus derechos arrebatados.

—En mi vida de combatiente he visto surgir la Unión Soviética, las Democracias Populares y he al-

canzado a vivir la victoria del pueblo chino. Esto no es poco, camaradas... Es la mitad de la humanidad marchando por el camino del socialismo. Ningún otro hombre de otra época tuvo el privilegio de ver lo que nosotros hemos visto. Ustedes verán cosas nuevas. Pido que me consideren en las nuevas batallas como si yo también estuviera luchando. Les ruego que me despidan de cada uno de los compañeros. Y díganle al pueblo que he muerto feliz de haberle entregado mi vida, que me voy agradecido por la confianza que me dispensó. Díganle que si de nuevo me fuera posible vivir no vacilaría en seguir el mismo camino, la senda del pueblo, la ruta del comunismo. Nada me intranquiliza, porque sé que en Chile hay decenas de miles de hombres y mujeres que van por esa ruta y que aumentan cada día. Luchad hasta el último por la unidad obrera. Mirad hacia el campo: allí está la mitad de la población chilena y el aliado fundamental de la clase obrera. No olvidéis las reivindicaciones específicas de los trabajadores, el hecho de que las mujeres están llamadas a jugar un papel cada vez más importante en las luchas del pueblo y el hecho de que los jóvenes representan el mañana del Partido y de la Patria. Han llegado para mí los últimos momentos. El Partido seguirá viviendo eternamente y nadie ni nada conseguirá doblegarlo y destruirlo.

Al día siguiente llamó a su hermana Elcira, le encargó que despachase una encomienda con tres paletós de lana que había mandado confeccionar para su madre, su abuelita de 107 años de edad y su hermano Lisardo, que continúan viviendo como campesinos en el predio de **Pichico**.

El lunes por la mañana mandó preparar once con algunos bocadillos especiales. A esa hora llegaban los médicos. Los recibió con la mesa puesta. Desde su cama y a través de la ventana abierta de par en par, dominaba el panorama de la Cordillera de los Andes, con sus nieves eternas sobre las cuales se proyecta-

ban los rayos del sol. Conversó de todo con los médicos, menos de su enfermedad. Ellos se dieron cuenta, sin embargo, que era la despedida y un gesto de agradecimiento por su atención.

Horas después, a las nueve de la noche, perdió completamente el conocimiento. Así permaneció tres días, hasta el mediodía del jueves 21 de julio, cuando su corazón dejó de latir.

Su cuerpo de campesino regresó a la tierra amada. Pero su ejemplo de comunista insobornable, de gran dirigente del Partido y del pueblo, quedó más vivo que nunca en el pecho de sus compañeros, al lado de Luis Emilio Recabarren y de todos los otros luchadores ya desaparecidos luchando por el mundo sin clases, por la nueva y hermosa humanidad obrera por la que él rindiera su gloriosa existencia de luchador. Nació como humilde campesino. Murió como gran conductor del pueblo de Chile, como jefe del Partido de Recabarren y de Lafertte que desde entonces se llama también el Partido de Ricardo Fonseca.

I N D I C E

	Pág.
PROLOGO	
Galo González, Secretario General del Partido Comunista	9
CAPITULO I	
La infancia de un luchador	25
CAPITULO II	
Su encuentro con la clase obrera	35
CAPITULO III	
Su primera gran experiencia política	47
CAPITULO IV	
El Partido, la gran escuela	59
CAPITULO V	
Una batalla contra el reformismo	67
CAPITULO VI	
Su exoneración del magisterio	79
CAPITULO VII	
Los días de prueba	89

CAPITULO VIII	
En la lucha por la unidad popular	101
CAPITULO IX	
Líder y maestro de la juventud	113
CAPITULO X	
La experiencia del Frente Popular	125
CAPITULO XI	
Periodista revolucionario	137
CAPITULO XII	
En la gran guerra antifascista	149
CAPITULO XIII	
Su lucha por la línea del Partido	159
CAPITULO XIV	
Su batalla por la política independiente del proletariado	171
CAPITULO XV	
Secretario General del Partido	181
CAPITULO XVI	
Frente a la represión	193
CAPITULO XVII	
Combatiente clandestino	203
CAPITULO XVIII	
Sus postreras enseñanzas	215
Notas	227

Este libro se terminó de
imprimir en el mes de
Noviembre de 1971 en
los Talleres de la Soc.
Impresora Horizonte,
Lira 363
Santiago - Chile

Este documento ha sido tomado de
"Reseña Biográfica de Luis Corvalán Lepe"
en la página de la
Biblioteca del Congreso Nacional de Chile

https://www.bcn.cl/historiapolitica/resenas_parlamentarias/wiki/Luis_Corvalán_Lepe

Se publica en marxists.org según la licencia bajo la cual fue publicado digitalmente por el BCN:



Atribución 3.0 Chile (CC BY 3.0 CL)

Usted es libre para:

- Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato
- Adaptar — remezclar, transformar y crear a partir del material
- Para cualquier propósito, incluso comercialmente

Bajo los siguientes términos:

- Atribución — Usted debe darle crédito a esta obra de manera adecuada, proporcionando un enlace a la licencia, e. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo del licenciente.
- No hay restricciones adicionales — Usted no puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros hacer cualquier uso permitido por la licencia.

El licenciente no puede revocar estas libertades en tanto usted siga los términos de la licencia

Esta es una reseña de la Licencia. Para acceder al texto completo acuda a: <https://creativecommons.org/licenses/by/3.0/cl/legalcode>